

Alejandro Bullón

LA ÚNICA ESPERANZA

Encuentra el sentido
real de la vida



La única Esperanza
Encuentra el sentido real de la vida
Alejandro Bullón

Dirección: Gabriela S. Pepe
Traducción: Milton Bentancor
Diseño del interior: Nelson Espinoza
Diseño de la tapa: Alexandre Rocha
Ilustraciones: Fotolia (Banco de imágenes)

Libro de edición argentina
IMPRESO EN LA ARGENTINA - Printed in Argentina

Primera edición
MMXIII - 3.000M

Es propiedad. © 2013 Asociación Casa Editora Sudamericana.
Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723.

ISBN 978-987-701-086-2

Bullón, Alejandro
La única Esperanza : Encuentra el sentido real de la vida / Alejandro Bullón
/ Dirigido por Gabriela S. Pepe. — 1ª ed. - Florida : Asociación Casa Editora
Sudamericana, 2013.
112 p. ; 20 x 14 cm.

Traducido por: Milton Bentancor

ISBN 978-987-701-086-2

1. Espiritualidad cristiana. I. Pepe, Gabriela S., dir. II. Bentancor, Milton, trad.
III. Título.
CDD 248

Se terminó de imprimir el 02 de agosto de 2013 en talleres propios (Av. San Martín 4555,
B1604CDG Florida Oeste, Buenos Aires).

Prohibida la *reproducción total o parcial* de esta publicación (texto, imágenes y diseño), su
manipulación informática y transmisión ya sea electrónica, mecánica, por fotocopia u otros
medios, sin permiso previo del editor.

ÍNDICE

Introducción.....	4
1. El libro de la esperanza	5
2. Esperanza de vida.....	16
3. El día de la esperanza.....	26
4. Principios de esperanza.....	36
5. Esperanza de consejo	47
6. La gran esperanza.....	58
7. La esperanza de la resurrección.....	69
8. Esperanza de prosperidad.....	80
9. Esperanza de un nuevo comienzo.....	90
10. Camino de esperanza.....	100
Conclusión	112



INTRODUCCIÓN



La vida es como un escenario. Tú abres el telón y ves los dramas, las luchas, los conflictos y la búsqueda incesante de los seres humanos. Gente que sueña, anhela y trabaja para encontrar un lugar al sol. Muchos nacen, envejecen y mueren sin llegar al puerto deseado. Algunos no saben ni siquiera de dónde vienen o hacia dónde van. Otros, después de caminar entre espinas, finalmente encuentran el sentido de la existencia.

Este libro presenta historias de personas que un día, en medio de circunstancias contradictorias, encontraron esperanza. Una luz las ayudó a mirar en la dirección del futuro con la seguridad de que existe un mañana mejor. La esperanza es el resorte propulsor de la vida. Ayuda a ver el sol a pesar de las nubes densas. Enseña a creer en otro día aunque, desde el punto de vista humano, todo parezca acabado.

La esperanza del cristiano no es meramente el deseo humano de que las cosas mejoren en el futuro. Es la convicción de que la victoria llegó, a pesar de la aparente derrota. Esa certeza nace de los valores absolutos de un Dios absoluto, que reveló la verdad en su Palabra. La Biblia es la fuente de la esperanza. Ella contiene más de tres mil promesas capaces de revolucionar la vida de quien cree en ellas.

En nuestro mundo conturbado, existe un pueblo con esperanza. Son hombres y mujeres que, a pesar de los dolores y de los sufrimientos, caminan con pasos firmes en dirección a un futuro glorioso. Esa actitud no es apenas una fuga de la realidad; no es la insensatez de enterrar la cabeza como el avestruz, ni de tapar el sol con un dedo. La esperanza de ese pueblo tiene un firme fundamento.

¿En qué cree ese pueblo? ¿Cuál es la razón de sus convicciones? ¿Cómo es posible caminar con actitud valiente en medio de tantas circunstancias adversas? Este libro te presentará los fundamentos de la única Esperanza del mundo, los fundamentos de la certeza de un futuro glorioso.

EL LIBRO DE LA

ESPERANZA



Pascal decía que el corazón tiene razones que la razón no entiende. Tal vez sea verdad; tal vez, no. Sin embargo, el ser humano muchas veces se deja envolver fácilmente por los impulsos insensatos de la pasión. De otro modo, sería difícil explicar lo que sucedió en la mañana triste de aquel mes de julio.

El tren había llegado al final del trayecto, y los pasajeros salían como una jauría enloquecida. Entre la multitud, un hombre, musculoso, de comportamiento extraño, escondía el rostro detrás de gruesos lentes oscuros y una gorra.

A pesar del aire misterioso, nadie podía sospechar que, debajo del abrigo, aquel ciudadano ocultaba un revólver calibre 38. El hombre no era ni anciano ni joven. Aparentaba tener cerca de 50 años y caminaba con pasos ligeros, mirando hacia adelante, atento para no perder de vista a la bella morena de vaqueros y blusa negra que andaba apresuradamente entre la multitud.

La mujer, de 35 años, miraba constantemente hacia atrás, aprensiva, presintiendo que estaba siendo seguida. Repitió aquel ritual tres o cuatro veces y, antes de entrar en el túnel para atravesar la avenida, se agachó fingiendo atarse los cordones, intentando descubrir si alguien la seguía.

El reloj de la iglesia de al lado indicaba las 8:15 de la mañana. La ciudad, en aquella hora, estaba llena de gente. Personas de todos los tipos, corriendo detrás de sus sueños, sin importarle el drama de los personajes de nuestra historia.

Lucía salió del otro lado de la avenida e ingresó en un parque. No



quería ir, pero lo hacía. Ella no era una mujer vulgar. Su apariencia hermosa atraía con facilidad la atención de los hombres, pero no era una persona sin escrúpulos. Tenía honra y dignidad; detestaba la mentira. Por eso, aquella mañana, su corazón se agitaba angustiado.

Todo había comenzado casi sin que ella se diera cuenta y, poco a poco, fue prendiéndose en una telaraña de circunstancias de la que estaba determinada a librarse aquella mañana. Como en una película, comenzaron a desfilar los recuerdos de las últimas peleas con su marido. Escenas terribles de celos, agresiones en medio de la calle, noches de discusiones sin fin y, finalmente, la traición, como válvula de escape.

¿Justificación? Tal vez. ¿Disculpa? Quién sabe. Lo cierto es que ella estaba ahí, en el lugar del encuentro, en el escenario de la tragedia.

Entre árboles centenarios y vegetación descuidada, sentado en un banco viejo, un hombre rubio, relativamente joven, leía un diario mientras fumaba displicentemente. Lucía se aproximó. Él se levantó y corrió a su encuentro con los brazos abiertos.

Evaldo, el marido celoso, se ocultó detrás de un viejo anacardo y desde allí observó aquella escena. Parecía indeciso y sudaba a pesar del frío de julio; exhalaba dolor y odio, con el revólver en la mano. El resto de la historia es simple de imaginar. El rubio se llevó cuatro tiros y cayó muerto a la hora. Lucía quedó agonizante, con dos tiros en el pecho.

Evaldo intentó dispararse el último tiro en la propia cabeza, pero ya no le quedaban balas. Entonces, se arrodilló frente al cuerpo de la amada; desesperado, tomó el cuerpo ensangrentado de la bella morena y lloró, gritando mucho:

—¿Por qué tenía que terminar de esta manera?

Existen cosas que simplemente no tienen explicación. Actitudes locas que dejan el amargo sabor del remordimiento. Tú intentas entender el porqué, pero no encuentras respuestas. El martillo de la culpa te crucifica en la cruz de tu propia conciencia.

Condenado a varios años de prisión, Evaldo fue deshilachándose como un trapo viejo y siendo consumido por el dolor. Él amaba a Lucía. La había conocido en la estación del tren, en el carnaval de 1990. En esa época, él era un jugador de 35 años, en el final de su carrera. Ella, 15 años más joven, era la bella bailarina de una escuela de samba. Se amaron con intensidad desde el principio y juntos fueron construyendo sus sueños. Vivían en un dúplex amarillo y tenían un par de hijos

que les alegraban la vida. Pero, todo eso era cosa del pasado. Evaldo cumplía la pena y Lucía, que había sobrevivido al atentado, no quería saber nada respecto de su ex marido.

—Por mí, que se pudra en la cárcel —les decía a sus amigas.

Pero, por la noche, acostada sola luego de mirar a sus hijos dormir, lloraba en silencio, sin saber la razón. En la fábrica de ropa en la que trabajaba como costurera, un día, a la hora del almuerzo, una compañera de labores se aproximó y le dijo:

—Yo creo que tú no eres feliz.

—¿Feliz? ¿Cómo así... feliz?

—Feliz. Tú ¿eres feliz?

—Yo qué sé. ¿Alguien es feliz en esta vida?

—Mucha gente. Pero, para eso, necesitas conocer cuál es el plan de Dios para ti.

—¿Qué plan? ¿De qué estás hablando?

—Nadie vino a este mundo para sufrir. Dios tiene un plan maravilloso para cada persona, y la felicidad consiste en descubrirlo.

—¿Eres cristiana?

—Sí, lo soy.

—Mira, yo no tengo religión ni el más mínimo interés en esas cosas. Disculpa, pero es mejor que paremos ahora.

—No estoy hablando de religión. Estoy hablando de la vida, de tu vida. Tú ¿eres feliz de esa manera?

Así, comenzó todo. Conversaron un poco hoy, un poco otro día. Un día terminó y llegó otro. Transcurrieron semanas y meses, y la amistad de ambas se fue estrechando. Pero Roberta, la nueva amiga, no volvió a hablar de asuntos espirituales.

Cierto día de octubre, en la hora del almuerzo, Lucía buscó a Roberta.

—No sé qué hacer. Mi vida es un completo caos.

—¿Qué pasó?

—Mi hija, de apenas trece años, está embarazada. ¿Qué hice para merecer esto? Yo me mato trabajando para poder sustentar a mis dos hijos; el padre de ellos está preso. Estoy sola, ¡no sé qué más hacer!

—Tú no estás sola.

—¿Cómo que no?

—¿Por qué no le das una oportunidad a Jesús?

—Otra vez vienes con ese asunto de la religión.



—¿Sabes, Lucía? Todo ser humano tiene problemas. La diferencia es la actitud con la que los encaramos. Y esa actitud depende de la certeza de saber que jamás estamos solos.

—Pero, yo estoy sola. Mis familiares están lejos, y no sé nada de ellos hace muchos años.

—No, mi amiga, tú no estás sola. Yo estoy aquí.

—Muchas gracias.

—Solo que yo no estoy hablando solamente de mi amistad; me refiero a alguien que realmente puede ayudarte. Te estoy hablando de Jesús. Mira, no digas nada, solo escucha este versículo de la Biblia.

Roberta fue hasta su mesa de trabajo, sacó una Biblia del cajón y leyó:

—“¿Puede una madre olvidar a su niño de pecho, y dejar de amar al hijo que ha dado a luz? Aun cuando ella lo olvidara, ¡yo no te olvidaré!” (Isaías 49:15).*

Los ojos de Lucía reflejaron emoción.

—Eso ¿está en la Biblia?

—Velo con tus propios ojos.

—Pero ¿por qué tú crees que ese libro es la Palabra de Dios?

—Existen varias razones. La primera es que los escritores bíblicos afirman que ellos escribieron por mandato divino. Por ejemplo, el apóstol Pablo dice: “Toda la Escritura es inspirada por Dios y útil para enseñar, para reprender, para corregir y para instruir en la justicia” (2 Timoteo 3:16). Hay dos pensamientos en ese texto: el primero es que toda la Sagrada Escritura fue inspirada por Dios, y el segundo es que Dios nos dejó su Palabra para que sirva como instrucción, enseñanza y reprensión. Es inútil intentar ser feliz sin el conocimiento de la Palabra de Dios.

—No sé, amiga. Me gusta ver la confianza que tú tienes en ese libro, pero cualquier persona podría haber escrito eso y después afirmar que fue inspirada por Dios.

—Es verdad. Pero existen otras razones para creer que este libro es inspirado por Dios. Por ejemplo, la unidad de pensamiento. La Biblia fue escrita en un período de mil quinientos años. Moisés, que fue el primer autor, vivió quince siglos antes que San Juan, el último de los escritores. Muchos de los cuarenta escritores no se conocieron entre ellos; sin embargo, si tú lees la Biblia, vas a ver que existe una unidad

* Todos los textos bíblicos utilizados en este libro pertenecen a *La Biblia*, Nueva Versión Internacional (NVI), a menos que se indique otra versión.

de pensamiento asombrosa. Es como si un día los cuarenta escritores se hubieran reunido y hubiesen combinado qué parte le correspondería escribir a cada uno. Lucía parecía desconcertada. Por primera vez, mostraba algún interés en asuntos espirituales. Hasta aquel día, daba la impresión de haber vivido simplemente por vivir, sin nunca haberse preguntado cuál era la razón de su existencia. Miró el reloj; todavía faltaban quince minutos para volver al trabajo.

—Tú sabes que para mí es difícil creer en esas cosas de la religión. Las personas más apegadas a la Biblia que conocí fueron las que más me decepcionaron.

—Tal vez porque solamente conocían la teoría; quizá porque ellas nunca conocieron al Autor personalmente.

—Pero ¿eso es posible?

—Escucha lo que dice aquí: “Ustedes estudian con diligencia las Escrituras porque piensan que en ellas hallan la vida eterna. ¡Y son ellas las que dan testimonio en mi favor!” (S. Juan 5:39). Quien dice eso es el propio Jesús. Él desea que tú lo conozcas y descubras que puedes confiar en él y en sus promesas.

—Hummm...

—Hay más. Escucha: “y conocerán la verdad, y la verdad los hará libres” (S. Juan 8:32).

—¿Me va a liberar de qué?

—De todo eso que estás sintiendo. Del miedo, de la aflicción, de la desesperación, de la soledad. Jesús dice: “El ladrón no viene más que a robar, matar y destruir; yo he venido para que tengan vida, y la tengan en abundancia” (S. Juan 10:10). ¿Te das cuenta? Él desea que tengas una vida abundante. Pero, para eso, necesitas confiar en la Biblia.

A esa altura, la sirena de la fábrica indicaba la hora de reiniciar las actividades. Las dos se dirigieron a sus puestos de trabajo, y Lucía decidió:

—Tenemos que seguir hablando sobre este asunto.

Roberta se sonrió.

Las horas de la tarde pasaron con rapidez. A la salida, Lucía esperaba a Roberta.

—Quiero saber más de lo que estábamos hablando, pero necesito correr a casa; les prometí a mis hijos que hoy llegaría temprano.

—Te acompaño. Podemos conversar en el viaje.

—¿No va a ser tarde para ti?



—Un poco... pero no hay problema.

En el ómnibus, mientras viajaban, Roberta le habló de las profecías, como una prueba más de la inspiración de la Biblia.

—Mira lo que el profeta Isaías escribió más de dos mil setecientos años atrás: “Él reina sobre la bóveda de la tierra, cuyos habitantes son como langostas. Él extiende los cielos como un toldo, y los despliega como carpa para ser habitada” (Isaías 40:22). ¿Sabes? Durante siglos, la ciencia afirmaba que la Tierra era plana; sin embargo, la Biblia ya decía que era redonda. Cristóbal Colón probó la veracidad de la Biblia al llegar a América el 12 de octubre de 1492.

—Eso es asombroso. No lo sabía.

—Existen muchas cosas que las personas ignoran. Por ejemplo: la manera extraordinaria en que la Biblia describe proféticamente la historia del mundo, desde los tiempos del Imperio Babilónico hasta nuestros días.

—¿Dónde está eso?

—Aquí, en el capítulo 2 de Daniel. Podemos leer al llegar a tu casa. En esa profecía, la Biblia presenta el desfile de los imperios que dominaron al mundo desde los tiempos de un rey llamado Nabucodonosor, pasando por el imperio de los medopersas, el Imperio Griego bajo el comando de Alejandro Magno, y después por el Imperio Romano. Se menciona también la caída de Roma, y el intento siempre fallido de muchas naciones para dominar el mundo. La Biblia dice que, después de la división del Imperio Romano entre las diez tribus bárbaras que vivían en las áreas próximas a sus márgenes, nunca más se levantaría un imperio con aquel alcance y poderío. En nuestros días, el señor Jesús regresará a este mundo para colocar un punto final a la historia del pecado.

—¿En nuestros días? Tú estás jugando conmigo...

—No. No estoy jugando. Mira lo que dice aquí: “En los días de estos reyes el Dios del cielo establecerá un reino que jamás será destruido ni entregado a otro pueblo, sino que permanecerá para siempre y hará pedazos a todos estos reinos” (Daniel 2:44).

—¿Qué reyes son esos?

—Se refiere a nuestros días; los días en los que ya no existe más un reino que domine el mundo. En esos días, Dios establecerá su Reino para siempre, y eso sucederá con el regreso de Jesús a la Tierra.

Ya en casa, mientras Lucía preparaba la cena, las dos amigas continuaron conversando.

—¿Sabes, Roberta? Cuando tú hablas, todo parece fácil, pero yo siempre pensé que la Biblia era un libro difícil de entender.

—Al comienzo, mi amiga, es necesaria la ayuda de alguien que conozca más. Pero, con el tiempo, tú verás que el mismo Espíritu que inspiró al escritor bíblico iluminará tu entendimiento, para comprender el mensaje. En la Biblia hay una historia que muestra cómo una ayuda, al inicio, es importante.

—¿Qué historia?

—Voy a leértela. “Un ángel del Señor le dijo a Felipe: ‘Ponte en marcha hacia el sur, por el camino del desierto que baja de Jerusalén a Gaza’. Felipe emprendió el viaje, y resulta que se encontró con un etíope eunuco, alto funcionario encargado de todo el tesoro de la Candace, reina de los etíopes. Este había ido a Jerusalén para adorar y, en el viaje de regreso a su país, iba sentado en su carro, leyendo el libro del profeta Isaías. El Espíritu le dijo a Felipe: ‘Acércate y júntate a ese carro’. Felipe se acercó de prisa al carro y, al oír que el hombre leía al profeta Isaías, le preguntó:

“—¿Acaso entiende usted lo que está leyendo?

“—¿Y cómo voy a entenderlo —contestó— si nadie me lo explica?

“Así que invitó a Felipe a subir y sentarse con él” (Hechos 8:26-31).

—¿Quieres decir que yo soy como aquel eunuco y tú eres como Felipe?

—Más o menos eso...

Ambas se rieron. Lucía se sorprendió riendo, porque desde que se había enterado del embarazo de la hija solamente había llorado.

—Te agradezco de todo corazón lo que estás haciendo por mí. Empleando tu tiempo, teniendo paciencia todos estos meses con una “cabeza dura” como yo que, por preconceito o no sé por qué razón, no quería oír. Pero, dime, ¿cómo hago para continuar estudiando la Biblia sola?

—Cada vez que quieras estudiar un determinado asunto, necesitas buscar en la Biblia los versículos y los capítulos que hablan de ese asunto. Jamás se puede afirmar que la Biblia dice esto o aquello por haber leído un solo texto. Es necesario tener una idea completa del asunto, leyendo varios versículos. ¿Entiendes?

—Es muy interesante.

—¡Ah! Existe una advertencia muy seria: “A todo el que escuche las



palabras del mensaje profético de este libro le advierto esto: Si alguno le añade algo, Dios le añadirá a él las plagas descritas en este libro. Y si alguno quita palabras de este libro de profecía, Dios le quitará su parte del árbol de la vida y de la ciudad santa, descritos en este libro” (Apocalipsis 22:18, 19).

—¿Quieres decir que no se puede cambiar nada de lo que está escrito?

—Exactamente, querida. La Palabra de Dios es eterna. Isaías declara: “La hierba se seca y la flor se marchita, pero la palabra de nuestro Dios permanece para siempre” (Isaías 40:8). Dios es eterno. Su amor por el ser humano también es eterno. Y, como consecuencia, su Palabra también es eterna. Por eso, él se entristece cuando el hombre deja de lado las enseñanzas de la Biblia.

—¿En serio?

—En los tiempos de Israel, los líderes del pueblo se habían olvidado de la Palabra de Dios, y enseñaban doctrinas y tradiciones humanas. Por eso, el Señor Jesús dice: “Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí. En vano me adoran; sus enseñanzas no son más que reglas humanas” (S. Mateo 15:8, 9).

—¿Quiere decir que si yo adoro a Dios pero no valoro su Palabra él no acepta mi adoración?

—¡Exactamente! Pero, no tengas miedo, pues Dios te ama incondicionalmente. El único propósito de su Palabra es ayudarte para que seas feliz. Mira: “Dichoso el que lee y dichosos los que escuchan las palabras de este mensaje profético y hacen caso de lo que aquí está escrito, porque el tiempo de su cumplimiento está cerca” (Apocalipsis 1:3). La palabra “dichoso” podríamos cambiarla por “feliz”. Aunque este versículo se refiera, primordialmente, a la profecía del propio libro de Apocalipsis, puede ser perfectamente aplicado a toda la Biblia. Feliz es la persona que no solamente lee, sino también guarda la Palabra de Dios en el corazón.

Ya era tarde en la noche cuando Roberta tomó el ómnibus hacia su casa. Su corazón rebosaba de alegría, porque no existe nada mejor que compartir el mensaje transformador del evangelio.

En casa, Lucía entró en el dormitorio de la hija, que estaba embarazada. Trece años es la edad en la que una niña se abre a la vida como una linda flor. Aquella pequeña, sin embargo, tendría que cargar con las consecuencias de haber jugado con el sexo. ¿Qué hacer ahora? ¿Cómo ayudar a su hija en ese estado? Se sentó en la cama, mientras la chica

dormía (o fingía dormir); la cubrió con la sábana y lloró contemplando el rostro de su niña, que antes de tiempo se transformaba en una adulta. Besó el rostro de su hija, y salió.

Acostada en su cama, sin poder dormir, Lucía pensó en cómo habría sido su vida si hubiera conocido la Palabra de Dios cuando era joven. Tal vez su historia habría sido diferente. La sabiduría de la Biblia, quizá, la habría ayudado a ser una mejor esposa y madre. Se acordó del último versículo que Roberta le había leído: “En mi corazón atesoro tus dichos para no pecar contra ti” (Salmo 119:11). Pero, no todo estaba perdido. Todavía estaba viva y tenía la oportunidad de corregir el rumbo de su vida.

Al día siguiente recibió una Biblia de regalo. Venía autografiada por Roberta y decía: “Con la seguridad de que este libro santo te ayudará a encontrar el camino de la felicidad”. Lucía se emocionó con aquellas palabras.

A partir de aquel momento, no salía de su casa sin leer la Palabra de Dios y no se iba a dormir sin pasar un buen tiempo leyendo las Sagradas Escrituras. En su vida comenzó a surgir el brillo de un día soleado. Las nubes que antes parecían asfixiarla continuaban allí, pero ella ya no era la misma persona hundida en el pesimismo. Las promesas bíblicas iluminaban su camino, y le gustaba repetir constantemente: “Tu palabra es una lámpara a mis pies; es una luz en mi sendero” (Salmo 119:105).

Un domingo, varias semanas después, Lucía se despertó temprano y les preguntó a sus hijos:

—¿Quieren visitar a su padre?

Fueron los tres, por primera vez en tres años. El encuentro fue tenso. El ambiente deprimente no ayudaba para nada. Él demoró en aparecer. Les dijeron que estaba en un grupo que estudiaba la Biblia. Finalmente, Evaldo llegó. Parecía más viejo.

Sandro, el hijo más pequeño, de once años, tomó la iniciativa y corrió para abrazar al padre. Ambos lloraron. Después se aproximó la hija. Lucía contemplaba la escena, enternecida. Todavía lo amaba. El corazón latía fuerte, las lágrimas caían. “Si hubiese conocido la Palabra de Dios antes”, pensaba, “todo podría haber sido diferente”.

—¡Perdón! ¡Perdóname! —rogó él.

—Soy yo quien debe pedir perdón.



Y los cuatro se unieron en un solo abrazo.

—¿Tú crees que todavía hay una esperanza para nosotros? —le preguntó él, tímido.

Había, sí. Dos años después, él salió en libertad condicional. Hoy, toda la familia descubrió la única esperanza.

El libro de la esperanza

Tú puedes encontrar esperanza y propósito para tu existencia.

Conoce mejor lo que Dios preparó para tu felicidad.

- ① En la Biblia, la Palabra de Dios está escrita en lenguaje humano. 1 Tesalonicenses 2:13
- ② El amor de Dios está expresado en su Palabra. Isaías 49:15
- ③ La Palabra de Dios trae esperanza y ánimo en los momentos de dificultades. Romanos 15:4
- ④ Conocer a Dios por medio de su Palabra libera al ser humano de la prisión emocional, intelectual y espiritual. S. Juan 8:32
- ⑤ El Espíritu Santo ayuda a comprender la Biblia. S. Juan 16:13
- ⑥ Hay peligro en no seguir toda la Palabra de Dios. Apocalipsis. 22:18, 19
- ⑦ La Biblia es reveladora para los días de hoy. 2 Timoteo 3:16, 17
- ⑧ Dios usa personas para auxiliarnos en la comprensión de su Palabra. Hechos 8:26-31
- ⑨ La Palabra de Dios es más importante que las tradiciones humanas. S. Marcos 7:13
- ⑩ El conocimiento y la práctica de la Palabra de Dios trae alegría al corazón. Jeremías 15:16
- ⑪ Al examinar la Palabra de Dios, encontramos a Jesús y la salvación. S. Juan 5:39

Para conocer más sobre estos y otros consejos de Dios
para ti, visita:

www.esperanzaweb.com/estudio

ESPERANZA

DE VIDA



Un caballero elegante, de traje oscuro, salió del aeropuerto John F. Kennedy, en Nueva York, con apenas el equipaje de mano. Abandonó el lugar, apresurado, dejando abandonada su valija de viaje. En la puerta, tomó un taxi en dirección a Queens. Bajó en aquel barrio, de mayoría latina, y tomó otro taxi que lo llevaría a su verdadero destino: Newark, Estado de Nueva Jersey.

Pedro, joven empresario del ramo de la informática, estaba agitado. Sintió que el corazón se le salía por la boca. Su empresa estaba quebrada, pero nada justifica lo que estaba haciendo últimamente. Ese era el tercer viaje en el que transportaba narcóticos. Las dos primeras veces, salió todo bien. Esta vez, repentinamente, el pánico se apoderó de él: presintió que sería descubierto; le sacó la etiqueta de identificación y abandonó la valija.

Dos horas después, del otro lado del puente, en Newark, se dirigió a la casa de Jair, que ignoraba las actividades ilícitas de este amigo de la infancia. Crecieron juntos, jugaron al fútbol, pescaron juntos y juntos salieron muchas veces para conquistar chicas, hasta que la vida los llevó por caminos diferentes.

Años después, ellos se reencontraron accidentalmente en la puerta del Hotel Pensilvania, delante del Madison Square Garden, en Nueva York. Jair había cambiado bastante. Parecía más serio. Casado con Laura, era padre de dos hermosos hijos. Se había transformado en un

cristiano fervoroso. Pedro continuaba soltero, se aproximaba a los cuarenta años y vivía la “vida loca”, como a él mismo le gustaba definir.

En aquel día del mes de julio, en Newark, al abrir la puerta, Jair percibió que algo extraño había sucedido con el amigo de su niñez y, después de abrazarlo, le preguntó:

—¿Qué pasó? Estás blanco como la cera.

—No pasó nada. Creo que es solamente el cansancio del viaje.

—No es cansancio... Creo que estás enfermo... pero quédate tranquilo, te quedarás en el mismo dormitorio en el que estuviste la otra vez.

Pedro entró. Se sintió sucio y desleal con el amigo que bondadosamente le abría las puertas de su casa. ¿Qué podía hacer? ¿Salir corriendo y nunca más regresar? ¿Abrirle el corazón y confesar que estaba poniendo en riesgo la seguridad de la familia que lo hospedaba? Jair no merecía lo que él estaba haciendo. Ese sentimiento lo perturbó profundamente.

Minutos después, debajo de la ducha, sintiendo el agua correr por el cuerpo, él lloró. ¡Cómo deseaba que aquella agua fresca limpiara también su alma de las incoherencias de su existencia! Nadie podía llamar “vida” a la sucesión interminable de noches y días huecos en que se habían transformado sus jornadas. El pavor y la desesperación tomaban cuenta de él al pensar en la idea de que la policía podía descubrir quién era el dueño de aquella valija abandonada en el aeropuerto.

Por algún motivo, que no consiguió identificar en aquel instante, se acordó de Marta, la joven que había abandonado cuando supo que estaba embarazada. Él tenía un hijo al que nunca había querido ver. ¿Por dónde andaría Marta? ¿Cómo estaría la persona que él, un padre ausente y débil, jamás conoció por no tener el coraje de hacerse cargo?

La empresa de informática que había abierto hacía cinco años marchaba a todo vapor al inicio, pero poco a poco entró en colapso. Él era el único culpable. Vivía en forma extravagante. Gastaba más de lo que ganaba. Así, comprometió el capital de la empresa.

Al ver que el barco se hundía, hizo de todo para salvar el patrimonio, pero no lo logró. Creyó que en poco tiempo conseguiría el dinero para salir de esa situación desastrosa, y ponerle fin a su carrera como marginal. Repentinamente, aquel día en el aeropuerto, sintió que ese camino no era el suyo, experimentó miedo, se descubrió débil y huyó como un niño asustado.



Al llegar la noche, sentado a la mesa de la familia para la cena, Pedro se mostró silencioso e introvertido. No era el mismo que en otras ocasiones.

—¿Qué pasó, Pedro, estás enfermo? —le preguntó Laura.

—¿Por qué? Jair me preguntó exactamente lo mismo cuando llegué.

—Estás diferente, tío —afirmó el hijo de la familia.

—No. No es nada —respondió el visitante, emocionado al ver la escena familiar.

Pedro conocía muchas familias, pero ninguna como aquella. Se respiraba felicidad en aquel ambiente. Sin embargo, un torbellino de pensamientos amedrentadores lo incomodaba aquel día. ¿Cómo enfrentar la deuda? La valija abandonada significaba mucho dinero. Él tenía que huir. Algo le decía que estaba siendo vigilado. ¿O aquel sentimiento fue apenas fruto de su imaginación? ¿Y si lo identificaban? ¿Y si los policías golpearan la puerta de la casa de su amigo? ¿Arruinar a aquella hermosa familia? ¿Comprometerla con la justicia? El corazón era un remolino de sentimientos que no lograba contener. Pidió permiso en la mitad de la cena, y se retiró.

En el silencio de su dormitorio, lloró. ¿Qué era lo que estaba pasando con él? Ese no era el Pedro que él mismo conocía. ¿Por qué tantos escrúpulos, tanto temor, tanto remordimiento?

Una hora más tarde, Jair golpeó la puerta.

—¿Puedo hablar contigo?

—Entra.

—¿Qué sucede? ¿Estás con algún problema? ¿Quieres hablar?

—No es nada. Creo que me emocioné al ver tu hermosa familia, feliz... No sé, ustedes son diferentes.

—Somos cristianos. Jesús es huésped permanente en este hogar.

—¿Sabes que siento envidia de ustedes? Quería tanto ser feliz, tener esa paz que siento cada vez que llego aquí, pero mi vida está de cabeza para abajo.

—¿Quieres saber? Nosotros no siempre fuimos así. Tres años atrás, estábamos a punto de divorciarnos. Estuvimos separados uno del otro durante dos o tres meses. Yo creía que mi vida había llegado a su fin. Amo a mi esposa, pero, a pesar de eso, había provocado la separación.

—¿Tú?

—Sí... fui infiel.



—¡No puede ser! Tú eres la persona más correcta que conozco.

—Puedes creer eso, pero no lo soy. Nadie es bueno.

—¿Cómo que nadie es bueno?

—Es lo que la Biblia dice. Mira.

Jair tomó la Biblia que estaba en la mesita de luz y le leyó: “Pues todos han pecado y están privados de la gloria de Dios” (Romanos 3:23). Después, mirándolo a los ojos, le dijo a su amigo:

—Todos. ¿Entiendes? Todos, sin excepción. Tú, yo, todos somos pecadores.

—¿No estás exagerando un poco? ¿Existe mucha gente buena en este mundo!

—Desde el punto de vista humano, tal vez. Pero la Biblia dice que: “Así está escrito: ‘No hay un solo justo, ni siquiera uno; no hay nadie que entienda, nadie que busque a Dios. Todos se han descarriado, a una se han corrompido. No hay nadie que haga lo bueno; ¡no hay uno solo!’ ” (Romanos 3:10-12).

—¿Ni uno solo?

—¡Ni uno! Y no sirve de nada lo que el ser humano haga para librarse del pecado. La mancha de la rebeldía y del mal está siempre en él. “Aunque te laves con lejía, y te frotes con mucho jabón, ante mí seguirá presente la mancha de tu iniquidad —afirma el Señor omnipotente” (Jeremías 2:22).

—Entonces, estamos perdidos...

—¡Lo estamos! Eso significa que estamos destituidos de la gloria de Dios. Y, lejos de él, andamos en el territorio de la muerte. Por eso, el apóstol Pablo dice: “Porque la paga del pecado es muerte, mientras que la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús, nuestro Señor” (Romanos 6:23).

—No entiendo, Jair. Si somos todos pecadores y el salario del pecado es la muerte, ¿cómo estamos vivos?

—Depende de lo que entiendas por vida. Desde el punto de vista biológico, la vida es un período en el cual el corazón late y los pulmones funcionan; tú respiras. Pero nosotros somos más que apenas un cuerpo; somos seres humanos con emociones, sueños y proyectos; y, para disfrutar de la verdadera vida, necesitamos más que simplemente andar, comer o dormir.

—Es verdad. Yo también creo que es así —dijo Pedro, reflexivo.



Ambos permanecieron en silencio. Pedro miró la Biblia abierta. Jair sabía que el amigo estaba asimilando la conversación, y continuó:

—Pero, no todo está perdido. Mira lo que está escrito aquí: “—Yo soy el camino, la verdad y la vida —le contestó Jesús—. Nadie llega al Padre sino por mí” (S. Juan 14:6).

—¿Jesús es la vida?

—¡Exactamente! Solamente Jesús puede darle sentido a la existencia. Por eso, él dijo: “El ladrón no viene más que a robar, matar y destruir; yo he venido para que tengan vida, y la tengan en abundancia” (S. Juan 10:10).

—Vida abundante ¿es vida con sentido!

—Eso mismo. El mismo apóstol San Juan dice: “Y el testimonio es este: que Dios nos ha dado vida eterna, y esa vida está en su Hijo. El que tiene al Hijo, tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios, no tiene la vida” (1 S. Juan 5:11, 12).

Pedro continuó pensando y Jair prosiguió:

—Lejos de Jesús, la vida se transforma en una simple supervivencia. Levantarse de mañana, trabajar y dormir no es vida, es apenas sobrevivir.

Las palabras de Jair sacudieron el corazón de Pedro, que preguntó:

—Y ¿cómo se puede obtener ese tipo de vida?

—Te voy a leer lo que Jesús dice: “Porque tanto amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que cree en él no se pierda, sino que tenga vida eterna” (S. Juan 3:16).

—Ya escuché eso.

—Mucha gente escucha, Pedro. Pero poca gente piensa en el verdadero significado de esta declaración. Hay algunas ideas clave en este versículo.

—¿Cuáles?

—La primera es que Dios te ama. No por lo que tú haces o dejas de hacer. El amor de Dios no es por merecimiento. Dios te ama porque él es amor (1 S. Juan 4:8). Esa es su naturaleza. No importa quién eres tú, ni lo que tú haces. Sin importar si tú crees o no, tú eres el ser más precioso para Dios en este mundo.

Pedro no podía dominar su emoción. Los ojos le brillaban exageradamente. Si Jair hubiera sabido lo que él había hecho, con plena seguridad jamás le diría lo que le estaba diciendo.

—¿Quiere decir que no necesito preocuparme por mi conducta?

—Sí, lo necesitas.

—Pero tú acabas de decir...

—El amor de Dios es incondicional y para todos, pero solo tiene valor para los que lo aceptan. Por eso, el versículo que te acabo de leer dice... ¿recuerdas?: “para que todo el que cree no se pierda”.

—¿Cómo hago para creer?

—Primero, acepta el hecho dramático de que tú estás en el territorio de la muerte, lejos de Dios, perdido, y que no tienes forma de salir de esa situación. Jeremías, uno de los profetas de la Biblia, pregunta: ¿Puede el etíope cambiar de piel, o el leopardo quitarse sus manchas? ¿Pues tampoco ustedes pueden hacer el bien, acostumbrados como están a hacer el mal!” (Jeremías 13:23).

—Ese soy yo.

—Esos somos todos nosotros, Pedro. Mira: “Nada hay tan engañoso como el corazón. No tiene remedio. ¿Quién puede comprenderlo? Yo, el Señor, sondeo el corazón y examino los pensamientos, para darle a cada uno según sus acciones y según el fruto de sus obras” (Jeremías 17:9, 10).

—Dios sabe todo —reflexionó Pedro.

—Exactamente. Al ser humano pecaminoso le gusta fingir, aparentar y “mostrar” que es buenito. Pero en el fondo sabe que su corazón es falso. Eso está en la naturaleza desde que Adán y Eva pecaron. A partir de aquel trágico día, todos nacemos con la naturaleza pecaminosa y somos incapaces de hacer el bien. Eso es lo que dice David: “Yo sé que soy malo de nacimiento; pecador me concibió mi madre” (Salmo 51:5). El apóstol Pablo completa la misma idea cuando dice: “Por medio de un solo hombre el pecado entró en el mundo, y por medio del pecado entró la muerte; fue así como la muerte pasó a toda la humanidad, porque todos pecaron” (Romanos 5:12).

—¿Estamos todos condenados?

—Sí y no.

—No entiendo.

—Estaríamos todos condenados, por naturaleza. Sin embargo, si después de aceptar el hecho de que tú eres incapaz de remediar tu situación vas a Jesús de la manera en que estás, escucharás su voz diciendo: “Vengan, pongamos las cosas en claro —dice el Señor—. ¿Son



sus pecados como escarlata? ¡Quedarán blancos como la nieve! ¡Son rojos como la púrpura? ¡Quedarán como la lana!” (Isaías 1:18).

—¿Ir a Jesús llevando mis pecados?

—Es la única manera de ir a él. Mucha gente espera cambiar de vida para ir a Jesús. Espera corregir su comportamiento y dejar de hacer tal o cual cosa. Ellos jamás irán a Jesús. Solos, jamás lograrán cambiar su propia naturaleza.

—Es sorprendente.

—Es Jesús quien transforma al ser humano. Mira esta promesa: “Los rociaré con agua pura, y quedarán purificados. Los limpiaré de todas sus impurezas e idolatrías. Les daré un nuevo corazón, y les infundiré un espíritu nuevo; les quitaré ese corazón de piedra que ahora tienen, y les pondré un corazón de carne. Infundiré mi Espíritu en ustedes, y haré que sigan mis preceptos y obedezcan mis leyes” (Ezequiel 36:25-27).

—¿Así de simple?

—Y tú no pagas nada por eso. “Porque por gracia ustedes han sido salvados mediante la fe; esto no procede de ustedes, sino que es el regalo de Dios, no por obras, para que nadie se jacte” (Efesios 2:8, 9).

—Pero, un buen cristiano ¿no es aquel que hace todo bien? ¿No necesita tener “buenas obras”?

—Un árbol de manzanas no es un manzano porque produce manzanas... es todo lo contrario. Él produce manzanas porque es un manzano.

—Y eso ¿qué significa?

—Jesús lo dice así. Lee aquí: “Del mismo modo, todo árbol bueno da fruto bueno, pero el árbol malo da fruto malo. Un árbol bueno no puede dar fruto malo, y un árbol malo no puede dar fruto bueno” (S. Mateo 7:17, 18).

—¿Frutos?

—Sí. Para producir buenos frutos, el árbol necesita ser un árbol bueno. Los frutos son el resultado. Lo mismo sucede con el cristiano. Antes de preocuparse en producir buenas obras, es necesario ser un buen cristiano.

—Y un buen cristiano es aquel que va a Jesús de la manera en que está, ¿verdad?

—¡Eso mismo! Y permanece en él. ¡Entendiste!

Las horas corrían. Los amigos conversaron mucho tiempo. Jair tomó la iniciativa e hizo la pregunta:

—¿Podemos seguir mañana? Creo que es tarde, y tú necesitas descansar después de tu largo viaje.

—¿Sabes? El cansancio desapareció de tan interesante que estaba la conversación. Jamás había pensado en las cosas de las que me hablaste.

—Solamente una pregunta más.

—Claro.

—¿Aceptas a Jesús como tu Salvador? ¿Deseas ir a él tal como estás?

—Yo... quieres decir... yo...

Jair entendió que aquel no era el momento oportuno. Y completó:

—Descansa. Mañana será otro día. ¿Puedo hacer una oración por ti?

—Por favor.

Jair oró:

—Muchas gracias, Padre querido, porque un día el evangelio llegó a mi vida trayendo salvación, perdón y paz. Jamás podré agradecerte lo suficiente, porque nos salvaste a mi familia y a mí. Pero ahora, en este momento, te suplico por Pedro. Él necesita de ti, Señor. Entra en su corazón y pon orden en su vida. Arroja afuera su tristeza, su angustia, y dale un sentido a su existencia.

Al final de la oración, Pedro no pudo controlar las lágrimas. Jair lo abrazó y se retiró discretamente. Antes de salir, abrió la Biblia, buscó un versículo y le sugirió:

—Lee esto antes de dormir.

Solo, Pedro leyó: “Vengan a mí todos ustedes que están cansados y agobiados, y yo les daré descanso. Carguen con mi yugo y aprendan de mí, pues yo soy apacible y humilde de corazón, y encontrarán descanso para su alma” (S. Mateo 11:28, 29).

Gruesas lágrimas rodaron por su rostro, marcado prematuramente por la vida. Movié la cabeza con fuerza, no sabiendo qué pensar. El corazón clamaba por paz. Hasta ese momento había vivido una carrera alucinante en busca de algo que él mismo no lograba definir. Ahora escuchaba la voz mansa de Jesús diciendo: “Ven a mí”.

¡Qué día! ¡Cuántas emociones diferentes vividas en un corto período! Pánico, desesperación, miedo, angustia, nostalgia. Y, al final del día, esperanza. Una fiesta de luz en su mundo de sombras, y la perspectiva de un mañana glorioso.

Aquella noche casi no durmió. Dio vueltas en la cama como en tantas otras noches. Pero aquella vez era diferente. Se acordaba de cada



palabra de Jair. Se levantó, entonces, encendió la luz y abrió la Biblia algunas veces. Mal sabía que el corazón era un campo de batalla. Era consciente, sin embargo, de que necesitaba tomar una decisión urgente. No podía posponerla más. Su vida no podía continuar de la manera en que estaba. Sin embargo, solamente podía pronunciar cuatro palabras:

—Perdón, mi Dios. ¡Perdón!

La luz del amanecer entró con fuerza por la ventana y lo despertó. Era un nuevo día. Sería, también, una nueva jornada. El corazón cantó. Abrió la ventana del dormitorio, que daba al jardín, y respiró hondo. Sabía que estaba iniciando una caminata para toda la vida. Por algún motivo, sintió que debía buscar al hijo que no conocía. Entendió que no se puede construir un edificio nuevo sin establecer fundamentos sólidos. Las mentiras son hojas sueltas que el viento arrastra sin destino. No existe cura sobre una herida infectada. Es necesario limpiar la herida, aunque signifique dolor.

¿Tendría fuerzas para llegar al final de la jornada? Ese no era el problema, pues “Estoy convencido de esto: el que comenzó tan buena obra en ustedes la irá perfeccionando hasta el día de Cristo Jesús” (Filipenses 1:6).

¡Ahora el corazón estaba lleno de vida!

Él estaba decidido a buscar la única esperanza real que existe.

Esperanza de vida

Tú puedes encontrar esperanza de vida eterna.

Descubre a un Dios amoroso que les proporciona vida plena a sus hijos.

- ① Después de que surgió el pecado, Dios ofreció esperanza de salvación. Génesis 3:8-10, 15, 21
- ② El pecado envolvió a todos los seres humanos. Romanos 3:10-12, 23
- ③ El ser humano no puede hacer nada para cambiar su naturaleza pecaminosa. Jeremías 2:22
- ④ La salvación es un don gratuito de Dios. Romanos 6:23
- ⑤ La salvación es recibida por medio de la fe. Efesios 2:8-10
- ⑥ Las buenas obras revelan la autenticidad de la fe. Santiago 2:17, 24, 26
- ⑦ La Palabra de Dios implantada en nosotros es poderosa para salvarnos. Santiago 1:21
- ⑧ Jesús es nuestra única esperanza de salvación. 1 S. Juan 5:11, 12
- ⑨ Quien cree en Jesús tiene vida eterna. S. Juan 3:16
- ⑩ La alegría de la salvación debe ser compartida con otras personas. S. Juan 4:29, 39-42

Para conocer más sobre estos y otros consejos de Dios
para ti, visita:

www.esperanzaweb.com/estudio

EL DÍA DE LA

ESPERANZA



Juan Carlos se despertó con los pájaros aquella mañana. El sol había acabado de salir, pero nadie percibía su brillo. El nuevo día llegó envuelto en nubes densas. Llovía mucho. Pero nada de eso le importaba a Juan Carlos. Salió temprano de la cama porque no lograba dormir. Pasaba las noches despierto y, a lo largo del día, tenía un humor insoportable.

Aquel era un día sombrío de octubre, y las hojas caían perezosas, contrastando con el vaivén acelerado de la ciudad. Brasilia puede parecer pacata —y tal vez lo haya sido alguna vez—, pero se transformó en una cincuentona inquieta que se despierta al salir el sol y en pocos minutos se asemeja a un enjambre de abejas agitadas.

En realidad, toda esa agitación comienza en las ciudades satélite, de donde las personas se dirigen al Plan Piloto. Ese pueblo es la sangre que le da vida a Brasilia. Años atrás, Juan Carlos era una de esas personas. Con la familia, había vivido un período de “vacas flacas”. Había salido del nordeste buscando mejores perspectivas de vida, y consiguió un pedacito de tierra en Ceilandia. Para llegar a su trabajo, tomaba tres ómnibus.

Eso ya era pasado. Juan Carlos, ahora, era un próspero empresario. No era millonario, pero era rico. Muy rico. Podía viajar adonde quisiera; la esposa y los hijos podían gastar dinero con facilidad. Desfilaban por los mejores centros comerciales de la ciudad, derrochando dinero. Cuando se cansaban de Brasilia, tomaban un avión y viajaban a San Pablo, a Río, a Europa o a los Estados Unidos. Allá compraban cosas que pocas veces usaban.

En ese día sombrío de octubre, Juan Carlos, preso en el tránsito, se preguntó a sí mismo si valía la pena ser rico. No necesitaba más contar los centavos; vivía en el Lago Sur y conducía un auto espectacular, pero se sentía solitario y triste. Tenía pocos amigos, y la familia se apartaba de él a medida que el dinero aumentaba. ¿O sería él quien se apartaba de la familia? No sabía responder. En realidad, no entendía muchas cosas. Ignoraba, por ejemplo, que su hija de 16 años estaba embarazada, y que su hijo de 18 usaba drogas. Estaba ajeno, también, al hecho de que la esposa estaba pensando en el divorcio pues creía que el marido ya no la amaba.

Sin embargo, él fingía que todo marchaba bien. No faltaba nada en casa, aparentemente. Por lo menos, dinero no faltaba. Entonces, ¿por qué aquella tristeza impregnada en la esencia de su ser? ¿Por qué la sensación de fracaso y el insomnio lo incomodaban tanto durante la noche?

Aquella mañana, cuando las oficinas de su empresa abría las puertas, Iván, el hombre de la limpieza, caminaba por el corredor cantando como un canario. Juan Carlos lo admiró en silencio. No dijo nada. Sabía que en el corazón de aquel hombre simple existía música. ¿Por qué él tenía la impresión de que los hombres pobres eran más felices? Cuando él era pobre, también cantaba. No tenía una voz melodiosa, pero sentía en el corazón un tambor que no paraba de producir ritmos. Hacía mucho tiempo que la melodía y el ritmo habían abandonado las salas de su alma y habían volado hacia algún lugar distante.

—¿Por qué usted no deja de cantar, buen hombre de Dios? —preguntó Juan Carlos.

—Justamente por eso, mi patrón —le respondió Iván.

—¿Por eso, qué?

—¡Porque soy un hijo de Dios!

—Pero yo también lo soy. ¿O no lo soy?

—Usted lo es, sí, mi patrón. Pero ¿cuándo fue la última vez que habló con él?

—No sé si realmente alguna vez hablé con él. Usted ¿habla con Dios?

—Todos los días. Y sé que él está conmigo en todo momento.

La fe simple del sencillo hombre lo emocionaba. Aquel humilde asistente no se complicaba la vida. Vivía la seguridad de la esperanza. Él, por su parte, tenía dinero, pero no tenía seguridad de nada.

—Y su Dios ¿no es también el mío?

—Sí, señor, lo es.



—Entonces, ¿cuál es el problema? Con usted funciona; y conmigo, no.

—Eso no depende de Dios, señor.

—No entiendo.

—No basta con creer en Dios. Necesitamos pasar tiempo con él. Solamente así Dios deja de ser apenas un nombre para transformarse en una realidad.

—¿Cómo en una realidad? Él ¿no es real?

—Si usted no pasa tiempo con él, Dios es solamente un nombre. Y eso no ayuda mucho. Especialmente en los momentos más complicados, como los que usted está pasando ahora.

—¿Cómo sabe que estoy pasando por momentos difíciles?

—Se lo ve en su rostro, señor. Por la manera en que mira y, con todo respeto, por la manera en que está tratando a sus funcionarios.

Aquello le parecía ofensivo. Pero era verdad. E Iván no tenía la culpa de nada. Él apenas estaba respondiendo a lo que el patrón le estaba preguntando.

—Está bien. Y, ¿cómo pasa tiempo con Dios?

—Todos los días, antes de salir de casa, me quedo a solas con él. Y el sábado le dedico el día entero.

—Y ¿por qué el sábado?

—Está en los Mandamientos.

—¿Dónde?

Iván pidió permiso, salió de la sala y dos minutos después regresó con una Biblia abierta.

—Señor, mire lo que dice aquí: “Acuérdete del sábado, para consagrarlo. Trabaja seis días, y haz en ellos todo lo que tengas que hacer, pero el día séptimo será un día de reposo para honrar al Señor tu Dios. No hagas en ese día ningún trabajo, ni tampoco tu hijo, ni tu hija, ni tu esclavo, ni tu esclava, ni tus animales, ni tampoco los extranjeros que vivan en tus ciudades. Acuérdate de que en seis días hizo el Señor los cielos y la tierra, el mar y todo lo que hay en ellos, y que descansó el séptimo día. Por eso el Señor bendijo y consagró el día de reposo” (Éxodo 20:8-11).

—¿Eso está en los Mandamientos?

—Sí, señor.

—Pero, el sábado ¿no es para los judíos solamente?

—Señor, cuando Dios santificó el sábado, no existía el pueblo judío.

Puede leer lo que dice el relato de la creación: “Así quedaron terminados los cielos y la tierra, y todo lo que hay en ellos. Al llegar el séptimo día, Dios descansó porque había terminado la obra que había emprendido. Dios bendijo el séptimo día, y lo santificó, porque en ese día descansó de toda su obra creadora” (Génesis 2:1-3).

—Así que, sábado... el séptimo día.

—Mire el diccionario o el calendario. ¿Cuál es el séptimo día, señor?

—Está bien. ¿Quiere decir que el sábado existe desde la creación? Eso es interesante.

—Verdad. En la misma semana de la creación, Dios descansó durante el sábado, aunque él no estuviera cansado. Él nunca se cansa. Descansó para darnos un ejemplo. Pero, va más allá, señor; Dios bendijo y santificó el sábado.

—¿Así que usted quiere decir que el sábado es un día santo?

—Sí, señor, es lo que la Biblia dice. Mire: “Si dejas de profanar el sábado, y no haces negocios en mi día santo; si llamas al sábado ‘delicia’, y al día santo del Señor, ‘honorable’; si te abstienes de profanarlo, y lo honras no haciendo negocios ni profiriendo palabras inútiles, entonces hallarás tu gozo en el Señor; sobre las cumbres de la tierra te haré cabalgar, y haré que te deleites en la herencia de tu padre Jacob. El Señor mismo lo ha dicho” (Isaías 58:13, 14).

—Pero yo oí decir que no es más necesario guardar el sábado porque Jesús resucitó un domingo.

—Es verdad, señor, que Jesús resucitó un domingo, pero ¿usted sabe en qué parte de la Biblia dice que el domingo pasó a ser santo y que el sábado no tiene más validez? En ninguna. Al contrario, señor, mire lo que Jesús acostumbraba hacer durante los sábados: “Fue a Nazaret, donde se había criado, y un sábado entró en la sinagoga, como era su costumbre. Se levantó para hacer la lectura” (S. Lucas 4:16).

—Pero, Jesús ¿no realizó milagros en sábados?

—Sí.

—Entonces, él trabajó...

—Realizó obras de salvación, señor. Porque el sábado no es un día simplemente para no trabajar. No trabajamos porque estamos concentrados en alabar y en servir a Dios. El sábado no es un día lleno de reglas que esclavizan al ser humano. Jesús mismo dijo que “El sábado se hizo para el hombre, y no el hombre para el sábado —añadió—. Así que el Hijo del



hombre es Señor incluso del sábado” (S. Marcos 2:27, 28). Entonces, mi patrón, si Jesús es el Señor del sábado, puede usarlo para realizar sus obras de salvación. Él realizó muchos milagros para mostrar que en ese día es necesario curar y restaurar a los pecadores. Nosotros también podemos usar al sábado para realizar las obras del Señor.

El patrón miraba a Iván a los ojos. Aquel hombre no era tan simple como él imaginaba. Sus palabras destilaban sabiduría. Por eso, se animó a preguntarle:

—Usted ¿me dice que es feliz porque guarda el sábado?

—Señor, el ser humano necesita descansar de sus trabajos y pensar en Dios. Un día, Jesús dijo: “Vengan a mí todos ustedes que están cansados y agobiados, y yo les daré descanso. Carguen con mi yugo y aprendan de mí, pues yo soy apacible y humilde de corazón, y encontrarán descanso para su alma” (S. Mateo 11:28, 29). Sin Jesús, el ser humano jamás tendrá descanso, mi patrón. Vivirá agitado, corriendo de un lado al otro, acumulando dinero, pero no tendrá paz. Jesús es la única fuente de paz y descanso para el alma.

—Pero, si Jesús me da el reposo, ¿para qué guardar el sábado? —preguntó el patrón.

—Muchos cristianos no entienden eso, señor. El descanso no viene del sábado, viene de Jesús. El sábado, en su base, es un día como cualquier otro; tiene 24 horas, una tarde, una mañana, en fin, igual a todos. Lo que lo hace un día diferente es el hecho de que Dios lo separó desde la creación como un día santo para tener comunión con sus hijos.

—Y ¿no podría ser cualquier otro día? ¿El domingo, el miércoles?

—Claro que sí, señor, podría ser. Si Dios hubiera elegido cualquier otro día, podría serlo. Pero Dios eligió el sábado.

—¡Eso no lo entiendo! ¿Por qué tiene que ser necesariamente el sábado?

—No sé, mi patrón. Podremos preguntarle eso a Jesús cuando él regrese. Mientras tanto, yo amo a Jesús y deseo obedecer lo que él mandó.

—¡Eso es interesante!

—¡Claro que sí! Y los discípulos de Jesús continuaron guardando el sábado después de la resurrección de Cristo. Mire lo que dice la Biblia: “Este se presentó ante Pilato y le pidió el cuerpo de Jesús. Después de bajarlo, lo envolvió en una sábana de lino y lo puso en un sepulcro cavado en la roca, en el que todavía no se había sepultado a nadie. Era el día de preparación para el sábado, que estaba a punto de comenzar. Las

mujeres que habían acompañado a Jesús desde Galilea siguieron a José para ver el sepulcro y cómo colocaban el cuerpo. Luego volvieron a casa y prepararon especias aromáticas y perfumes. Entonces descansaron el sábado, conforme al mandamiento” (S. Lucas 23:52-56).

—¿Qué significa eso?

—Jesús ya estaba muerto y enterrado. Era viernes de tarde, y las mujeres que fueron al sepulcro descansaron durante el sábado, de acuerdo con el mandamiento. San Lucas escribe eso unos veinte años después de la resurrección de Cristo y todavía dice: “de acuerdo con el mandamiento”. ¿No le parece curioso, señor? Si el mandamiento hubiese terminado con la resurrección de Cristo, ¿cómo puede ser que San Lucas haya dicho semejante cosa veinte años después?

—Tiene lógica. Usted tiene razón. ¿Y los apóstoles?

—Mire lo que el apóstol Pablo acostumbraba hacer durante los sábados. “Allí se encontró con un judío llamado Aquila, natural del Ponto, y con su esposa Priscila. Hacía poco habían llegado de Italia, porque Claudio había mandado que todos los judíos fueran expulsados de Roma. Pablo fue a verlos y, como hacía tiendas de campaña al igual que ellos, se quedó para que trabajaran juntos. Todos los sábados discutía en la sinagoga, tratando de persuadir a judíos y a griegos” (Hechos 18:2-4). ¿Me puede decir, por favor, qué hacía el apóstol Pablo los sábados?

—Es verdad... iba a la sinagoga.

—A pesar de todo esto, mucha gente cree que el apóstol iba a la sinagoga este día porque deseaba evangelizar a los judíos, porque ellos solamente podían ser encontrados en la sinagoga los sábados. Pero el mismo libro de Hechos revela que incluso donde no había una sinagoga el apóstol Pablo buscaba un lugar de oración para pasar el sábado (Hechos 16:13). ¿Cree usted que alguien puede decir que Pablo vivía esclavizado a las tradiciones del Antiguo Testamento?

—Creo que no. No sé, pero lo que sí sé es que la mayoría de los cristianos guarda el domingo como día de descanso y no el sábado.

—Es verdad, señor; pero ese es un asunto histórico. En los primeros años de la Era Cristiana, los judíos se rebelaron contra los romanos, y fueron perseguidos. Pero, como los cristianos guardaban el sábado, fueron confundidos con los judíos, y por ese motivo eran perseguidos también. Entonces, para evitar ese malentendido, alguien tuvo la idea de empezar a guardar el domingo en homenaje a la resurrección de



Cristo, porque tal vez fuese mejor para ellos.

—No sabía eso.

—Y hay más. Años después, más o menos en el siglo IV, el emperador Constantino se convirtió al cristianismo y, como él pertenecía a una religión pagana que adoraba al sol —que tenía como día de veneración el primer día de la semana—, la iglesia aceptó el domingo como día del Señor. Pero no va a encontrar ni un solo texto en la Biblia que afirme que el domingo es un día santo o que sustituye al sábado.

Juan Carlos e Iván ya estaban conversando hacía bastante tiempo. Los otros empleados se preguntaban qué era lo que el patrón tanto hablaba con un simple empleado de la limpieza. La conversación fue muy interesante para Juan Carlos. El hombre rico estaba emocionado. Sus ojos se abrieron a la realidad de que su mundo se estaba desmoronando. Reconoció que le faltaba un lugar para Dios en su vida.

—Dios lo ama mucho, mi patrón. Y puede hacer maravillas, si usted se lo permite.

—¿Podemos conversar un poco más en la hora del almuerzo?

—Claro que sí, señor. Voy a estar en el departamento de limpieza.

Las horas pasaron rápido. Los compromisos de la mañana fueron tantos que Juan Carlos casi no sintió pasar el tiempo. Miró el reloj, y ya era casi la una de la tarde. Entonces, mandó llamar a Iván.

El empleado entró con la Biblia en la mano.

—¿Hasta qué año estudió?

—Solo terminé la escuela primaria.

—Y ¿cómo conoce tanto de la Biblia?

—Es que para estudiar el libro de Dios, mi patrón, no necesita estudios.

—Interesante. Esta mañana usted hablaba de pasar tiempo con Dios. ¿Qué quiso decir, exactamente?

—Vea, mi patrón. El ser humano es como un auto. Necesita combustible para funcionar. Ningún vehículo anda si el conductor no llena el tanque. Dios es quien motiva al ser humano. Él es la vida, la sabiduría, el equilibrio. Él es la única persona capaz de hacernos felices y victoriosos. Cada vez que pasamos tiempo con él, equivale a llenar el tanque de combustible.

—El sábado ¿tiene que ver con eso?

—Sí, jefe. Durante la semana, tenemos que luchar por la supervivencia, y nuestra comunión con Dios es relativamente corta. Pero Dios

sabe que necesitamos cargar las baterías de la vida para existir con un significado. Por eso, él nos dio el sábado. Dedicamos ese día completamente a Dios. El sábado no es santo porque dejamos de trabajar en él, sino porque pasamos el día con Dios. El centro de la experiencia del cristiano no es el sábado, sino Cristo. Guardamos el sábado simplemente porque amamos a Jesús y deseamos verlo feliz.

—¿Cómo llegó a esa conclusión?

—La Biblia dice que el sábado es una señal de fidelidad entre Dios y su pueblo, señor. “Observen mis sábados como días consagrados a mí, como señal entre ustedes y yo, para que reconozcan que yo soy el Señor su Dios” (Ezequiel 20:20). Guardar el sábado es una cuestión de fe en Dios. Las personas necesitan conocer la bendición del descanso del sábado. La observancia del sábado es una señal de la fe en Dios y de la dependencia que tenemos de él como nuestro Creador, Redentor y Salvador.

—Una señal de amor.

—Sí. Una señal de amor y de salvación.

—¿De salvación?

—Exactamente, señor. Mire. El cuarto Mandamiento aparece dos veces en la Biblia: en Éxodo 20 y en Deuteronomio 5. Cada uno de esos pasajes da una razón diferente para guardar el sábado. En Éxodo 20, la razón es la creación, pues allí dice: “Acuérdate de que en seis días hizo el Señor los cielos y la tierra, el mar y todo lo que hay en ellos, y que descansó el séptimo día. Por eso el Señor bendijo y consagró el día de reposo” (Éxodo 20:11). Por su parte, en Deuteronomio, la razón no es solo la creación, sino también la redención. “Recuerda que fuiste esclavo en Egipto, y que el Señor tu Dios te sacó de allí con gran despliegue de fuerza y de poder. Por eso el Señor tu Dios te manda observar el día sábado” (Deuteronomio 5:15). Está claro que Dios es el Creador y también el Redentor. Solamente Dios puede crear y solamente él puede redimir. El sábado es un memorial tanto de la creación como de la redención.

—Tengo que reconocer que eso es fantástico, Iván.

—Me alegra, señor. Y hay más. Me gustaría hablarle un poco acerca de los milagros que Jesús realizó los sábados.

—Está bien, habla.

—Esos milagros tenían como propósito mostrar que el sábado está relacionado con la salvación y la restauración del ser humano. El sába-



do es un día de victoria sobre el pecado. El pecado, señor, trajo dolor y enfermedad. Cristo trajo la vida y la salud. Terminó su obra de restauración en el Calvario un viernes por la tarde y exclamó victorioso: ¡Está consumado! ¡El enemigo de Dios no tiene ninguna chance, está derrotado!

—¡Tremendo!

—Entonces, cuando la obra de redención fue concluida, mi patrón, Jesús descansó durante el sábado, de acuerdo con el mandamiento.

El diálogo con Iván fue muy provechoso para Juan Carlos. A partir de aquel día, patrón y empleado empezaron a llegar más temprano al trabajo para estudiar juntos la Biblia. Pasaron algunos meses. El hombre rico empezó a enfrentar tormentas oscuras en la vida. En lugar de desesperarse, aprendió a confiar en Dios.

Cierto día, reunió a su familia y pidió perdón.

—Yo les arruiné la vida a todos ustedes —les dijo, mirando a los ojos a sus amados.

Nadie entendió sus palabras.

—Un hombre sin Dios no tenía mucho que darle a su familia —completó.

La esposa y los hijos se miraron rápidamente. No entendieron lo que había sucedido.

—¿Podrían darme una oportunidad de hacer las cosas de una forma diferente? —preguntó, mientras las lágrimas le rodaban por el rostro marcado por un profundo dolor.

Después, habló con ellos sobre el amor de Dios. Y agregó:

—¿Por qué no hacemos del sábado el día de nuestra familia? Dediquemos ese día a Dios. Dejemos que él tome el control de la casa.

Nadie dijo nada, pero todos se conmovieron.

Los días, las semanas y los meses continuaban corriendo rumbo al futuro, como un río en dirección al mar.

Los milagros suceden; historias de conversiones registradas en los libros de la vida.

Hoy, Juan Carlos, la esposa y la hija encontraron la única esperanza.

El día de la esperanza

Tú puedes encontrar descanso y consuelo en el día de la esperanza.

Descubre ahora cómo no ser una víctima del estrés moderno.

- ① El séptimo día es diferente de los demás días de la semana. Génesis 2:1-3
- ② El sábado fue creado para el bien de la humanidad, para todos los pueblos. S. Marcos 2:27, 28
- ③ Adoramos al Creador por medio del descanso durante el sábado. Éxodo 20:8-11
- ④ El sábado fue observado por el pueblo de Dios en el Antiguo Testamento. Éxodo 16:23; Isaías 58:13, 14; Jeremías 17:24, 27; Ezequiel 20:12, 20; Nehemías 13:15-21
- ⑤ Jesús consideraba el sábado como un día de adoración a Dios y de servicio al semejante. S. Lucas 4:16, 31
- ⑥ La muerte de Cristo no sustituye el sábado como el día de descanso y adoración a Dios. S. Lucas 23:53-56
- ⑦ Los discípulos fueron fieles en la observancia del sábado. Hechos 13:14, 27, 42, 44; 17:2; 18:4
- ⑧ El cristiano no debe despreciar ninguno de los Diez Mandamientos. Santiago 2:10-12
- ⑨ Los mandamientos y las tradiciones humanas no pueden estar por encima de la Palabra de Dios. S. Marcos 7:6-13
- ⑩ El sábado continuará en vigor en la Tierra Nueva, como día especial de adoración. Isaías 66:22, 23

Para conocer más sobre estos y otros consejos de Dios
para ti, visita:

www.esperanzaweb.com/estudio

PRINCIPIOS DE

ESPERANZA



Cristian quería brillar. Ambicionaba iluminar al mundo con su resplandor; ser aplaudido, aclamado y homenajead.

En las interminables noches de delirio, soñaba que era asediado por las multitudes a la búsqueda de un autógrafo y se imaginaba rodeado por lindas chicas. Se veía sonriendo a las cámaras, deslumbrado por las luces y saludando a sus admiradores.

Su sueño se hizo realidad. Pero, el deslumbramiento duró poco. Fue una estrella fugaz tragada por la oscuridad y consumida por la brevedad del tiempo.

¡Cuántas estrellas como Cristian brillan en esta vida! Unas, más; otras, menos. Aplaudidas, aclamadas, casi idolatradas. El tiempo elimina su brillo y, a veces, ni siquiera sobran recuerdos.

La tragedia de Cristian fue creer que podía brillar sin respetar fronteras ni límites. Pensó que podía volar como un águila sin tener alas, o bucear durante horas como un delfín siendo apenas un hombre.

—Soy más yo —acostumbraba decir.

Y vivió sin respetar las reglas de la vida: “Abajo las prohibiciones”. “Cada uno decide lo que es bueno para sí”. “Hagamos el amor, y no la guerra”. En fin, proclamó la propia libertad; pero despertó, una mañana sombría, en el lecho de un hospital, sentenciado a muerte, consumido por el virus traicionero del sida.

Un día conocí al padre de Cristian. Adolfo era un cristiano fiel. Aceptó a Jesús en la hora del dolor. Abrió su corazón a Dios, buscando

remedio para su hijo amado. Oró mucho, clamó al Señor esperando un milagro. El propio Cristian abrió el corazón y, arrepentido, le pidió perdón a Dios por la forma desastrosa en que administraba la vida. Pero la muerte llegó implacable, cabalgando sobre el tiempo.

A dos años de la muerte de su hijo, Adolfo todavía se preguntaba:

—¿Por qué Dios no restauró la salud de Cristian? Él ¿no es amor? ¿Dónde están sus promesas de perdón y redención?

Adolfo necesitaba entender la dimensión del carácter protector de Dios. Nadie ama como él. Los padres humanos cuidan de sus hijos pequeños y los protegen cuando corren en una calle llena de tráfico o cerca de una vía de tren. Para los niños, no existe el peligro. Ellos no tienen conciencia de los riesgos. Por causa de esto, los padres, con bastante frecuencia, establecen reglas: “Hijo, aquí no”. “Allí es peligroso”. “Solamente puedes jugar en este espacio”. “No cruces la calle sin mirar hacia los dos lados”. Reglas, ¿entiendes? Ellas no existen para cohibir la libertad: son, en realidad, una expresión de amor. Los padres aman a los hijos y, justamente por eso, desean verlos crecer sanos y salvos. Anhelan conservarlos seguros y protegidos.

La misma cosa sucede entre Dios y el ser humano. Llevados por sus instintos, sus hijos se crean problemas a sí mismos, y Dios, que los ama, establece reglas para mostrarles el camino seguro con el propósito de evitarles dolores y sufrimientos. La ley es una cerca protectora del amor de Dios.

Constantemente encuentro cristianos maravillosos que creen que los Mandamientos de Dios fueron dados para las personas del Antiguo Testamento. Ellos imaginan que las ordenanzas divinas no se aplican más a quienes vivimos bajo su gracia. Por otro lado, existen cristianos que creen que pueden alcanzar la salvación por guardar mandamientos. ¿Cuál es el punto de equilibrio?

El tema de la ley y la gracia parece contradictorio. Sin embargo, no es lógico colocar la ley de Dios contra su gracia. Dios es el autor de la ley y también la fuente de la gracia. Y en él no existe contradicción.

—¿Por qué los adventistas del séptimo día hablan tanto de la ley? —me preguntó Adolfo un día, mientras conversábamos acerca de los resultados de la salvación en la vida del cristiano.

—No solamente los adventistas del séptimo día —le respondí—. La ley es mencionada 223 veces en el Nuevo Testamento, mientras que



la gracia es mencionada, apenas, 184 veces. No existiría la gracia si no existiese la ley. Las dos nacieron en la mente divina.

—¿De veras?

—El apóstol Pablo declara que “en lo que atañe a la ley, esta intervino para que aumentara la trasgresión. Pero allí donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia, a fin de que, así como reinó el pecado en la muerte, reine también la gracia que nos trae justificación y vida eterna por medio de Jesucristo nuestro Señor” (Romanos 5:20, 21). La expresión: “donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia”, ¿necesita alguna explicación adicional? La gracia es la solución para el pecado.

—¿Por qué el pecado haría sobreabundar la gracia?

—Jesús murió en la cruz para salvar al pecador arrepentido. El pecado manifestó la gracia. Jesús jamás habría muerto si no existieran pecadores que necesitan la salvación. Eso es lo que declara el apóstol Pablo: “A la verdad, como éramos incapaces de salvarnos, en el tiempo señalado Cristo murió por los malvados. Difícilmente habrá quien muera por un justo, aunque tal vez haya quien se atreva a morir por una persona buena. Pero Dios demuestra su amor por nosotros en esto: en que cuando todavía éramos pecadores, Cristo murió por nosotros” (Romanos 5:6-8). La existencia del pecado demandó la gracia.

—Usted me está confundiendo —me interrumpió Adolfo—. ¿Por qué dice que la ley y la gracia son parte del mismo evangelio?

—La explicación es simple. La ley tiene un lugar específico; y la gracia, también. No podemos confundir las cosas. La ley tiene la función específica de mostrar el pecado, no de salvar. “Por tanto, nadie será justificado en presencia de Dios por hacer las obras que exige la ley; más bien, mediante la ley cobramos conciencia del pecado” (Romanos 3:20). Ese versículo es claro: “mediante la ley cobramos conciencia del pecado”. Nadie, jamás, será justificado por las obras. La ley no tiene la función de salvar. Quien guarda los Mandamientos creyendo que está obteniendo algún mérito para ganar la salvación está completamente engañado. La ley no salva.

—¿Entonces?

—Ella solamente muestra el pecado. El apóstol Pablo repite ese concepto una y otra vez. “¿Qué concluiremos? ¿Que la ley es pecado? ¡De ninguna manera! Sin embargo, si no fuera por la ley, no me habría dado

cuenta de lo que es el pecado. Por ejemplo, nunca habría sabido yo lo que es codiciar si la ley no hubiera dicho: No codicies” (Romanos 7:7).

—Entonces, usted está de acuerdo conmigo en el hecho de que la ley no salva.

—Estoy de acuerdo ciento por ciento. La Biblia es enfática al enseñar que somos salvos únicamente por la gracia de Jesús. “Porque por gracia ustedes han sido salvados mediante la fe; esto no procede de ustedes, sino que es el regalo de Dios, no por obras, para que nadie se jacte” (Efesios 2:8, 9).

A esa altura de la conversación, yo podía ver un brillo de alivio en los ojos de Adolfo. Se alegró al comprobar que su creencia en relación con la salvación era bíblica. Entonces, concluyó convencido:

—Si somos salvos por la gracia, ya no necesitamos guardar la ley.

—Vamos a ver si el apóstol Pablo piensa lo mismo. “¿Qué concluiremos? ¿Vamos a persistir en el pecado, para que la gracia abunde? ¿De ninguna manera! Nosotros, que hemos muerto al pecado, ¿cómo podemos seguir viviendo en él?” (Romanos 6:1, 2).

—En ese pasaje dice que no debemos permanecer en el pecado, pero no habla de la ley.

—Y ¿qué es el pecado? “Todo el que comete pecado quebranta la ley; de hecho, el pecado es trasgresión de la ley” (1 S. Juan 3:4). Si no hubiera ley, no habría pecado; entonces, ¿de qué nos salvaría Jesús? Por lo tanto, la gracia nos libra del pecado, pero no anula la ley.

Adolfo parecía confuso, pero interesado. Él tenía la Biblia abierta en la mano y, mientras yo leía el último versículo, buscó otro y, antes de leer, dijo:

—El apóstol Pablo enseña que el mandamiento, es decir, la ley, solo trae muerte. Mire aquí: “Pero el pecado, aprovechando la oportunidad que le proporcionó el mandamiento, despertó en mí toda clase de codicia. Porque aparte de la ley el pecado está muerto. En otro tiempo yo tenía vida aparte de la ley; pero cuando vino el mandamiento, cobró vida el pecado y yo morí” (Romanos 7:8, 9). ¿Ve? “cuando vino el mandamiento, cobró vida el pecado y yo morí”.

—Querido Adolfo, la Biblia necesita ser entendida como un todo. Usted acaba de leer los versículos 8 y 9, pero el versículo 7, ¿se acuerda? dice: “¿Qué concluiremos? ¿Que la ley es pecado? ¿De ninguna manera! Sin embargo, si no fuera por la ley, no me habría dado cuenta de lo que es el



pecado. Por ejemplo, nunca habría sabido yo lo que es codiciar si la ley no hubiera dicho: ‘No codicies’”. El apóstol Pablo está hablando de la función de la ley y, en los versículos que usted leyó, él amplifica la idea de que no tendría conocimiento del pecado si no fuese por causa de la ley.

–El versículo dice: “Pero el pecado, aprovechando la oportunidad que le proporcionó el mandamiento, despertó en mí toda clase de codicia” (versículo 8).

–Exactamente. No dice que la ley operó en él la codicia; dice que el pecado, por el mandamiento, operó la codicia. Es decir, fue el mandamiento lo que hizo que tomara conciencia de su situación pecaminosa al mostrarle el pecado.

–Y ¿por qué dice “porque aparte de la ley el pecado está muerto”? (versículo 8).

–Porque si no hubiese ley no habría conocimiento del pecado, y el pecador se consideraría inocente.

Adolfo volvió a leer el texto. Deseaba entender. Quería asimilar cada palabra. Yo continué.

–Usted leyó los versículos 8 y 9. ¿Por qué no leemos los siguientes? Ellos aclaran más lo que el apóstol Pablo dijo: “Se me hizo evidente que el mismo mandamiento que debía haberme dado vida me llevó a la muerte; porque el pecado se aprovechó del mandamiento, me engañó, y por medio de él me mató. Concluimos, pues, que la ley es santa, y que el mandamiento es santo, justo y bueno. Pero entonces, ¿lo que es bueno se convirtió en muerte para mí? ¡De ninguna manera! Más bien fue el pecado lo que, valiéndose de lo bueno, me produjo la muerte; ocurrió así para que el pecado se manifestara claramente, o sea, para que mediante el mandamiento se demostrara lo extremadamente malo que es el pecado” (Romanos 7:10-13).

–Déjeme leer otra vez –pidió.

Su cabeza trabajaba a toda máquina. Él tenía una mente inquisitiva, pero era sincero y no podía negar lo que los ojos leían. ¿Qué podría decir frente a la declaración del apóstol que dice que “la ley es santa, y el mandamiento santo, justo y bueno”. De todos modos, él dijo:

–Pero aquí no habla de Éxodo 20, sino de la voluntad de Dios. Los Mandamientos de Dios fueron clavados en la cruz del Calvario.

–Entonces, veamos lo que Jesús dijo: “No piensen que he venido a anular la ley o los profetas; no he venido a anularlos sino a darles

cumplimiento. Les aseguro que mientras existan el cielo y la tierra, ni una letra ni una tilde de la ley desaparecerán hasta que todo se haya cumplido” (S. Mateo 5:17, 18).

Adolfo reaccionó inmediatamente.

—Lea la última frase: “Hasta que todo se haya cumplido”. Y todo se cumplió en la cruz. El apóstol Pablo dice que Cristo vino a “anular la deuda que teníamos pendiente por los requisitos de la ley. Él anuló esa deuda que nos era adversa, clavándola en la cruz. Desarmó a los poderes y a las potestades, y por medio de Cristo los humilló en público al exhibirlos en su desfile triunfal. Así que nadie los juzgue a ustedes por lo que comen o beben, o con respecto a días de fiesta religiosa, de luna nueva o de reposo. Todo esto es una sombra de las cosas que están por venir; la realidad se halla en Cristo” (Colosenses 2:14-17).

Después de leer, Adolfo se quedó mirándose. Una parte de esa declaración de Pablo, “él anuló esa deuda que nos era adversa, clavándola en la cruz”, parecía definitiva para mostrar que la ley había llegado al final en la cruz. Yo también lo miré con amor y continué:

—Vamos a analizar lo que el apóstol Pablo dice. Él está hablando aquí de “la deuda que nos era adversa.” ¿Cuál era esa deuda? Él mismo lo explica: “todo esto es una sombra de las cosas que están por venir, la realidad se halla en Cristo”. ¿Cuál es esa “sombra de las cosas que están por venir”? Las ordenanzas ceremoniales de sacrificios que simbolizaban a Jesús.

—¿Qué ordenanzas?

—Cada vez que los israelitas sacrificaban un cordero o cualquier otro animal, este se transformaba en un símbolo del “Cordero de Dios que quita el pecado del mundo” (S. Juan 1:29). El autor de la Epístola a los Hebreos deja eso en claro: “Así que era necesario que las copias de las realidades celestiales fueran purificadas con esos sacrificios, pero que las realidades mismas lo fueran con sacrificios superiores a aquellos. En efecto, Cristo no entró en un santuario hecho por manos humanas, simple copia del verdadero santuario, sino en el cielo mismo, para presentarse ahora ante Dios en favor nuestro. Ni entró en el cielo para ofrecerse vez tras vez, como entra el sumo sacerdote en el Lugar Santísimo cada año con sangre ajena. Si así fuera, Cristo habría tenido que sufrir muchas veces desde la creación del mundo. Al contrario, ahora, al final de los tiempos, se ha presentado una sola vez y



para siempre a fin de acabar con el pecado mediante el sacrificio de sí mismo” (Hebreos 9:23-26).

—Pero todo eso terminó en la cruz.

—Claro que sí. Los escritos de ordenanzas que Jesús clavó en la cruz fueron las ordenanzas referentes a esos sacrificios y otras ceremonias propias del pueblo de Israel. Después de la muerte de Cristo, ya no son más necesarios esos sacrificios, porque el verdadero Cordero de Dios ya había sido sacrificado. Pero eso no tiene nada que ver con los Diez Mandamientos registrados en Éxodo 20.

—¿Cómo que no? Aquí dice: “Así que nadie los juzgue a ustedes por lo que comen o beben, o con respecto a días de fiesta religiosa, de luna nueva o de reposo. Todo esto es una sombra de las cosas que están por venir; la realidad se halla en Cristo” (Colosenses 2:16, 17). El sábado ¿no es uno de los Mandamientos de Éxodo 20?

—El sábado, sí, pero aquí está hablando de los sábados, en plural, y también se mencionan los días de fiesta y de luna nueva, que son “sombra de las cosas que están por venir”. Todo forma parte de las ceremonias de Israel, pero en ningún momento se mencionan los Diez Mandamientos.

—No había pensado en eso.

—El apóstol Santiago da más luz sobre este asunto: “Porque el que cumple con toda la ley pero falla en un solo punto ya es culpable de haberla quebrantado toda. Pues el que dijo: ‘No cometas adulterio’, también dijo: ‘No mates’. Si no cometes adulterio, pero matas, ya has violado la ley” (Santiago 2:10, 11). ¿De qué ley está hablando Santiago aquí?

—De Éxodo 20.

—El evangelio salva, Adolfo. Salva del pecado. Mira lo que dice el apóstol Pablo: “Así el pecado no tendrá dominio sobre ustedes, porque ya no están bajo la ley sino bajo la gracia. Entonces, ¿qué? ¿Vamos a pecar porque no estamos ya bajo la ley sino bajo la gracia? ¡De ninguna manera!” (Romanos 6:14, 15).

—¿Y ahora? Aquí dice que no estamos bajo la ley, sino bajo la gracia —preguntó Adolfo.

—No estamos bajo la condenación de la ley, por causa de la gracia de Jesús. Su sangre cubre los pecados, de forma que la ley no nos puede condenar. Pero la pregunta del apóstol es: “¿Vamos a pecar porque no estamos ya bajo la ley sino bajo la gracia?” Y él mismo responde: “¡De ninguna manera!”

—Realmente. Mirándolo desde ese punto de vista...

—Y ¿qué otro punto de vista puede haber? “¿Quiere decir que anulamos la ley con la fe? ¡De ninguna manera! Más bien, confirmamos la ley” (Romanos 3:31).

—¡No puede ser! Yo jamás había leído eso.

—Los cristianos obedecen la ley de Dios. Las únicas personas que quedan bajo la condenación de la ley son las que la infringen. Por ejemplo, la persona no es afectada por el límite de velocidad mientras respete la ley. Si supera el límite, queda bajo la condenación de la ley de tránsito.

—Entonces, el estar bajo la gracia no nos da libertad para transgredir la ley.

—Así es.

Adolfo parecía sorprendido. El Espíritu de Dios trabajaba en el corazón, y él aceptaba esa obra. El punto no era quién estaba en lo correcto y quién estaba errado. No era quién ganaba o quién perdía. Era un asunto de vida. Porque la vida cristiana es una experiencia constante de crecimiento. Crecer involucra aprendizaje, pero para aprender es necesario salir del terreno conocido y nadar en las aguas de lo desconocido. Eso, naturalmente, provoca temor. Tal vez por eso mucha gente prefiere no crecer.

Con Adolfo era diferente. Él deseaba aprender, y por eso me hizo esta última pregunta.

—Las cosas que usted dice son lógicas, pero ¿qué me dice acerca de la Epístola a los Gálatas? El apóstol Pablo ¿no da en ella la impresión de estar contra la ley?

—Yo sé que esa epístola es controvertida. Existen cristianos que creen encontrar en ella argumentos para “probar” que la ley no tiene más validez.

—Exactamente.

—El apóstol Pablo escribió esa carta para resolver un problema doctrinal de la iglesia de la región de Galacia. Ese problema surgía por una interpretación equivocada de la función de la ley. Muchos cristianos convertidos de entre los judíos enseñaban que la observancia de la ley es lo que nos salva. El apóstol combatió esa idea con vehemencia.

—Pero ese problema no es solamente de los gálatas —completó Adolfo.

—Claro que no. El asunto del legalismo fue el problema de muchas personas a lo largo de los siglos. Incluso en nuestros días.



—¿Qué sucedía en los días del apóstol Pablo?

—Él había establecido la iglesia en la región de Galacia alrededor del año 50 d.C., aproximadamente veinte años después de la muerte de Jesucristo. Algunos años después, en torno al año 55 d.C., mientras el apóstol Pablo estaba en Éfeso, le llegaron noticias de que la iglesia de Galacia se encontraba inmersa en una grave crisis de identidad cristiana.

—Y ¿en qué consistía esa crisis?

—Predicadores llegados de Jerusalén acusaban al apóstol Pablo de predicar un evangelio incompleto. Ellos enseñaban que para ser salvos no bastaba con creer en Jesús. Según ellos, era necesario que los gentiles se transformaran en judíos por medio de la circuncisión. Y muchos comenzaron a aceptar esas nuevas enseñanzas.

—¿Realmente?

—Sí. La Biblia enseña que para ser salvo el hombre solamente necesita creer en Jesús y punto; independientemente de su nacionalidad. Algunos judíos creían que, por el hecho de que la ley le había sido dada a Israel en el Sinaí, solamente ellos podrían ser salvos. Quien quisiera, por lo tanto, salvarse, debía pasar por la circuncisión, que es el rito introductorio al judaísmo. Según ese pensamiento, entonces, la fe no era el único medio de salvación, como enseñaban el apóstol Pablo y los otros discípulos. Para ser salvo, era necesario obedecer la ley que requería la circuncisión. La conclusión era: para ser salvo es necesario convertirse al judaísmo. El apóstol Pablo estaba combatiendo esa herejía.

—Entiendo.

—Por eso, al saber lo que estaba sucediendo, el apóstol Pablo les escribió esa epístola.

—Por eso el apóstol es tan duro contra los legalistas.

—Sí, los legalistas enseñan que, en el proceso de salvación, la causa de ella es tanto la gracia como la ley, mientras que el apóstol Pablo afirma que no es posible colocar al lado de Cristo ningún elemento complementario. La ley, como dice el apóstol Pablo, no salva. El factor decisivo y definitivo de la salvación es únicamente la gracia de Cristo.

Conversamos con Adolfo en tres ocasiones. En la tercera oportunidad, él estaba acompañado por su esposa y su hija de 17 años, que tenía ojos vivarachos como los del padre. Oía atenta todo lo que decía y anotaba cada palabra en una libreta.

—Es solo para cotejar en casa —dijo, sonriendo.



Algunos meses después, toda la familia descendió a las aguas del bautismo y selló el pacto de amor con Cristo. Un coro cantó mientras ellos eran sumergidos en las aguas. Las palabras del himno decían:

“¡Oh! ¡Gracia excelsa de Jesús,
perdido me encontró!
Estando ciego, me hizo ver,
¡de la muerte me libró!”

Adolfo y su familia encontraron la única esperanza.

Principios de esperanza

Evita dolores y sufrimientos viviendo los principios de esperanza.

Vive con plenitud y seguridad.

- ① La Ley de Dios fue establecida para proteger y evitar que suframos. Éxodo 20:1-17
- ② El propio Dios escribió la Ley Moral en tablas de piedra. Éxodo 31:18
- ③ Jesús confirmó la validez de la Ley Moral. S. Mateo 5:17
- ④ El apóstol Pablo reconoció la validez de los Diez Mandamientos. Romanos 7:12
- ⑤ La función de la Ley no es salvar, sino revelar el pecado. Romanos 7:7
- ⑥ La fe en Cristo no anula la Ley de Dios. Romanos 3:31
- ⑦ Somos invitados a guardar los Mandamientos de Dios. 1 S. Juan 2:4, 5; 5:2, 3
- ⑧ El pueblo de Dios guarda sus Mandamientos por la fe. Apocalipsis 14:12
- ⑨ Los Diez Mandamientos deben ser observados sin excepciones. Santiago 2:10-12; 1 S. Juan 3:4
- ⑩ La obediencia a la Ley divina es la manifestación natural del amor a Dios. S. Juan 15:10; 14:15

Para conocer más sobre estos y otros consejos de Dios
para ti, visita:

www.esperanzaweb.com/estudio

ESPERANZA

DE CONSEJO



Era largo y estrecho el camino por el que Sandra, la joven médica de la comunidad, transitaba como parte de su rutina diaria. En aquellos finales de tarde, ahora lluviosos y tristes, pero que antes estuvieron secos y fríos, Sandra se movía, con la mochila al hombro, tarareando los cantos que estaba aprendiendo en el grupo de estudio del que participaba.

En las últimas semanas, la bella médica parecía otra persona. Un año atrás, ella había llegado a aquel grupo huyendo de todos, después de haber sido abandonada por el novio, en la puerta de la iglesia. Ella quería olvidarse de ese capítulo de su vida. A la noche, sin embargo, los recuerdos como rostros de buitres feos se aproximaban a ella perturbando el deseo de un nuevo amanecer. Se esforzaba mucho para espantar a aquellas aves malignas, pero ellas arañaban su mundo interior sin piedad.

En las últimas semanas, sin embargo, había conocido a un grupo de personas que estudiaban la Biblia y, repentinamente, sus ojos se abrieron a verdades que ignoraba. A medida que profundizaba en la belleza del evangelio, veía a los buitres volar cada vez más lejos, aterrorizados.

—¿Cómo pude vivir tanto tiempo sin saber de estas cosas? —preguntó con timidez, en una de aquellas noches.

—No te culpes por eso —alguien le respondió—. Existen muchísimas personas en el mundo que ni siquiera conocen la Biblia.

—Esas verdades son maravillosas y no pueden permanecer escondidas —se lamentaba Sandra.



—No están escondidas —le respondió el líder del grupo—. El problema es que las personas no les dan importancia ni les prestan atención. Pero el mensaje está a disposición de todo aquel que tiene interés en saber.

Aquella tarde, mientras dejaba atrás el largo camino de regreso a su casa, Sandra pensaba en la reunión de la noche. El tema anunciado era: “¿Existen profetas en nuestros días?” Ella no creía que Dios pudiera levantar un profeta moderno.

—Hablaremos hoy del don de profecía —comenzó afirmando Gerardo, quien dirigía el grupo de estudio de la Biblia.

Había unas doce personas, cada una de ellas con la Biblia abierta en las manos. La mayoría, como Sandra, estaba comenzando a estudiar el Libro Sagrado. Gerardo continuó.

—Vean lo que el apóstol Pablo escribió en cierta ocasión: “En cuanto a los dones espirituales, hermanos, quiero que entiendan bien este asunto. [...] Hay diversas funciones, pero es un mismo Dios el que hace todas las cosas en todos. A cada uno se le da una manifestación especial del Espíritu para el bien de los demás. A unos Dios les da por el Espíritu palabra de sabiduría; a otros, por el mismo Espíritu, palabra de conocimiento; a otros, fe por medio del mismo Espíritu; a otros, y por ese mismo Espíritu, dones para sanar enfermos; a otros, poderes milagrosos; a otros, profecía; a otros, el discernir espíritus; a otros, el hablar en diversas lenguas; y a otros, el interpretar lenguas” (1 Corintios 12:1, 6-10). El apóstol dice que Dios entregó dones a su iglesia para edificarla.

—El don de profecía ¿es uno de estos dones? —preguntó un profesor de la escuela primaria de la comunidad.

—Sí. La Biblia enseña que el espíritu de profecía es una de las características de la iglesia en los días finales.

—¿Dónde dice eso?

—Aquí, en Apocalipsis: “Entonces el dragón se enfureció contra la mujer, y se fue a hacer guerra contra el resto de sus descendientes, los cuales obedecen los mandamientos de Dios y se mantienen fieles al testimonio de Jesús” (Apocalipsis 12:17). El dragón es el diablo, por lo que dice Apocalipsis 12, versículo 9. Y la mujer es el símbolo de la iglesia, según estudiamos en Génesis capítulo 3, versículo 15. El enemigo intenta destruir a la iglesia, pero ella conserva el testimonio de Jesús.

—Está bien. Pero allí no menciona el espíritu de profecía.

—Tienes razón, aquí se habla del “testimonio de Jesús”. Pero, mira lo que dice San Juan: “Me postré a sus pies para adorarlo. Pero él me dijo: ‘¡No, cuidado! Soy un siervo como tú y como tus hermanos que se mantienen fieles al testimonio de Jesús. ¡Adora sólo a Dios! El testimonio de Jesús es el espíritu que inspira la profecía’ ” (Apocalipsis 19:10).

—Pero ¿qué es el espíritu de profecía?

—El espíritu de profecía es el don de profecía manifestado en la iglesia de Dios. De acuerdo con esa declaración, puede haber personas que reciban el don de profecía en nuestros días.

—¿Puede haber?

—Sí, puede haber. Pero esa persona que recibe ese don no es un profeta que anuncia, necesariamente, cosas futuras. Para entender eso, necesitamos pensar en Juan el Bautista. La Biblia dice, en relación con él, lo siguiente: “Y tú, hijito mío, serás llamado profeta del Altísimo, porque irás delante del Señor para prepararle el camino” (S. Lucas 1:76).

—¿Juan el Bautista era profeta?

—Sí. Él había recibido el don de profecía. Además de eso, Jesús dice que, de todos los nacidos de mujer, ningún otro profeta se levantó mayor que Juan. Eso quiere decir que Jesús compara a Juan con Isaías, Jeremías, Ezequiel y otros profetas, y dice que ninguno de ellos fue tan grande como Juan.

—Pero Juan no escribió ni un solo libro, ni un solo capítulo de la Biblia —afirmó un joven rubio, siempre atento a las explicaciones, quien después miró a los otros con timidez y preguntó—; ¿quiere decir que para ser profeta no es necesario predecir cosas futuras?

—No necesariamente. Y hay más. La palabra hebrea traducida como *profeta*, en el Antiguo Testamento, es la palabra *nabi*, que literalmente significa “alguien que es llamado por Dios para una misión especial”.

—¿Qué misión?

—La misión de hablar en el nombre de Dios. El trabajo del profeta consiste en enseñar, advertir, amonestar y anunciar eventos posteriores. Tiene que ver, por lo tanto, con el pasado, el presente y el futuro. No siempre esas tres cosas aparecen juntas en un mismo ministerio profético. Puede ser apenas una de ellas, o todas juntas. No hay diferencia.

“¡Qué interesante!”, pensó Sandra en su corazón.

—Ese concepto queda más claro al analizar la palabra griega que se usa en el Nuevo Testamento para referirse a profeta. La palabra es



profetés, que tiene dos raíces: la preposición *pro*, que significa “por”, y el verbo *phemi*, que significa “hablar”. La traducción literal de esa palabra es “hablar por” o, dicho de otra manera, “hablar en nombre de”. El profeta habla en nombre de Dios.

—¿Puedes darnos un ejemplo de lo que estás diciendo? —preguntó Sandra.

—Claro que sí. Pensemos en el llamado de Moisés para sacar al pueblo de Israel de Egipto. La historia está en el libro de Éxodo, en el capítulo 4. Moisés dice que era un hombre pesado de lengua y que tenía miedo de hablar. Entonces Dios le dijo que enviaría a Aarón con él para que fuese su voz. “Tú hablarás con él y le pondrás las palabras en la boca; yo los ayudaré a hablar, a ti y a él, y les enseñaré lo que tienen que hacer. Él hablará por ti al pueblo, como si tú mismo le hablaras, y tú le hablarás a él por mí, como si le hablara yo mismo” (Éxodo 4:15, 16). En otras palabras, mientras Moisés era el profeta de Dios, Aarón sería el profeta de Moisés. Ese es el sentido bíblico para profeta. El trabajo principal del profeta no es predecir el futuro, sino guiar, enseñar y aconsejar al pueblo de Dios.

—¿Quiere decir que hoy también existen profetas? —preguntó Sandra.

Gerardo la miró. Se sacó los lentes de lectura que usaba y le respondió:

—Sí. Y su función no es necesariamente anunciar eventos futuros. Mira lo que afirma este versículo: “Queridos hermanos, no crean a cualquiera que pretenda estar inspirado por el Espíritu, sino sométanlo a prueba para ver si es de Dios, porque han salido por el mundo muchos falsos profetas” (1 S. Juan 4:1). Aquí dice que pueden existir muchos falsos profetas. Es decir, si existen falsos profetas, es porque existe —por lo menos— uno que es un profeta verdadero.

—Y ¿cómo podemos identificar al profeta verdadero? —preguntó el joven rubio.

—Las propias Escrituras presentan las características del profeta auténtico.

—¿Cuáles son?

—La primera es la siguiente: “En esto pueden discernir quién tiene el Espíritu de Dios: todo profeta que reconoce que Jesucristo ha venido en cuerpo humano, es de Dios” (1 S. Juan 4:2).

—¿Qué significa eso?

—San Juan afirma que una de las características del profeta verdadero es su mensaje.

—¿Existe alguien que piense que Cristo no es Dios? —preguntó Sandra.

—Por increíble que parezca, sí. Pero en estos estudios ya vimos que “En el principio ya existía el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios. Él estaba con Dios en el principio. Por medio de él todas las cosas fueron creadas; sin él, nada de lo creado llegó a existir. [...] Y el Verbo se hizo hombre y habitó entre nosotros. Y hemos contemplado su gloria, la gloria que corresponde al Hijo unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad” (S. Juan 1:1-3, 14).

—Entonces, si una persona dice ser un profeta, pero no enseña que Jesús es Dios encarnado, ¿eso es una evidencia de que no es verdadero?

—Eso mismo. Pero, esa no es la única prueba. Existe otra más. “Cuídense de los falsos profetas. Vienen a ustedes disfrazados de ovejas, pero por dentro son lobos feroces. Por sus frutos los conocerán. ¿Acaso se recogen uvas de los espinos, o higos de los cardos? Del mismo modo, todo árbol bueno da fruto bueno, pero el árbol malo da fruto malo” (S. Mateo 7:15-17).

—¿Frutos?

—Sí, frutos. Es decir, ¿cuáles son los resultados de la obra de ese pretendido profeta? Por donde él pasa, ¿deja un mensaje de unidad y compromiso con Cristo, con la iglesia y con la misión? ¿O después de que él pasa y se va queda una iglesia desunida, revolucionada y llena de espíritu de crítica? Si el profeta es verdadero, sus frutos serán buenos; de lo contrario, aquella persona no fue enviada por Dios.

El grupo permanecía atento a las explicaciones de Gerardo. El líder leía la Biblia para apoyar sus declaraciones. A él le gustaba afirmar que la Biblia se explica sola.

—Observen una característica más del profeta verdadero. Lean conmigo: “Yo les digo: ¡Aténganse a la ley y al testimonio! Para quienes no se atengan a esto, no habrá un amanecer” (Isaías 8:20).

—¿De qué ley habla Isaías?

—La ley, en aquellos tiempos, se refería la Torá, es decir, los primeros cinco libros de la Biblia. Trayendo la idea a nuestros días, ese versículo dice que una de las características del profeta verdadero es presentar sus enseñanzas de acuerdo con las afirmaciones de la Palabra de Dios. Ningún profeta verdadero puede contradecir lo que la Biblia enseña.

Sandra parecía satisfecha, pero preguntó:

—Y en el caso de que un profeta anuncie cosas venideras...



—Dejemos que Moisés responda. Él dice: “Por eso levantaré entre sus hermanos un profeta como tú; pondré mis palabras en su boca, y él les dirá todo lo que yo le mande. Si alguien no presta oídos a las palabras que el profeta proclame en mi nombre, yo mismo le pediré cuentas. Pero el profeta que se atreva a hablar en mi nombre y diga algo que yo no le haya mandado decir, morirá. La misma suerte correrá el profeta que hable en nombre de otros dioses. Tal vez te preguntes: ‘¿Cómo podré reconocer un mensaje que no provenga del Señor?’ Si lo que el profeta proclame en nombre del Señor no se cumple ni se realiza, será señal de que su mensaje no proviene del Señor. Ese profeta habrá hablado con presunción. No le temas” (Deuteronomio 18:18-22).

—Si el cumplimiento de las profecías es una característica del profeta verdadero, ¿podría Nostradamus ser uno de ellos? —preguntó el profesor de la escuela primaria de la comunidad.

—Si fuese la única característica, podría hasta llegar a serlo. Pero ¿y las otras? Te daré un ejemplo. Una de las características del ser humano es tener pies. Una mesa ¿puede ser considerada un ser humano por el hecho de que tiene “pies”?

Todos se rieron con el ejemplo cómico. Gerardo tenía la capacidad de hacer fáciles las cosas que aparentemente eran complicadas. Pero, Sandra deseaba saber más y le preguntó:

—Un profeta necesita ser una persona perfecta, ¿verdad?

—Consideremos la vida de algunos profetas. El primer profeta que la Biblia menciona es Abraham. Él era un patriarca, el guía espiritual de su familia y de su pueblo. Abraham llegó, un día, a la tierra de Guerar, y Abimélec, el rey de aquella tierra, viendo que Sara —la esposa de Abraham— era bonita, quiso tomarla como esposa. El patriarca, por miedo a ser expulsado de aquella tierra, dijo que Sara era su hermana.

—¡Qué mentira! —dijo Sandra, llevándose la mano a la boca.

—Efectivamente. Abraham estaba mintiendo, y casi llevó a que Abimélec y Sara pecaran. Sin embargo, esa noche Dios se presentó delante del rey y le dijo: “Ahora devuelve esa mujer a su esposo, porque él es profeta y va a interceder por ti para que vivas. Si no lo haces, ten por seguro que morirás junto con todos los tuyos” (Génesis 20:7).

—¿Quiere decir que Abraham era un profeta?

—Exacto. Esa es la primera vez que se menciona un profeta en la Biblia. Y él aparece aquí en una situación deprimente, mintiendo y casi

llevando a su esposa a pecar con el rey. A pesar de eso, Dios lo llama profeta. La lección que aprendemos de ese incidente es que, a pesar de los errores y las fallas humanas, una persona llamada por Dios puede ser un profeta.

—Entonces, Abraham no era perfecto...

—No. Un profeta bíblico no es alguien inmune a las equivocaciones. Él solamente cree en Dios y depende de él para caminar en la vida espiritual.

—Yo escuché decir que Moisés fue el primer profeta de la Biblia —señaló una señora de lentes, muy concentrada en todo lo que se estaba enseñando.

—Moisés fue el primer profeta de Israel —le respondió Gerardo—. La Biblia dice: “Desde entonces no volvió a surgir en Israel otro profeta como Moisés, con quien el Señor tenía trato directo” (Deuteronomio 34:10). Ese versículo define la experiencia espiritual de ese hombre. Moisés siempre buscó a Dios. En las horas más difíciles, buscó la sabiduría del Señor. Y Dios nunca le falló. Pero, eso no significa que él no tuviera momentos difíciles. Era humano y, a pesar de la extraordinaria experiencia que tenía con Dios, su naturaleza pecaminosa lo sorprendía a veces.

—Pero hubo muchos otros profetas —afirmó Sandra.

—Claro que los hubo. Después de la muerte de Moisés, Dios dirigió a su pueblo por intermedio del ministerio de varios profetas. Esos hombres venían de los lugares más increíbles y con formaciones completamente diferentes. Entre ellos había sacerdotes, como Ezequiel y Jeremías; Isaías y Sofonías tenían sangre real; Samuel era un juez; Daniel, primer ministro de Babilonia. Oseas era un campesino.

—Extraordinario.

—Algunos de ellos escribieron libros; otros anunciaron eventos futuros, predicaron, aconsejaron a reyes y condenaron a pecadores. Todos ellos cumplieron la misión de ser mensajeros y guías del pueblo de Dios. Hombres santos, en el sentido de que buscaban una experiencia de comunión con Dios; pero, al mismo tiempo, humanos como cualquiera de nosotros.

—Yo siempre creí que un profeta tenía que ser inmune a los errores y las faltas.

—Muchos creen de esa manera, pero la Biblia no enseña eso. De Elías, por ejemplo, el apóstol Santiago dice: “Elías era un hombre con debi-



lidades como las nuestras. Con fervor oró que no lloviera, y no llovió sobre la tierra durante tres años y medio. Volvió a orar, y el cielo dio su lluvia y la tierra produjo sus frutos” (Santiago 5:17, 18). Es decir, los profetas eran hombres consagrados a Dios; sin embargo, continuaban siendo seres humanos.

—Y ¿nunca hubo profetas mujeres? —preguntó Sandra.

—Claro que las hubo. Voy a mencionar a tres de ellas. La primera, Miriam (María). La Biblia la presenta de la siguiente manera: “Entonces Miriam la profetisa, hermana de Aarón, tomó una pandereta, y mientras todas las mujeres la seguían danzando y tocando panderetas, Miriam les cantaba así: Canten al Señor, que se ha coronado de triunfo arrojando al mar caballos y jinetes” (Éxodo 15:20, 21). Por el contexto histórico, entendemos que ella era la líder entre las mujeres de su tiempo y dirigía el coro de las mujeres, pero —desgraciadamente— en su vida hay un incidente triste. Ella tuvo celos de su hermano Moisés: María lo criticó injustamente y, como consecuencia, quedó leprosa. Ella se arrepintió, fue perdonada y curada, y se transformó en una mujer valiosa para Israel.

—¿Quién es la segunda mujer?

—Débora. La Biblia relata lo siguiente: “En aquel tiempo gobernaba a Israel una profetisa llamada Débora, que era esposa de Lapidot. Ella tenía su tribunal bajo la Palmera de Débora, entre Ramá y Betel, en la región montañosa de Efraín, y los israelitas acudían a ella para resolver sus disputas” (Jueces 4:4, 5). Débora fue una jueza con autoridad política y espiritual en un tiempo en el que eso no era muy común. El tiempo de los jueces era una época de decadencia espiritual. Cuán bueno es saber que, en medio de una crisis de liderazgo, Dios levantó a una mujer para que guiara al pueblo de Israel.

—¿Y la otra?

—Hulda, consejera del rey Josías. Un hecho interesante es que mientras Hulda desarrollaba su ministerio, los profetas Jeremías y Sofonías todavía vivían, y —a pesar de eso— Josías prefirió consultar a Hulda. Sin duda, el rey respetaba mucho el ministerio profético de esa mujer.

—¿Es verdad que la Iglesia Adventista del Séptimo Día también tiene una mujer como profetisa?

—Muchas gracias por hacerme esa pregunta. Existen muchas personas que confunden el lugar de Elena G. de White dentro de la Iglesia

Adventista. Ella nació en Gorham, Estado de Maine, en los Estados Unidos, el 26 de noviembre de 1827. Ella y su hermana gemela eran las más pequeñas de una familia de ocho hijos. Su educación formal fue interrumpida cuando tenía, apenas, nueve años, por causa de un accidente que casi le costó la vida.

—Pero ella ¿fue profetisa o no?

—Nosotros creemos que ella fue una mujer inspirada. Todas las pruebas bíblicas de un profeta auténtico le fueron aplicadas a ella. Podemos, entonces, afirmar que ella fue una mujer elegida por Dios para aconsejar a su iglesia.

—Pero, yo escuché decir que los adventistas son seguidores de ella.

—La Iglesia Adventista del Séptimo Día sigue el principio de la “Sola Escritura”; es decir, nosotros seguimos la Biblia, y solamente la Biblia. Ninguna doctrina adventista fue sacada de los escritos de Elena de White. Si ella no hubiera existido, la iglesia tendría las mismas 28 creencias fundamentales que actualmente tiene.

—Pero, entonces, ¿qué nos puede decir con respecto a ella?

—Durante setenta años, ella presentó mensajes que Dios le confió. Jamás fue elegida para ninguna función administrativa, pero los líderes siempre prestaron atención a sus consejos. Sus mensajes tuvieron como resultado el amplio sistema educacional y médico de la iglesia. Aunque nunca hizo ningún curso en el área de la salud, los resultados de su ministerio son notables en la red de hospitales adventistas en todo el mundo.

—¿Y sus libros?

—Ella fue una gran escritora. Desde 1851, cuando publicó su primer libro, produjo una enorme cantidad de artículos, folletos y libros. Algunos son de naturaleza devocional, mientras otros fueron compuestos a partir de cartas personales que ella escribió a lo largo de los años. Algunos libros tienen una perspectiva histórica y tratan del conflicto entre Cristo y Satanás por el control de las naciones y de los individuos. Ella también escribió sobre educación, salud, y otros asuntos de importancia para la iglesia y para la sociedad. Después de su muerte, que ocurrió en 1915, fueron compilados y publicados más de setenta libros. Su libro *El camino a Cristo* fue traducido a 150 idiomas, lo que la transforma en la escritora más traducida.

—Pero, ella ¿fue o no fue una profetisa?

—Ella lo fue, en el sentido bíblico de un profeta. Fue una mensajera



de Dios. Todas sus enseñanzas están de acuerdo con la Palabra de Dios. Ella no sacó ni agregó nada de las Sagradas Escrituras.

La hora había avanzado bastante cuando el grupo oró, y cada uno volvió a su casa. Sandra caminó en silencio, pensando en todo lo que había escuchado. Entró en el dormitorio y se dirigió a la mesita de luz, donde guardaba un libro llamado *El ministerio de curación*. Ella miró la tapa y se sonrió: la autora era Elena de White. Abrió el libro con cuidado y leyó el siguiente párrafo: “No porque lo hayamos amado primero nos amó Cristo a nosotros; sino que ‘siendo aún pecadores’, él murió por nosotros. No nos trata conforme a nuestros méritos. Por más que nuestros pecados hayan merecido condenación, no nos condena. Año tras año ha soportado nuestra flaqueza e ignorancia, nuestra ingratitud y malignidad. A pesar de nuestros extravíos, de la dureza de nuestro corazón, de nuestro descuido de su Santa Palabra, nos alarga aún la mano. La gracia es un atributo de Dios puesto al servicio de los seres humanos indignos. Nosotros no la buscamos, sino que fue enviada en busca nuestra. Dios se complace en concedernos su gracia, no porque seamos dignos de ella, sino porque somos rematadamente indignos. Lo único que nos da derecho a ella es nuestra gran necesidad. Por medio de Jesucristo, el Señor Dios tiende siempre su mano en señal de invitación a los pecadores y caídos. A todos los quiere recibir. A todos les da la bienvenida. Se gloria en perdonar a los mayores pecadores. Arrebatará la presa al poderoso, libertará al cautivo, sacará el tizón del fuego. Extenderá la cadena de oro de su gracia hasta las simas más hondas de la miseria humana, y elevará al alma más envilecida por el pecado” (*El ministerio de curación* [Buenos Aires: ACES, 1990], p. 119).

Sandra se conmovió. Aquel párrafo era inspirado por Dios y la hacía sentir segura. Ella había llegado a aquella ciudad del interior huyendo de un incidente doloroso, pero en esa comunidad había encontrado el amor consolador de Dios.

Sandra descubrió la única esperanza.

Esperanza de consejo

*Todavía hoy podemos conocer las orientaciones de Dios
para nuestra vida.*

Aprende cómo identificar a un verdadero profeta elegido por Dios.

- ① Dios reveló sus “secretos” a sus siervos, los profetas. Amós 3:7
- ② Jesús nos alertó sobre los falsos profetas. S. Mateo 7:15; 24:11
- ③ El verdadero don de profecía acompañará al pueblo de Dios en el tiempo del fin. Apocalipsis 12:17; 19:10
- ④ El contenido de las profecías necesita ser evaluado por la Palabra de Dios. 1 S. Juan 4:1
- ⑤ El mensaje del profeta auténtico no contradice las Sagradas Escrituras. Jeremías 28:1-9, 15-17
- ⑥ El verdadero profeta acepta y enseña la encarnación de Jesús. 1 S. Juan 4:2
- ⑦ El profeta de Dios produce buenos frutos. S. Mateo 7:15-23
- ⑧ El profeta verdadero vive de acuerdo con la Biblia y la Ley de Dios. Isaías 8:19, 20
- ⑨ Las profecías del profeta verdadero deben cumplirse. Deuteronomio 18:21, 22
- ⑩ Dios nos invita a seguir las orientaciones de los profetas. Proverbios 29:18; 2 Crónicas 20:20

Para conocer más sobre estos y otros consejos de Dios
para ti, visita:

www.esperanzaweb.com/estudio

LA GRAN

ESPERANZA



En aquel día de abril, tibio y luminoso, Ramiro paseaba por el jardín del hotel, feliz, creyendo que estaba experimentando lo mejor de su salud, lejos de imaginar que se encontraba a pocos días de su muerte. Sin que él lo supiera, un terrible cáncer devoraba su vida desde hacía mucho tiempo. A la mañana siguiente, al tomar conocimiento del resultado de los exámenes médicos, sintió que una bomba le explotaba en su cabeza.

La vida es corta y, con frecuencia, viene acompañada de amarguras y dificultades; pero, cuando llega el momento final de la existencia, todos se aferran a ella. Así era como Ramiro se sentía. Él tenía apenas cincuenta años, exageradamente joven para despedirse de la vida. En dos meses nacería su primer nietito. Por eso, al enterarse de que le restaban pocas semanas de vida, se hundió en un abismo de desesperación y desencanto. La pequeña fe que había conservado desde niño desapareció, y se preguntaba:

—¿Dónde está Dios? ¿Por qué permite que me suceda esto?

En la última semana de vida, en el hospital, recibió la visita de un capellán.

El hombre, de cabello blanco y voz pausada, hizo una oración que no significó absolutamente nada para Ramiro. La confianza en Dios se encontraba completamente abatida a esa altura. A pesar de eso, quedó impresionado con un versículo de la Biblia que aquel capellán leyó: “Hermanos, no queremos que ignoren lo que va a pasar con los

que ya han muerto, para que no se entristezcan como esos otros que no tienen esperanza. [...] El Señor mismo descenderá del cielo con voz de mando, con voz de arcángel y con trompeta de Dios, y los muertos en Cristo resucitarán primero” (1 Tesalonicenses 4:13, 16).

Al escuchar esa promesa, Ramiro, como si buscara un rayo de esperanza, preguntó:

—¿Usted quiere decir que Jesús va a volver y que en aquel día voy a resucitar?

—Es eso lo que declara la Biblia —respondió el capellán—. Por eso, Jesús dice: “No se angustien. Confíen en Dios, y confíen también en mí. En el hogar de mi Padre hay muchas viviendas; si no fuera así, ya se lo habría dicho a ustedes. Voy a prepararles un lugar. Y si me voy y se lo preparo, vendré para llevármelos conmigo. Así ustedes estarán donde yo esté” (S. Juan 14:1-3).

No se podría decir que Ramiro fuera un incrédulo. Pero, religioso tampoco era. Sus padres habían sido cristianos y habían ido con él a misa todos los domingos. Pero el tiempo había pasado y, en la universidad, aunque sin haber perdido la fe por completo, para él Dios era apenas una especie de amuleto del que se acordaba cada vez que enfrentaba dificultades. Sin embargo, ahora, sentenciado a muerte por el cáncer, se sentía olvidado por Dios.

—¿Es posible creer en las cosas que la Biblia dice? —preguntó, ofendido.

—Mire, Ramiro —le respondió el capellán—. En la Biblia existen más de tres mil promesas. Cada una de ellas tiene el poder de revolucionar la vida de cualquier persona que tenga fe.

—¿Tantas?

—Sí. Existen promesas condicionales y promesas incondicionales. La promesa de la segunda venida de Cristo es un ejemplo de promesa incondicional. Él vendrá en el momento correcto, independientemente de cualquier cosa.

—¿Quiere decir que Jesús vendrá realmente?

—Sí. Los seres humanos pueden creer o no creer; pero, cuando llegue el día y la hora de la venida de Cristo, él vendrá. Los cristianos genuinos siempre aguardan ansiosamente el cumplimiento de esa promesa. El regreso de Cristo es mencionado trescientas veces, solamente en el Nuevo Testamento. Jesús regresará, terminará con la historia del pecado, y dará inicio a un mundo sin dolor, sin enfermedades y sin injusticias.



La última frase del capellán tocó el corazón de Ramiro, que inmediatamente indagó.

—Y ¿cuándo volverá?

—Escuche lo que Jesús dice en relación con esta pregunta: “Pero en cuanto al día y la hora, nadie lo sabe, ni siquiera los ángeles en el cielo, ni el Hijo, sino sólo el Padre” (S. Mateo 24:36).

—Entonces, ¿nadie lo sabe?

—Nadie lo sabe. Pero tenemos señales que indican la proximidad de ese evento. Jesús, cuando estuvo en la Tierra, dijo: “Se levantará nación contra nación, y reino contra reino. Habrá hambres y terremotos por todas partes [...] y surgirá un gran número de falsos profetas que engañarán a muchos. Habrá tanta maldad que el amor de muchos se enfriará [...]. Aprendan de la higuera esta lección: Tan pronto como se ponen tiernas sus ramas y brotan sus hojas, ustedes saben que el verano está cerca. Igualmente, cuando vean todas estas cosas, sepan que el tiempo está cerca, a las puertas. Les aseguro que no pasará esta generación hasta que todas estas cosas sucedan” (S. Mateo 24:7, 11, 12, 32-34). ¿No es ese el cuadro que la humanidad vive en nuestros días?

Ramiro estaba debilitado por causa del tratamiento. Su cuerpo estaba siendo carcomido por dentro, pero el diálogo con el capellán parecía animarlo.

—Y ¿cómo será ese retorno? —preguntó ansioso.

—Será un retorno visible y real. Todo el mundo lo verá. Cuando Jesús ascendió a los cielos, sus discípulos se quedaron tristes, mirando las nubes mientras el Maestro iba desapareciendo. Entonces, se presentaron dos ángeles y les dijeron: “Galileos, ¿qué hacen aquí mirando al cielo? Este mismo Jesús, que ha sido llevado de entre ustedes al cielo, vendrá otra vez de la misma manera que lo han visto irse” (Hechos 1:11). Los discípulos lo vieron subir en forma visible. Él regresará de la misma forma. El propio Cristo dijo: “Por eso, si les dicen: ‘¡Miren que está en el desierto!’, no salgan; o: ‘¡Miren que está en la casa!’, no lo crean. Porque así como el relámpago que sale del oriente se ve hasta en el occidente, así será la venida del Hijo del hombre. [...] La señal del Hijo del hombre aparecerá en el cielo, y se angustiarán todas las razas de la tierra. Verán al Hijo del hombre venir sobre las nubes del cielo con poder y gran gloria” (S. Mateo 24:26, 27, 30).

—Pero yo escuché decir que Jesús ya habría regresado y solamente los justos podrían verlo, con los ojos de la fe.

—Existen personas que afirman eso, pero las Sagradas Escrituras enseñan lo siguiente: “¡Miren que viene en las nubes! Y todos lo verán con sus propios ojos, incluso quienes lo traspasaron; y por él harán lamentación todos los pueblos de la tierra. ¡Así será! Amén” (Apocalipsis 1:7).

—¿Quiénes son los que lo traspasaron?

—Son quienes hirieron a Jesús en la cruz; pero se incluyen, también, los enemigos del cristianismo a lo largo de la historia. Ellos resucitarán antes de que Jesús regrese, para verlo en el esplendor de su gloria. Por lo tanto, el regreso de Cristo no será un acto secreto.

—Entonces, ¿nadie será dejado? —preguntó Roberto, el hijo de Ramiro, hasta entonces en silencio.

—La idea del arrebatamiento secreto viene de la mala comprensión de la enseñanza de un comentario de Jesús en su sermón profético. El texto dice: “Porque en los días antes del diluvio comían, bebían y se casaban y daban en casamiento, hasta el día en que Noé entró en el arca; y no supieron nada de lo que sucedería hasta que llegó el diluvio y se los llevó a todos. Así será en la venida del Hijo del hombre. Estarán dos hombres en el campo: uno será llevado y el otro será dejado. Dos mujeres estarán moliendo: una será llevada y la otra será dejada. Por lo tanto, manténganse despiertos, porque no saben qué día vendrá su Señor” (S. Mateo 24:38-42).

—¿Podría explicar mejor ese texto? —preguntó nuevamente el hijo.

—Claro que sí. La Biblia es una unidad, y necesita ser entendida a la luz de su propio contexto. Por ejemplo: ¿cuál es el tema de todo el capítulo 24 del Evangelio de San Mateo?

—La segunda venida de Jesús —respondió Roberto, que a esa altura parecía más interesado que el propio padre.

Ramiro miró a su hijo con un aire de admiración.

—¡Es exactamente eso! —continuó el capellán—. San Mateo 24 enfoca el regreso de Jesús y las señales que sucederán antes de su venida. El versículo 38 dice que los días previos al retorno de Jesús serán como los días anteriores al diluvio, en los que las personas vivían completamente ajenas a lo que ocurriría. Continuaban con la vida normal: comían, bebían, se casaban, iban a la escuela, trabajaban, compraban y vendían. En fin, no tenían la más mínima noción de lo que estaba por suceder,



hasta que repentinamente llegó el diluvio. Ocho se salvaron, mientras que los otros fueron dejados.

—Pero el versículo 40 dice que dos estarán en el campo, y que uno será tomado y el otro dejado —inquirió Roberto.

—Exactamente. Sin embargo, lo que se desea enfatizar en ese versículo es el elemento sorpresa de la venida de Jesús, el hecho de que nadie sabe ni el día ni la hora. Es necesario estar permanentemente preparado, porque quien esté listo será llevado y quien no lo esté será dejado. Pero todo eso ocurrirá solamente cuando Jesús regrese. Por eso, Jesús afirma: “La señal del Hijo del hombre aparecerá en el cielo, y se angustiarán todas las razas de la tierra. Verán al Hijo del hombre venir sobre las nubes del cielo con poder y gran gloria. Y al sonido de la gran trompeta mandará a sus ángeles, y reunirán de los cuatro vientos a los elegidos, de un extremo al otro del cielo” (S. Mateo 24:30, 31). El arrebatamiento no será en secreto, sino que será un acontecimiento público, visible para todas las personas.

—¿Los propios ángeles juntarán a los escogidos cuando Jesús vuelva?

—Sí. Por eso, después de presentar la ilustración de las mujeres del molino y de los hombres del campo, Jesús dice: “Por eso también ustedes deben estar preparados, porque el Hijo del hombre vendrá cuando menos lo esperen” (S. Mateo 24:44). Él vuelve a enfatizar la necesidad de la preparación para su segunda venida. Quien no esté preparado, lamentablemente, será dejado.

—Eso es medio atemorizador —argumentó Ramiro, mientras lograba cambiar de posición en la cama.

—¿Atemorizador? ¿Por qué? Será el día más glorioso para los hijos de Dios. Desde la entrada del pecado, la humanidad está vagando por el desierto de la vida, deseando un mundo mejor. Muchos murieron en el camino y no vieron concretarse su esperanza. Vean lo que dice aquí: “¿Qué más voy a decir? Me faltaría tiempo para hablar de Gedeón, Barac, Sansón, Jefté, David, Samuel y los profetas, los cuales por la fe conquistaron reinos, hicieron justicia y alcanzaron lo prometido; cerraron bocas de leones, apagaron la furia de las llamas y escaparon del filo de la espada; sacaron fuerzas de flaqueza; se mostraron valientes en la guerra y pusieron en fuga a ejércitos extranjeros. Hubo mujeres que por la resurrección recobraron a sus muertos. Otros, en cambio, fueron muertos a golpes, pues para alcanzar una mejor resurrección

no aceptaron que los pusieran en libertad. Otros sufrieron la prueba de burlas y azotes, e incluso de cadenas y cárceles. Fueron apedreados, aserrados por la mitad, asesinados a filo de espada. Anduvieron fugitivos de aquí para allá, cubiertos de pieles de oveja y de cabra, pasando necesidades, afligidos y maltratados. ¡El mundo no merecía gente así! Anduvieron sin rumbo por desiertos y montañas, por cuevas y cavernas. Aunque todos obtuvieron un testimonio favorable mediante la fe, ninguno de ellos vio el cumplimiento de la promesa” (Hebreos 11:32-39).

—Toda esa gente sufrió esperando la promesa y no la recibió. ¿No cree que es injusto?

—Ellos no dejarán de ver la promesa cumplida, porque al sonar la trompeta, en ocasión del regreso de Jesús, todos los muertos en Cristo resucitarán para recibir al Salvador con los brazos abiertos. “En aquel día se dirá: ‘¡Sí, éste es nuestro Dios; en él confiamos, y él nos salvó! ¡Éste es el Señor, en él hemos confiado; regocijémonos y alegrémonos en su salvación!’ ” (Isaías 25:9).

Una lágrima silenciosa rodaba por el rostro de Ramiro, pero no era de tristeza. Se podía notar el brillo de la esperanza en su mirada, cuando preguntó:

—¿Quiere decir que yo también voy a estar allá?

—Con total seguridad. Las promesas divinas también son para usted.

Roberto se sentó al lado del padre y le pasó la mano por la cabeza al hombre que había sido su mejor amigo. Al ver aquella escena, el capellán continuó:

—Por favor, lean conmigo lo que el apóstol Pablo dijo cuando les escribió a los corintios: “Fíjense bien en el misterio que les voy a revelar: No todos moriremos, pero todos seremos transformados, en un instante, en un abrir y cerrar de ojos, al toque final de la trompeta. Pues sonará la trompeta y los muertos resucitarán con un cuerpo incorruptible, y nosotros seremos transformados. Porque lo corruptible tiene que revestirse de lo incorruptible, y lo mortal, de inmortalidad. Cuando lo corruptible se revista de lo incorruptible, y lo mortal, de inmortalidad, entonces se cumplirá lo que está escrito: La muerte ha sido devorada por la victoria” (1 Corintios 15:51-54).

—Eso es maravilloso. Muchas gracias —dijo Ramiro, emocionado.

—Y ¿por qué Jesús no regresa ya? —preguntó el hijo.



—Veán, mis queridos. Dios es amor, y está trabajando en el corazón de muchas personas para que acepten ese amor. El apóstol Pedro declara, con relación a ese asunto, lo siguiente: “El Señor no tarda en cumplir su promesa, según entienden algunos la tardanza. Más bien, él tiene paciencia con ustedes, porque no quiere que nadie perezca sino que todos se arrepientan. Pero el día del Señor vendrá como un ladrón. En aquel día los cielos desaparecerán con un estruendo espantoso, los elementos serán destruidos por el fuego, y la tierra, con todo lo que hay en ella, será quemada” (2 S. Pedro 3:9, 10).

—¿Será como en las películas?

—Creo que la imaginación humana no es capaz de reproducir lo que realmente sucederá. No deseo asustarlos, pero mientras que los que aceptan a Jesús como su Salvador levantarán los brazos para recibirlo, los que rechazan el amor de Dios entenderán plenamente la equivocación que cometieron y verán el terrible castigo que van a soportar. Apocalipsis lo dice así: “Vi que el Cordero rompió el sexto sello, y se produjo un gran terremoto. El sol se oscureció como si se hubiera vestido de luto, la luna entera se tornó roja como la sangre, y las estrellas del firmamento cayeron sobre la tierra, como caen los higos verdes de la higuera sacudida por el vendaval. El firmamento desapareció como cuando se enrolla un pergamino, y todas las montañas y las islas fueron removidas de su lugar. Los reyes de la tierra, los magnates, los jefes militares, los ricos, los poderosos, y todos los demás, esclavos y libres, se escondieron en las cuevas y entre las peñas de las montañas. Todos gritaban a las montañas y a las peñas: ¡Caigan sobre nosotros y escóndannos de la mirada del que está sentado en el trono y de la ira del Cordero, porque ha llegado el gran día del castigo! ¿Quién podrá mantenerse en pie?” (Apocalipsis 6:12-17).

Roberto estaba conmocionado por la lectura de ese último texto bíblico. Tomó la Biblia y leyó otra vez aquella parte, y afirmó:

—¡Ese no parece ser un Dios de amor!

—¡Ah, Roberto! Ese es un asunto que todos necesitan entender. Cuando el ser humano se aparta de Dios, en realidad, se aparta de la vida y entra en el territorio de la muerte. Pero la Biblia es clara: “Diles: ‘Tan cierto como que yo vivo —afirma el Señor omnipotente—, que no me alegro con la muerte del malvado, sino con que se convierta de su mala conducta y viva. ¡Convírtete, pueblo de Israel; conviértete de tu con-

ducta perversa! ¿Por qué habrás de morir?’ ” (Ezequiel 33:11). Hoy, Dios nos llama sin cesar. Muchas personas aceptan su llamado; pero, lamentablemente, otras lo rechazan.

—Eso es verdad...

—Existen, además, aquellos que no lo aceptan y, como si fuera poco, se burlan de los que creen. Por eso, el apóstol Pedro afirma: “Ante todo, deben saber que en los últimos días vendrá gente burlona que, siguiendo sus malos deseos, se mofará: ‘¿Qué hubo de esa promesa de su venida? Nuestros padres murieron, y nada ha cambiado desde el principio de la creación’ ” (2 S. Pedro 3:3, 4). ¿No es ese el retrato de gran parte de la humanidad?

Padre e hijo estaban conmovidos. Eran personas sinceras, que estaban pasando por un momento difícil. No se podría decir que eran personas religiosas. Jamás habían estado comprometidos con ninguna iglesia. En aquel día, ellos aceptaron la visita del capellán del hospital casi como una cortesía; pero, a medida que la conversación avanzaba, ambos mostraban interés en las cosas de Dios y se sorprendían con las verdades que ignoraban.

—¿Cómo pudimos ignorar todo esto por tanto tiempo? —preguntó Ramiro.

—Eso no es problema. Lo importante ahora es que ustedes entendieron que no hay motivo para vivir sin esperanza. El regreso de Jesús es el fin de la historia del pecado y del plan de salvación. Si Cristo no regresara a la Tierra, la salvación no tendría mucha lógica. ¿Con qué propósito él nos habría salvado? ¿Para que continuemos viviendo eternamente en este mundo de sufrimiento y dolor? Estaríamos salvos del pecado, es verdad, pero seguiríamos aún prisioneros de sus consecuencias. El regreso visible de Jesús es el fin definitivo del pecado. Esa es una promesa divina, y él dice que “la calamidad no se repetirá” (Nahúm 1:9).

Pero ¿por qué el Señor demora tanto? Esa parecía ser la pregunta que se imponía en aquella conversación. La expectativa es parte de la naturaleza humana. Cuando Dios les prometió a Adán y a Eva que vendría un hijo de la simiente de la mujer para redimir al mundo, ellos pensaron que su primogénito, Caín, sería ese salvador. A partir de entonces, cada hijo que nacía era una esperanza frustrada. Por eso, en Israel, las mujeres que no podían tener hijos se sentían malditas. Todas



esperaban que de su vientre naciera el Mesías. Pasaron generaciones hasta que, finalmente, Jesús llegó.

Algo parecido sucede con nosotros hoy. Desde que Jesús dijo: “Vendré otra vez” (S. Juan 14:3, RVR), la humanidad espera ansiosa. Los apóstoles Pedro y Pablo lo esperaban en sus días y murieron sin ver la realización de la promesa.

Repentinamente, Roberto quebró el silencio que se había instalado entre los tres:

–No logro armonizar la urgencia de ese evento con la demora.

–Es verdad –dijo el capellán–. Es una aparente incoherencia. Por ejemplo, San Juan dice, en el Apocalipsis: “¡Miren que vengo pronto! Dichoso el que cumple las palabras del mensaje profético de este libro” (Apocalipsis 22:7). Y, en el comienzo del versículo 6, registra: “El ángel me dijo: Estas palabras son verdaderas y dignas de confianza”. ¿Cómo pueden ser fieles y verdaderas si Jesús dice que volverá en breve y todavía no regresó? La respuesta tal vez sea el concepto que el ser humano tiene del tiempo. La perspectiva de vida de cien años para el hombre es mucho tiempo, pero no lo es para Dios. Por otro lado, existe también el hecho de que Dios espera que todos se arrepientan. Pero, cuando el día y la hora lleguen, el Señor vendrá para llevarse a sus hijos. Por eso, hoy es el día de las buenas nuevas. Hoy es el día de la decisión.

Cinco días después de la visita del capellán, Ramiro falleció con paz y esperanza en su corazón. Sin embargo, antes de que el capellán saliera de la habitación, le confió su historia:

–La vida tiene sorpresas que nosotros ni imaginamos. Escuché mucho hablar de la Biblia a lo largo de mi vida, pero nunca tuve la curiosidad de saber nada. Viví para el trabajo, luché para educar a mis hijos y verlos felices, y jamás tuve tiempo para pensar en Dios. Hoy, incluso contra mi voluntad, estoy aquí, frente a la Biblia, y me doy cuenta de cuántas cosas perdí.

–Lo importante es que usted es sensible a la voz de Jesús en este momento.

Ramiro miró a su hijo y le dijo:

–Hijo, estudia la Palabra de Dios. Para ti, todavía hay tiempo. Lleva esas verdades a tu familia.

Roberto no dijo nada. Simplemente, apretó la mano del padre cariñosamente. El entierro de Ramiro fue inspirador. Un coro de la iglesia



del capellán fue a cantar en el cementerio. Aquella tarde sombría fue iluminada con los acordes del himno que el coro cantaba:

Cuando suene la trompeta en el día del Señor,
su esplendor y eterna claridad veré,
cuando lleguen los salvados ante el magno Redentor,
y se pase lista, yo responderé.

Cuando allá se pase lista,
cuando allá se pase lista,
cuando allá se pase lista,
y mi nombre llamen, yo responderé.

Resucitarán gloriosos los que duermen en Jesús,
las delicias celestiales a gozar;
y triunfantes entrarán en las mansiones de la luz;
para mí también habrá un dulce hogar.

La esposa de Ramiro, sus dos hijos y las nueras continuaron estudiando la Biblia. Ellos descubrieron la única esperanza.

La gran esperanza

Tú puedes alegrarte con la gran esperanza.

Conoce detalles de este evento tan aguardado por el pueblo de Dios.

- ① Cristo prometió volver para buscar a los que creen en él. S. Juan 14:1-3
- ② Muchas señales indican la proximidad de la venida de Jesús. S. Mateo 24:4-7, 10-12, 24, 29
- ③ El momento exacto de la venida de Cristo no fue revelado. S. Mateo 24:36
- ④ Cuando Jesús regrese, todos lo verán. Apocalipsis 1:7
- ⑤ Muchos serán sorprendidos. S. Mateo 24:38-46
- ⑥ En la venida de Cristo, todos lo que creyeron en él serán transformados. 1 Corintios 15:51-54; 1 Tesalonicenses 4:16, 17
- ⑦ Quien cree en Jesús se alegrará con su venida. Isaías 25:9
- ⑧ Los que no creen quedarán aterrorizados. Apocalipsis 6:12-17
- ⑨ Dios quiere salvar a todos. Por eso, espera que todos acepten su perdón. 2 S. Pedro 3:9, 10
- ⑩ La invitación final de Jesús es que nos preparemos para su pronta venida. Apocalipsis 22:12

Para conocer más sobre estos y otros consejos de Dios
para ti, visita:

www.esperanzaweb.com/estudio

LA ESPERANZA

DE LA RESURRECCIÓN



El señor Machado había alquilado aquella casa misteriosa porque creía que en ella tendría el sosiego necesario para escribir. Era periodista jubilado y había decidido colocar su biografía en el papel antes de que la muerte lo sorprendiera. La casa estaba abandonada desde hacía mucho tiempo. El pueblo comentaba que era una casa embrujada, pero él no creía en espíritus. Además de todo esto, el paisaje que se veía a través de la ventana de su escritorio era inspirador.

En los primeros días en su nueva residencia, escuchó algunos ruidos extraños, especialmente en las horas de la noche. Creyó que eran cosas de su imaginación, un pensamiento motivado por los comentarios folclóricos que había escuchado, y no se preocupó.

Durante la segunda semana, mientras bebía una limonada, sentado en un sofá antiguo, percibió, en la pared, una fotografía grande, un poco deteriorada por el tiempo. Lo que definitivamente llamó su atención fue el rostro de una de las personas, que se parecía mucho al rostro de su esposa, que había fallecido hacía ya seis años. Machado se acercó a la fotografía y quedó conmovido por la semejanza. Sin embargo, su conmoción se transformó en espanto cuando el rostro de la mujer de la foto sonrió y le hizo una guiñada. El periodista dio un salto hacia atrás con la intención de salir corriendo de aquel lugar, pero recuperó la calma y, movido por la enorme curiosidad que le había despertado, se aproximó otra vez al cuadro.



Debían ser las seis y poco de la tarde. Las luces de la casa todavía estaban apagadas, dándole un aspecto todavía más atemorizador a la sala. El corazón de Machado latía aceleradamente. La sonrisa de la mujer de la foto ¿había sido real o, simplemente, producto de su imaginación?

Durante los días siguientes, todavía perturbado por el incidente, no lograba concentrarse en el trabajo. Abrió la computadora y comenzó a revisar fotografías familiares. Se detuvo frente a una foto en la que él y Elisa, su fallecida esposa, sonreían satisfechos con la vida. En aquel instante, escuchó la voz de la amada y entró en pánico.

—No te asustes, querido. Vine aquí para que trabajemos juntos en tu biografía.

Machado no sabía qué pensar. Él cuenta que, al comienzo, intentó no escuchar aquella voz, pero poco a poco fue venciendo el miedo. Hoy, asegura que durante seis meses disfrutó de la compañía de Elisa, ayudándolo a terminar el trabajo autobiográfico.

—No hay quien me pueda convencer de que los muertos no continúan vivos —afirma, convencido por su experiencia.

El tema de la vida después de la muerte siempre estuvo muy presente. Sin embargo, nunca estuvo tan en evidencia como en nuestros días. En cierta ocasión, mientras yo conversaba acerca de la Biblia con un grupo de estudiantes universitarios, el asunto surgió.

—¿Qué es lo que la Biblia enseña al respecto? —preguntó uno de ellos, después de haber relatado una experiencia parecida a la del señor Machado.

Abrí la Biblia y leí el siguiente texto: “Porque los vivos saben que han de morir, pero los muertos no saben nada ni esperan nada, pues su memoria cae en el olvido. Sus amores, odios y pasiones llegan a su fin, y nunca más vuelven a tener parte en nada de lo que se hace en esta vida. [...] Y todo lo que te venga a la mano, hazlo con todo empeño; porque en el sepulcro, adonde te diriges, no hay trabajo ni planes ni conocimiento ni sabiduría” (Eclesiastés 9:5, 6, 10). Según esa declaración bíblica, los muertos no saben de nada, porque el día que fallecen desaparece con ellos todo sentimiento, pensamiento y acción.

—Pero ¿cómo puede ser así? —indagó una joven de ojos pardos, muy interesada en el asunto—. Yo siempre escuché decir que, cuando la persona muere, el espíritu de ella continúa viviendo.

—Para entender esto, es necesario saber lo que sucedió en el momento de la creación de la humanidad. La Biblia enseña que “Dios el Señor formó al hombre del polvo de la tierra, y sopló en su nariz hálito de vida, y el hombre se convirtió en un ser viviente” (Génesis 2:7). De acuerdo con el relato bíblico, Dios formó al hombre del polvo de la tierra. Entonces, Adán tenía cerebro, pero no pensaba; tenía corazón, pero no respiraba. Sin embargo, cuando Dios sopló en su nariz el hálito de vida, pasó a ser un alma viva, que, en el sentido bíblico, es un ser humano vivo.

—¿Quiere decir que el ser humano es fruto de la unión del polvo de la tierra con el hálito de vida divino? —volvió a preguntar la muchacha de ojos pardos.

—Exactamente —respondí—. Y, cuando el hombre muere, sucede lo contrario en relación con lo que pasó en la creación: es decir, el hálito de vida, que muchos llaman espíritu, vuelve a Dios; y el polvo, a la tierra. Salomón aconseja recordar al Creador antes de que la muerte llegue, y vuelva “entonces el polvo a la tierra, como antes fue, y el espíritu volverá a Dios, que es quien lo dio” (Eclesiastés 12:7). No existe espíritu consciente separado del cuerpo. Podemos comparar la vida humana con una lámpara conectada a la energía eléctrica. La luz es el resultado de la unión de la energía y de la lámpara, que, juntas, producen la luz. Separadas, la luz acaba.

Lo que había dicho parecía una bomba para algunos jóvenes. La mayoría de ellos creía que el espíritu desencarnado del ser humano continúa viviendo de alguna forma.

—Vamos a olvidarnos un poco de la Biblia —propuso uno de ellos—. Usted ¿puede afirmar con datos científicos que, al morir el ser humano, el espíritu deja de existir?

—No, no puedo. Pero, quien enseña que hay vida después de la muerte tampoco tiene evidencia científica. Lo que estoy diciendo tiene su base en la Biblia, considerada por millones de seres humanos como la Palabra de Dios.

—Entonces, ¿de dónde surgió la idea de que el espíritu no muere? —preguntó una joven alta, que parecía estar tomando nota de lo que estábamos hablando.

—La Biblia responde tu pregunta. Mira lo que está escrito aquí, en el libro del Génesis: “La serpiente era más astuta que todos los animales del campo que Dios el Señor había hecho, así que le preguntó a la mujer:



“—¿Es verdad que Dios les dijo que no comieran de ningún árbol del jardín?

“—Podemos comer del fruto de todos los árboles —respondió la mujer—. Pero, en cuanto al fruto del árbol que está en medio del jardín, Dios nos ha dicho: ‘No coman de ese árbol, ni lo toquen; de lo contrario, morirán’.

“Pero la serpiente le dijo a la mujer: ‘¡No es cierto, no van a morir!’ ” (Génesis 3:1-4).

—¿Quiere decir que la idea de que el espíritu es inmortal nació con el enemigo de Dios?— reafirmó la joven.

—Sí. El apóstol Pablo afirma lo siguiente en relación con la inmortalidad: “la cual Dios a su debido tiempo hará que se cumpla. Al único y bendito Soberano, Rey de reyes y Señor de señores, al único inmortal, que vive en luz inaccesible, a quien nadie ha visto ni puede ver, a él sea el honor y el poder eternamente. Amén” (1 Timoteo 6:15, 16). De acuerdo con lo que les leí, solamente Dios tiene inmortalidad. Ningún ser humano la tiene. Por lo tanto, cuando el hombre muere, no tiene más conciencia de nada. Eso es lo que afirma David respecto de la persona que muere: “Exhalan el espíritu y vuelven al polvo, y ese mismo día se desbaratan sus planes” (Salmo 146:4). ¿Qué sentido tiene la existencia de un espíritu que no piensa, separado del cuerpo?

—Usted dijo que Dios es inmortal. Eso significa que Adán y Eva, en su estado original, ¿también morirían? Si fuera así, ellos no murieron como consecuencia de su desobediencia, sino porque eran mortales por naturaleza —preguntó un muchacho alegre, risueño y de ojos brillantes.

—Tu pregunta es interesante. El ser humano no tiene inmortalidad, solamente Dios la posee. Por lo tanto, si el hombre desea vivir eternamente, necesita estar en comunión con la Fuente de la vida, que es Dios.

—¿Cómo es eso?

—Adán y Eva jamás habrían muerto si no se hubiesen apartado del Señor. La desobediencia no es otra cosa sino el apartarse de Dios. Al hacerlo, el ser humano se separa de la vida y entra en el territorio de la muerte. La muerte no es un castigo divino, sino la consecuencia natural del apartarse de la Vida. La Biblia dice: “Por medio de un solo hombre el pecado entró en el mundo, y por medio del pecado entró la muerte; fue así como la muerte pasó a toda la humanidad, porque todos pecaron” (Romanos 5:12).

—Entonces, ¡estamos todos condenados!

—Lo estaríamos, si no fuese por Jesús. Observen esta declaración del apóstol Pablo: “y ahora [...] nuestro Salvador Cristo Jesús [...] destruyó la muerte y sacó a la luz la vida incorruptible mediante el evangelio” (2 Timoteo 1:10). Aquí, Pablo afirma, claramente, que el evangelio trae inmortalidad al ser humano.

—¡No entiendo!

—Es simple. Jesús dijo un día: “—Yo soy el camino, la verdad y la vida [...]. Nadie llega al Padre sino por mí” (S. Juan 14:6). Jesús, como ya vimos, es el único que posee inmortalidad. Él es la propia vida. Y San Juan afirma: “El que tiene al Hijo, tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios, no tiene la vida. Les escribo estas cosas a ustedes que creen en el nombre del Hijo de Dios, para que sepan que tienen vida eterna” (1 S. Juan 5:12, 13). ¿Entienden?

—Sí. La única manera de tener inmortalidad es ir a Jesús y permanecer con él. Quien tiene al Hijo tiene la vida —respondió la joven alta.

—Es así.

—Y ¿qué nos puede decir usted sobre aquellos que mueren en Cristo? El espíritu de ellos ¿sí va al paraíso? —preguntó el joven de ojos vivaces.

—Irán, con certeza; pero solamente cuando Jesús vuelva, no en el momento en el que mueren. Al morir, el ser humano permanece en estado de inconsciencia hasta el día de la resurrección, que ocurrirá en el regreso de Cristo.

—Y ¿de dónde saca usted esa idea? —preguntó una muchacha de cabellos largos.

—De la Biblia. San Juan relata que un día Lázaro, un amigo de Jesús, estaba enfermo, y sus hermanas le pidieron a Cristo que lo auxiliara. El Maestro demoró unos días, y Lázaro murió. Aquí está el registro de lo que sucedió:

“Dicho esto, añadió:

“—Nuestro amigo Lázaro duerme, pero voy a despertarlo.

“—Señor —respondieron sus discípulos—, si duerme, es que va a recuperarse.

“Jesús les hablaba de la muerte de Lázaro, pero sus discípulos pensaron que se refería al sueño natural. Por eso, les dijo claramente:

“—Lázaro ha muerto” (S. Juan 11:11-14).

Entonces, añadió:



—¿Perciben ustedes que la muerte, para Jesús, es un estado de inconsciencia, equiparado con el sueño?

Cada versículo que leíamos parecía dividir al grupo. Unos demostraban creer; otros se mostraban recelosos, casi incrédulos. Entonces, un joven de abrigo negro, que hasta aquel momento había dado la impresión de que se estaba manteniendo indiferente, preguntó:

—Yo conozco algo de la Biblia, y lo que usted está diciendo, aparentemente, no está de acuerdo con la promesa que Jesús le hizo al ladrón en la cruz. Él dijo que, al morir, el ladrón estaría con Jesús en el Paraíso aquel mismo día, y no solo el día de la resurrección. ¿Cómo explica usted eso?

—Vamos a leer el relato bíblico:

“Luego dijo:

—Jesús, acuérdate de mí cuando vengas en tu reino.

—Te aseguro que hoy estarás conmigo en el paraíso —le contestó Jesús” (S. Lucas 23:42, 43).

Entonces, agregué:

—Muchos estudiosos de la Biblia creen que la traducción de este versículo está equivocada, y que el texto, en lugar de decir “te aseguro que hoy estarás conmigo en el paraíso”, debería decir “te aseguro hoy: [un día] estarás conmigo en el paraíso”. La verdad es que yo no estoy muy preocupado por eso.

—¿Por qué no?

—Porque es un simple asunto de lógica. Mira el relato de lo que sucedió cuando Jesús resucitó:

“Pero María se quedó afuera, llorando junto al sepulcro. Mientras lloraba, se inclinó para mirar dentro del sepulcro, y vio a dos ángeles vestidos de blanco, sentados donde había estado el cuerpo de Jesús, uno a la cabecera y otro a los pies.

—¿Por qué lloras, mujer? —le preguntaron los ángeles.

—Es que se han llevado a mi Señor, y no sé dónde lo han puesto —les respondió.

“Apenas dijo esto, volvió la mirada y allí vio a Jesús de pie, aunque no sabía que era él. Jesús le dijo:

—¿Por qué lloras, mujer? ¿A quién buscas?

“Ella, pensando que se trataba del que cuidaba el huerto, le dijo:

—Señor, si usted se lo ha llevado, dígame dónde lo ha puesto, y yo iré por él.

“—María —le dijo Jesús.

“Ella se volvió y exclamó:

“—¡Raboni! (que en arameo significa: Maestro).

“—Suéltame, porque todavía no he vuelto al Padre. Ve más bien a mis hermanos y diles: ‘Vuelvo a mi Padre, que es Padre de ustedes; a mi Dios, que es Dios de ustedes’ ” (S. Juan 20:11-17).

—Y ¿qué tiene que ver ese incidente con la promesa que Jesús le hizo al ladrón en la cruz?

—Cuando Jesús se encontró con María, ya hacía tres días que él había muerto, y todavía no había subido a su Padre. ¿Dónde había estado Jesús durante esos días, si no había ido al cielo? Evidentemente, no fue a ninguna parte: estuvo durmiendo el sueño inconsciente de los muertos. No existe un paraíso inmediato a la muerte, sino la recompensa final que los justos recibirán en ocasión de la segunda venida de Cristo.

—¡Qué extraño! —comentó el muchacho de ojos pardos.

—Yo entiendo que eso parezca extraño para muchos, pues nuestra cultura está impregnada de otra manera de pensar. La mayoría de las personas hoy cree, de una forma o de otra, que hay vida después de la muerte, pero la Biblia es enfática al enseñar lo contrario. No existe un espíritu consciente, descarnado.

—Interesante... —dijo el joven de pelo largo.

—Una prueba más de lo que afirmo —continué diciéndoles— es la experiencia de David. Vean lo que dice aquí: “Hermanos, permítanme hablarles con franqueza acerca del patriarca David, que murió y fue sepultado, y cuyo sepulcro está entre nosotros hasta el día de hoy. [...] David no subió al cielo, y sin embargo declaró: ‘Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi derecha’ ” (Hechos 2:29, 34). Creo que nadie puede dudar de que David, arrepentido y perdonado, estará en el Reino de los cielos. Sin embargo, en este texto se dice que su sepultura está todavía en la Tierra. Siglos después de su muerte, ¿todavía no había subido al cielo? La respuesta es obvia.

El ambiente estaba tenso. Los jóvenes se miraban entre ellos. Lo que estaban escuchando, sin dudas, era contrario a todo lo que veían en las películas y en las novelas. Los medios de comunicación tienen un poder didáctico impresionante, pues sus mensajes subliminales son poderosos, y mucha gente, sin percibirlo, forma convicciones influenciada por estos medios.



El joven que tenía algún conocimiento de la Biblia parecía incomodado y preguntó:

—Está bien. Y ¿qué podría decirnos sobre la parábola del rico y Lázaro? ¿No es una prueba de que existen el infierno y el Paraíso?

—Claro que la Biblia menciona el infierno y el Paraíso, pero como recompensa o castigo en el día del retorno de Jesús. La parábola que mencionas dice así: “Había un hombre rico que se vestía lujosamente y daba espléndidos banquetes todos los días. A la puerta de su casa se tendía un mendigo llamado Lázaro, que estaba cubierto de llagas y que hubiera querido llenarse el estómago con lo que caía de la mesa del rico. Hasta los perros se acercaban y le lamían las llagas. Resulta que murió el mendigo, y los ángeles se lo llevaron para que estuviera al lado de Abraham. También murió el rico, y lo sepultaron. En el infierno, en medio de sus tormentos, el rico levantó los ojos y vio de lejos a Abraham, y a Lázaro junto a él. Así que alzó la voz y lo llamó: ‘Padre Abraham, ten compasión de mí y manda a Lázaro que moje la punta del dedo en agua y me refresque la lengua, porque estoy sufriendo mucho en este fuego’. Pero Abraham le contestó: ‘Hijo, recuerda que durante tu vida te fue muy bien, mientras que a Lázaro le fue muy mal; pero ahora a él le toca recibir consuelo aquí, y a ti, sufrir terriblemente. Además de eso, hay un gran abismo entre nosotros y ustedes, de modo que los que quieren pasar de aquí para allá no pueden, ni tampoco pueden los de allá para acá’ ” (S. Lucas 16:19-26).

Entonces, proseguí:

—Esa parábola, aparentemente, sería una prueba de que, al morir, los buenos van al cielo; y los malos, al infierno. Pero es necesario entender que el texto en cuestión es una parábola, una ilustración. Y recuerden que las ilustraciones no definen conceptos. Si esa parábola fuese un reflejo de la realidad, habría muchas incoherencias, como por ejemplo: ¿De qué tamaño tendría que ser el seno de Abraham, como dicen las versiones más clásicas, para que puedan caber todos los buenos? ¿Cómo es posible imaginar que el cielo está tan cerca del infierno, al punto de que los espíritus descarnados puedan conversar? Y, ¿cómo podrían los malos quemarse si no tienen más cuerpo?

Yo no había terminado mi explicación cuando otro joven que había escuchado en silencio levantó la mano y dijo:

—Conozco mucha gente que participó de reuniones en las que apa-

recieron espíritus de muertos y hablaron con los vivos. ¿Quiénes eran esos espíritus?

—No dudo de que esas personas hayan conversado con espíritus. Pero, de acuerdo con la Biblia, esos espíritus no eran de personas muertas.

—Entonces, ¿qué espíritus eran?

—Voy a leerles un texto bíblico que tal vez responda esa pregunta: “No es de extrañar, ya que Satanás mismo se disfraza de ángel de luz” (2 Corintios 11:14).

—¿Quiere decir que esos espíritus eran ángeles malos?

—Mira, si el diablo puede disfrazarse como ángel de luz, los otros ángeles que fueron expulsados del cielo con él ¿por qué no podrían hacerlo? Recuerden que el enemigo siempre usó la seducción y el engaño contra el ser humano. El libro de Apocalipsis dice: “Se desató entonces una guerra en el cielo: Miguel y sus ángeles combatieron al dragón; éste y sus ángeles, a su vez, les hicieron frente, pero no pudieron vencer, y ya no hubo lugar para ellos en el cielo. Así fue expulsado el gran dragón, aquella serpiente antigua que se llama Diablo y Satanás, y que engaña al mundo entero. Junto con sus ángeles, fue arrojado a la tierra” (Apocalipsis 12:7-9). La primera mentira de Satanás, ¿no fue aquella que le presentó a Eva cuando le dijo: “¿No es cierto, no van a morir!”? (Génesis 3:4).

—Pero ¿por qué motivo él haría eso?

—Simplemente, porque su naturaleza es la mentira. Un día, Jesús dijo que “Ustedes son de su padre, el diablo, cuyos deseos quieren cumplir. Desde el principio este ha sido un asesino, y no se mantiene en la verdad, porque no hay verdad en él. Cuando miente, expresa su propia naturaleza, porque es un mentiroso. ¡Es el padre de la mentira!” (S. Juan 8:44).

—¡Eso asusta!

—Claro que sí. Por eso, Dios les advierte a los que consultan a los falsos espíritus de muertos: “Y si os dijeren: Preguntad a los encantadores y adivinos, que susurran hablando, responded: ¿No consultará el pueblo a su Dios? ¿Consultará a los muertos por los vivos?” (Isaías 8:19, RVR).

Habíamos pasado más de dos horas conversando. Ya era tarde y necesitábamos descansar, pero no quise terminar aquella reunión sin recordarles a los jóvenes la gran esperanza de quienes duermen en Jesús. “Hermanos, no queremos que ignoren lo que va a pasar con los que ya han muerto, para que no se entristezcan como esos otros que



no tienen esperanza. ¿Acaso no creemos que Jesús murió y resucitó? Así también Dios resucitará con Jesús a los que han muerto en unión con él. Conforme a lo dicho por el Señor, afirmamos que nosotros, los que estemos vivos y hayamos quedado hasta la venida del Señor, de ninguna manera nos adelantaremos a los que hayan muerto. El Señor mismo descenderá del cielo con voz de mando, con voz de arcángel y con trompeta de Dios, y los muertos en Cristo resucitarán primero” (1 Tesalonicenses 4:13-16). Esa es una promesa extraordinaria. Jesús volverá, y en ese día quienes murieron en Cristo despertarán del sueño de la muerte y vivirán con él por toda la eternidad.

El estudio de aquel día fue muy provechoso. Años después, mientras participaba de una reunión, una pareja, acompañada por dos niños, se acercó adonde estaba.

—¿Se acuerda de nosotros? —me preguntó ella.

No me acordaba. Ellos me hicieron volver al pasado.

—Nosotros participamos un día —y mencionaron el lugar y el año— de una reunión con universitarios en la que usted habló del tema del estado de los muertos, ¿se acuerda?

Me acordé. Y la emoción se apoderó de mí. Después de aquel día, ellos continuaron estudiando la Biblia. Ahora estaban casados, y Dios les había dado dos preciosos hijos. Los ojos de ambos reflejaban seguridad.

Aquella linda pareja descubrió la única esperanza.

La esperanza de la resurrección

Tú puedes encontrar esperanza de resurrección y vida eterna.

Conoce la solución divina para el problema del pecado y de la muerte.

- ① Dios creó al ser humano para que reflejara su imagen. Génesis 1:27
- ② Mediante el soplo divino, el ser humano se transformó en un alma viviente. Génesis 2:7
- ③ La desobediencia a la Palabra de Dios originó la muerte. Génesis 3:19
- ④ La muerte es un estado de inconsciencia. Eclesiastés 9:5, 6; Salmo 6:5; 146:4
- ⑤ Jesús comparó la muerte con un sueño. S. Juan 11:11, 14, 21
- ⑥ La inmortalidad es un atributo exclusivo de Dios. 1 Timoteo 6:15, 16
- ⑦ Habrá dos resurrecciones: una para la vida eterna y la otra para la muerte eterna. S. Juan 5:28, 29
- ⑧ Los salvos recibirán la inmortalidad solamente cuando Cristo vuelva. 1 Corintios 15:51-54
- ⑨ Únicamente por medio de Cristo tenemos la certeza de la resurrección y de la vida eterna. S. Juan 11:25
- ⑩ Nuestra esperanza está en las promesas relacionadas con la venida de Cristo. 1 Tesalonicenses 4:13-18

Para conocer más sobre estos y otros consejos de Dios
para ti, visita:

www.esperanzaweb.com/estudio

ESPERANZA

DE PROSPERIDAD



Gabriela se levantó de la mesa y miró el *smartphone* que una clienta se había olvidado y que ella había escondido dentro de la cartera. Observó cautelosamente alrededor y salió apresurada por la puerta trasera. La noche calurosa combinaba con el cielo cubierto de nubes. La joven se mostraba nerviosa. Todo el día había trabajado abrumada por los terribles problemas financieros y por el peso de su conciencia. Ella se sentía sofocada. Cuando la clienta se olvidó el teléfono móvil, la primera intención de la secretaria fue devolverlo, pero, al darse cuenta de que se trataba de un aparato caro, decidió quedarse con él. Su conciencia, sin embargo, no la dejaba en paz.

En la calle, tomó el primer ómnibus que vio y salió sin dirección, hundida en su mundo de problemas y dificultades. Más de una hora después, la voz del conductor la trajo de regreso a la realidad.

—¡Destino! ¡Terminó el viaje!

La joven viuda bajó y caminó por la calle paralela a las vías del tren. Sentía que el mundo se caía en pedazos. Había perdido a su marido tres años atrás. Meses después, perdió la casa, y ahora, atascada en deudas, literalmente, no sabía qué hacer. Su hija, de cinco años, vivía en otra ciudad, con los abuelos, para que ella pudiera trabajar. Se encontraba sola y perdida en una ciudad inmensa.

La lucha en su conciencia no había comenzado por causa del hurto del móvil. En realidad, el conflicto interior con la voz de Dios se había

iniciado durante la madrugada cuando, sin poder dormir, encendió el televisor. En la pantalla apareció un hombre hablando de “hacer negocios con Dios”. En la opinión de él, la solución para todos los problemas parecía muy fácil. Solamente había que entregar el dinero a Dios, y él, por su parte, solucionaría todos los problemas. Esa manera de encarar la vida le pareció un tanto mercantilista. Pero, fue el punto de partida de su interés en conocer la voluntad de Dios.

Aquella noche, después de andar por la ciudad, volvió a casa y llamó por teléfono a la vecina que siempre la invitaba para que fuera con ella a la iglesia.

—Hola, Laura. Disculpa el horario. ¿Te desperté?

—No, Gabriela. ¿Qué sucedió? Estás con una voz extraña.

—Deben ser los problemas, amiga. Tú sabes que mi vida está patas para arriba.

—Sé como es, pero recuerda que estoy orando por ti.

—Justamente, Laura. Sin embargo, parece que Dios no escucha, porque conmigo todo continúa igual.

—Paciencia, Gabi. Ya te dije muchas veces que nosotras necesitamos hablar sobre tu relación con Dios. Tú estás lejos de él.

—Lo sé. Por eso te estoy llamando. Me gustaría estudiar la Biblia con seriedad.

Laura casi se cae de la sorpresa. Hasta aquel momento, Gabriela nunca había mostrado interés en las cosas de Dios, a pesar de las dificultades que estaba atravesando.

—¿Estás bien, Gabriela?

—No, no lo estoy. Necesitamos conversar.

A la noche siguiente, allí estaban las dos amigas con la Biblia abierta. La expectativa de Gabriela por tener sus problemas resueltos era grande. Ella deseaba que Dios interviniera en su vida de manera prodigiosa.

—Estoy dispuesta a hacer todo lo que Dios quiera, con tal de que él solucione mis problemas. Estoy desesperada —decía.

—Tú pretendes realizar una especie de intercambio con Dios, ¿es esa la idea? —le preguntó Laura.

—No sé. Estoy en el fondo del pozo. Ayer, hasta agarré un teléfono móvil que no es mío, para venderlo... Dios ¿puede hacer algo por mí?

—¡Claro que Dios puede! Dios es Dios. Él te ama mucho y se preocu-



pa por tu situación. Presta atención a esta promesa: “Fíjense en las aves del cielo: no siembran ni cosechan ni almacenan en graneros; sin embargo, el Padre celestial las alimenta. ¿No valen ustedes mucho más que ellas? [...] ¿Y por qué se preocupan por la ropa? Observen cómo crecen los lirios del campo. No trabajan ni hilan; sin embargo, les digo que ni siquiera Salomón, con todo su esplendor, se vestía como uno de ellos. Si así viste Dios a la hierba que hoy está en el campo y mañana es arrojada al horno, ¿no hará mucho más por ustedes, gente de poca fe?” (S. Mateo 6:26, 28-30).

—Mi problema es ese, Laura. Yo no tengo fe. Soy una mujer que, en este momento, solamente piensa en salir de las deudas.

—¿Sabes? Tu problema no son las deudas. Ellas existen, son reales, pero son apenas el resultado de tu verdadero problema, que es la falta de Dios. Para ti, Dios es apenas un detalle. Tú estás sola.

—Pero también, con tantas dificultades, no tengo tiempo para nada.

—Las dificultades te asfixian porque, para ti, Dios no está en el control. Él es tu Creador, tu Padre amante, pero parece que eso no te importa. Si lo reconocieras como tu Dios, él haría maravillas en tu vida. Lee conmigo lo que dice David: “La gloria, Señor, no es para nosotros; no es para nosotros sino para tu nombre, por causa de tu amor y tu verdad. [...] Nuestro Dios está en los cielos y puede hacer lo que le parezca. Los que temen al Señor, confíen en él; él es su ayuda y su escudo. [...] Él bendice a los que temen al Señor, bendice a grandes y pequeños. Que el Señor multiplique la descendencia de ustedes y de sus hijos. Que reciban bendiciones del Señor, creador del cielo y de la tierra” (Salmo 115:1, 3, 11, 13-15).

—¿Qué significa todo eso?

—La idea principal de ese texto es que Dios es soberano, todopoderoso y eterno. “Nuestro Dios está en los cielos y puede hacer lo que le parezca”. El ser humano no puede hacer de la propia vida el centro de su experiencia, por más dificultades que esté enfrentando. “La gloria, Señor, no es para nosotros; no es para nosotros sino para tu nombre”, dice David.

—Y ¿qué hago con mis problemas?

—El versículo que te leí te lo responde: “Los que temen al Señor, confíen en él; él es su ayuda y escudo. Él bendice a los que temen al Señor, bendice a grandes y pequeños”. Un escudo es un arma de protección. Si el Señor es tu escudo, ¿quién podrá alcanzarte?

—Esa promesa ¿también es para mí?

—¡Claro! Solo que el motivo correcto para buscarlo no debería ser la solución de tus problemas, sino adorarlo porque él es tu Dios.

—Para ti es muy fácil decir eso. En este momento, mis condiciones no son favorables —se quejó Gabriela, desanimada.

—No, querida; no estoy en tu lugar, pero aprendí que las bendiciones son un resultado natural de buscar al Señor de todo corazón. Eso es lo que dice la Biblia: “A los que me aman, les correspondo; a los que me buscan, me doy a conocer. Conmigo están las riquezas y la honra, la prosperidad y los bienes duraderos. Mi fruto es mejor que el oro fino; mi cosecha sobrepasa a la plata refinada. Voy por el camino de la rectitud, por los senderos de la justicia, enriqueciendo a los que me aman y acrecentando sus tesoros” (Proverbios 8:17-21).

Gabriela cambió de posición en el sofá y los ojos mostraron un brillo diferente, como si de pronto un rayo de luz iluminara su mundo oscurecido por las necesidades. Ella buscaba una solución para sus problemas, pero no buscaba a Dios. Y, al percibir su actitud, bajó los ojos, avergonzada, y dijo:

—Estoy completamente errada, lo sé...

—No, Gabriela. Tú, como mucha gente, solamente no entendiste el orden de las cosas. Dios es el principio de todo. Mira lo que dice Jesús: “Más bien, busquen primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas les serán añadidas” (S. Mateo 6:33).

—Y ¿qué debo hacer, entonces?

—Vuélvete a Dios. Tú no te perteneces. Reconoce a Dios como tu Creador y tu Sustentador. Si tú no lo haces, estarás apoderándote de aquello que le pertenece a Dios. Mira lo que el Señor decía en los tiempos del profeta Malaquías: “Desde la época de sus antepasados se han apartado de mis preceptos y no los han guardado. Vuélvanse a mí, y yo me volveré a ustedes —dice el Señor Todopoderoso—. Pero ustedes replican: ‘¿En qué sentido tenemos que volvernos?’ ” (Malaquías 3:7). Lo que Dios desea es que sus hijos reconozcan que se apartaron de él y retornen a los brazos de amor del Padre.

—¿Por qué dices que me aparté de él?

—Voy a explicarte, pero necesitamos regresar al jardín del Edén, a la creación del mundo.

—¿Para qué?



—Escucha el relato: “Y Dios creó al ser humano a su imagen; lo creó a imagen de Dios. Hombre y mujer los creó, y los bendijo con estas palabras: ‘Sean fructíferos y multiplíquense; llenen la tierra y sométanla; dominen a los peces del mar y a las aves del cielo, y a todos los reptiles que se arrastran por el suelo’. También les dijo: ‘Yo les doy de la tierra todas las plantas que producen semilla y todos los árboles que dan fruto con semilla; todo esto les servirá de alimento’ ” (Génesis 1:27-29). ¿Te diste cuenta de que, en el jardín, Dios le dio al ser humano dominio y potestad sobre todas las criaturas?

—¡Sí!

—Dios también le dio todo lo que había en el campo para que se alimentara y viviera. Sin embargo, se reservó algo: “Dios el Señor tomó al hombre y lo puso en el jardín del Edén para que lo cultivara y lo cuidara, y le dio este mandato: ‘Puedes comer de todos los árboles del jardín, pero del árbol del conocimiento del bien y del mal no deberás comer. El día que de él comas, ciertamente morirás’ ” (Génesis 2:15-17).

—Y ¿qué tenía ese árbol?

—Nada. Era simplemente una prueba de lealtad para Adán y Eva. Respetar el árbol de la ciencia del conocimiento del bien y del mal significaba reconocer la soberanía del Creador. Tocar el árbol, por el contrario, sería apoderarse de las cosas que le pertenecían a Dios, hacerse dueño y apartarse del Creador. La consecuencia de ese acto de rebeldía sería la muerte. El hombre comenzaría a deteriorarse lentamente.

—Nunca lo había pensado de esa manera...

—Dios es el dueño de todo, Gabi. Él mismo dice: “Pues míos son los animales del bosque, y mío también el ganado de los cerros. Conozco a las aves de las alturas; todas las bestias del campo son mías. Si yo tuviera hambre, no te lo diría, pues mío es el mundo, y todo lo que contiene” (Salmo 50:10-12). El problema es que el ser humano tiene la tendencia de apoderarse de lo que le pertenece a Dios y, para colmo, piensa que todo lo que tiene le pertenece. Especialmente, cuando las circunstancias de la vida le son favorables.

—Tal vez ese haya sido mi caso —pensó en voz alta Gabriela.

—Ese es el caso de todos los seres humanos. Siempre fue así.

—¿Por qué dices eso?

—Porque ya en los tiempos del Israel antiguo, Dios dijo: “Pero ten cuidado de no olvidar al Señor tu Dios [...] cuando hayas comido y te

hayas saciado, cuando hayas edificado casas cómodas y las habites, cuando se hayan multiplicado tus ganados y tus rebaños, y hayan aumentado tu plata y tu oro y sean abundantes tus riquezas, no te vuelvas orgulloso ni olvides al Señor tu Dios, quien te sacó de Egipto, la tierra donde viviste como esclavo. [...] No se te ocurra pensar: 'Esta riqueza es fruto de mi poder y de la fuerza de mis manos' " (Deuteronomio 8:11-14, 17). ¿Notas cómo el ser humano siempre tuvo la tendencia a apoderarse de todo lo que le pertenece a Dios? Adán lo hizo y hoy continuamos haciendo lo mismo.

—Pero hoy no existe un árbol del conocimiento del bien y del mal. No estoy tocando nada que Dios dijo que no podía tocar —se quejó la joven viuda.

—Bueno, después de salir del Edén, por causa del pecado, Adán y Eva no tenían más el árbol. El diezmo (devolver a Dios el diez por ciento de lo que él nos da, como el dinero) pasó a ser una de las pruebas de que reconocemos a Dios como soberano. Moisés dejó eso bien claro: "El diezmo de todo producto del campo, ya sea grano de los sembrados o fruto de los árboles, pertenece al Señor, pues le está consagrado" (Levítico 27:30).

—No creo que eso sea una prueba de fidelidad.

—¿No lo crees? Entonces, mira lo que Dios dijo en los tiempos de Malaquías: "¿Acaso roba el hombre a Dios? ¡Ustedes me están robando! Y todavía preguntan: '¿En qué te robamos?' En los diezmos y en las ofrendas. Ustedes —la nación entera— están bajo gran maldición, pues es a mí a quien están robando. Traigan íntegro el diezmo para los fondos del templo, y así habrá alimento en mi casa. Pruébenme en esto —dice el Señor Todopoderoso—, y vean si no abro las compuertas del cielo y derramo sobre ustedes bendición hasta que sobreabunde" (Malaquías 3:8-10). ¿Notas que Dios le dijo a Adán: "Ciertamente morirás" (Génesis 2:17), y a nosotros hoy, él nos dice: "están bajo gran maldición"?

—Sí, pero Dios ¿no es amor? ¿Cómo puede él matar o maldecir, solo por tocar un árbol o por no dar el diezmo?

—No es Dios quien castiga. Él es la fuente de la vida, la propia vida, la bendición mayor. Y, cuando el ser humano se apodera de aquello que no es de él, se aparta del Creador y entra, voluntariamente, en el territorio de la muerte y de la maldición.



—No entiendo.

—Es como si Dios dijera: Hijo, todo es mío, pero te lo presto para que tú vivas. Sin embargo, como soy Dios y conozco todo, sé que con el paso del tiempo tú vas a creer que todo te pertenece. Establecí, entonces, la devolución de los diezmos para que nunca te olvides de que yo soy el propietario y tú apenas el administrador. Mientras lo hagas así, sabré que me reconoces como Soberano. Si no lo haces, sabré que estás apoderándote de aquello que te confié.

—Entonces, ¿es el hombre quien determina su situación?

—Exactamente. Lo que Dios más quiere es que vivamos felices. “Diles: Tan cierto como que yo vivo —afirma el Señor omnipotente—, que no me alegro con la muerte del malvado, sino con que se convierta de su mala conducta y viva. ¡Convírtete, pueblo de Israel; conviértete de tu conducta perversa! ¿Por qué habrás de morir?” (Ezequiel 33:11).

—¿Me permites ser sincera, Laura? Me parece que Dios no necesita dinero.

—Claro que no. Él mismo lo dice: “Mía es la plata, y mío es el oro —afirma el Señor Todopoderoso” (Hageo 2:8).

—Entonces, ¿para qué pide el diezmo?

—Ya te lo dije. El problema no es el diezmo, sino el hecho de reconocerlo o no como Soberano en tu vida.

—Y ¿qué hace la iglesia con el diezmo? ¿Para qué lo utiliza?

—En los tiempos de Moisés, el diezmo era usado para el mantenimiento de los sacerdotes, que pertenecían a la tribu de Leví. “Porque yo les he dado como herencia los diezmos que los israelitas ofrecen al Señor como contribución. Por eso he decidido que no tengan herencia entre los israelitas” (Números 18:24).

—Pero eso era en los tiempos del antiguo Israel, ¿y ahora?

—En nuestros días, el diezmo sagrado es usado para el mantenimiento de los ministros y para la predicación del evangelio. El apóstol Pablo dice: “¿No saben que los que sirven en el templo reciben su alimento del templo, y que los que atienden el altar participan de lo que se ofrece en el altar? Así también el Señor ha ordenado que quienes predicán el evangelio vivan de este ministerio” (1 Corintios 9:13, 14).

Las horas habían pasado sin que ellas se dieran cuenta. Gabriela nunca había imaginado que la Biblia pudiera tener las respuestas para las inquietudes del corazón humano.

—Amiga, tú puedes encontrar en las Escrituras respuestas para cualquier pregunta. Ese libro es la carta de amor que Jesús dejó para que nosotros no anduviéramos extraviados en las vueltas de esta vida, intentando ser felices a nuestra manera.

—¿Podemos seguir estudiando más las cosas de Dios? —preguntó Gabriela, ansiosa.

—Cuando quieras. Estaré aquí siempre dispuesta para que estudie-
mos juntas.

Cuando Gabriela salió de la casa de la amiga, ya era bien tarde. Tomó un baño y se acostó. El corazón parecía disparado. Sentía música en el alma. Los problemas continuaban siendo los mismos, pero ella había cambiado. La oración que Laura había hecho antes de despedirse aquella noche marcó el corazón de Gabriela.

A la mañana siguiente, se despertó con el canto de los pajaritos. Pensó: “Si Dios se preocupa por las aves del cielo, ¿por qué no se va a interesar en mí?” Abrió los ojos, se arrodilló y dijo: “Señor, toma el control de mi vida. Soy tu hija; sé que tú me amas y quiero pedirte perdón porque nunca te reconocí como mi Dios todopoderoso. Aquí está mi vida. La coloco en tus manos. No sé qué harás por mí; pero una cosa sé: no deseo más vivir sola”.

Después salió. No rumbo al trabajo, sino rumbo a una vida de victoria. Porque nada puede tocar a quien se coloca en las manos de Dios.

La primera cosa que hizo al llegar a su trabajo fue llamar a la dueña del celular.

—Encontramos su teléfono móvil.

—Pero ayer dijeron que no lo habían encontrado...

—Está aquí, conmigo. ¿Podría venir?

Cuatro horas después, apareció la dueña del aparato. Era una señora madura, de cabellos blancos, elegante, fina, de apariencia noble.

Gabriela la miró a los ojos y le dijo:

—Lo lamento mucho, señora. Estoy avergonzada. Yo tomé su teléfono. Me equivoqué, nada justifica lo que hice. Solamente quería pedirle perdón.

La señora iba cambiando de color y de actitud a medida que escuchaba la confesión de la secretaria.

—Y ¿tú crees que estas cosas se arreglan así? ¿Perdón, y ya está todo resuelto? Quiero hablar con tu gerente.



El desenlace es fácil de imaginar. Antes de que el expediente llegara al final, ella estaba sin trabajo.

Salió triste y avergonzada por su actitud. Sin embargo, percibió algo extraño. No estaba desesperada. Una paz indescifrable llenaba su corazón. El sol brillaba todavía fuerte, a lo lejos. Estaba sin empleo, pero no estaba atribulada. Estaba en las manos de Dios, y si él cuidaba de las aves cuidaría de ella también.

Durante los días siguientes continuó estudiando la Biblia con Laura. El sábado fue a la iglesia por primera vez, llevando el diezmo del dinero que tenía.

—Sé que necesito este dinero para pagar mis deudas, pero también sé que jamás voy a volver a tocar aquello que le pertenece a Dios —se dijo a sí misma.

Aquel sábado, a la hora del almuerzo, en la iglesia, se aproximó a ella un hombre bajo, fuerte, de cabellos blancos.

—Hola, me dijeron que tú eres secretaria. ¿Podría conversar mañana contigo?

Conversaron. El lunes ya estaba empleada otra vez, ganando casi el doble de lo que recibía en su empleo anterior.

Los años pasaron. Hoy, Gabriela está casada de nuevo, con otro viudo, y su hija volvió a vivir a con ella. Sus padres ya descansan en Cristo, y ella vive feliz y convencida de que Dios es soberano y eterno en su vida.

Gabriela y su familia encontraron la única esperanza.

Esperanza de prosperidad

Tú puedes encontrar esperanza de prosperidad.

Descubre por qué debemos ser generosos y agradecidos por las bendiciones que recibimos de Dios.

- ① Dios prometió cuidar de sus hijos. Deuteronomio 8:17, 18
- ② Dios es el Creador y Sustentador del universo. Salmo 24:1; 50:10-12
- ③ De las manos de Dios recibimos todas las provisiones para nuestra supervivencia. 1 Crónicas 29:14
- ④ Dios declaró que el diezmo le pertenece a él. Levítico 27:30
- ⑤ Además de los diezmos, debemos ofrendar según la bendición de Dios. Deuteronomio 16:17
- ⑥ Cuando retenemos diezmos y ofrendas, retenemos también las bendiciones de Dios. Hageo 1:6, 9, 10
- ⑦ Dios preparó bendiciones sin medida para sus hijos fieles. Malaquías 3:8-10; Salmo 37:5
- ⑧ Por medio de los diezmos y de las ofrendas, participamos de la predicación del evangelio. 1 Corintios 9:13, 14
- ⑨ Cuando honramos a Dios con nuestros bienes, recibimos bendiciones abundantes. Proverbios 3:9, 10
- ⑩ Dios nos invita a buscarlo a él en primer lugar. S. Mateo 6:33

Para conocer más sobre estos y otros consejos de Dios
para ti, visita:

www.esperanzaweb.com/estudio

ESPERANZA

DE UN NUEVO COMIENZO



La noche oscura del desierto amedrentaba. El gemido de los chales la hacía más tétrica y aterradora. Tres hombres cabalgaban silenciosos, en medio de la oscuridad, aprovechando que el sol estaba del otro lado de la Tierra. Atravesar el desierto de día era suicidio. Nadie podría soportar las inclemencias del sol.

Debían faltar pocas horas para que el sol saliera, cuando llegaron al curso seco de lo que parecía que había sido un riacho.

—¡Alto!

La voz del guía se perdió en la inmensidad de arena seca.

Los tres caballeros bajaron.

—Recojan todos los pedregullos que puedan —ordenó el guía.

Al principio, la orden les pareció sin sentido, pero habían prometido que obedecerían sin discutir y, a pesar del cansancio, obedecieron sin voluntad.

“¿Para qué?”, se preguntaban interiormente. “Podríamos aprovechar la noche para avanzar”.

Después continuaron la travesía, disconformes con la orden —aparentemente incoherente— del extraño beduino. La noche continuaba oscura y un viento suave agitaba las ropas de los caballeros, cuando oyeron nuevamente la voz del hombre del desierto.

—Al salir el sol, ustedes estarán felices y al mismo tiempo tristes.

Y se perdió en medio de la oscuridad. A partir de aquel momento, ellos continuarían el viaje solos. Dos de ellos tiraron algunas piedras.



Las horas pasaron. El sol del nuevo día salió esplendoroso y brillante. Era hora de parar y descansar. En aquel momento, mientras buscaban en las alforjas algo para comer, vieron los pedregullos y no podían creerlo. Eran diamantes de mucho valor. Eran ricos. Inmediatamente, sin embargo, los embargó la tristeza y el arrepentimiento. ¿Por qué no habían recogido más piedras? ¿Por qué no obedecieron las órdenes del guía, sin discutir?

La vida es así. Caminamos en el desierto de este mundo, rodeados por tinieblas y, con frecuencia, no vemos las cosas que están a nuestro alrededor. Nos transformamos en seres inmediatistas e incapaces de mirar hacia el futuro, especialmente cuando se trata de asuntos espirituales. Para algunos, hablar de la promesa de vida eterna que Dios le ofrece al ser humano, por ejemplo, no pasa de fantasía de niños para compensar las desilusiones y las tristezas de esta vida. Otros la conciben como una existencia nebulosa, irreal, donde “los santos” vestidos de blanco se sientan en las nubes, cerca del arco iris, tocando arpas doradas. Pero ¿qué dice la Biblia respecto de todo esto?

Un día Gilberto, un profesor universitario, muy exitoso en la vida, conversaba con Cristiano, de cincuenta años, su colega.

—Tú eres un hombre inteligente, profesor de ciencias. ¿Cómo puedes creer que existe un cielo? —le preguntaba el compañero de labores.

—Tú ¿no crees en esas cosas?

—Claro que no. Todo eso es apenas fruto de la imaginación humana. Pura ilusión, creencias religiosas sin fundamento que no encajan en ninguna mente racional.

—Entonces, vamos a suponer algo.

—¿Qué?

—Vamos a hacer de cuenta que nada de lo que la Biblia dice es verdad. El cielo no existe, no hay paraíso, Cristo no va a volver. Nada.

—¿Y?

—El tiempo pasa. Finalmente llega el fin de este mundo y descubrimos que tú tenías razón. No existe nada. ¿Qué fue lo que yo perdí?

—Nada.

—Pero ahora hagamos de cuenta que, en el final de todo, descubrimos que yo tenía razón y que tú estabas equivocado. Que sí existe todo lo que la Biblia menciona. ¿Qué perdiste tú?

El colega quedó un tanto desestabilizado. Era un hombre brillante, y no esperaba una pregunta aparentemente tonta. Así, ambos comen-



zaron a estudiar la Biblia. Rino, como le gustaba ser llamado el colega, prefería asuntos relacionados con el futuro. Al final, ese era el tema que los había llevado hasta ese punto.

—¿Qué enseña la Biblia respecto del fin del mundo y del nuevo orden mundial? —preguntó Rino.

—La Biblia dice que, cuando Jesús regrese, este planeta entrará en caos. Mira: “Pero el día del Señor vendrá como un ladrón. En aquel día los cielos desaparecerán con un estruendo espantoso, los elementos serán destruidos por el fuego, y la tierra, con todo lo que hay en ella, será quemada” (2 S. Pedro 3:10).

Rino se acomodó en el asiento. Leyó otra vez el versículo y reflexionó.

—Eso es aterrador.

—Sí, lo es. El apóstol San Juan expresa la misma idea de otra manera. “Vi que el Cordero rompió el sexto sello, y se produjo un gran terremoto. El sol se oscureció como si se hubiera vestido de luto, la luna entera se tornó roja como la sangre, y las estrellas del firmamento cayeron sobre la tierra, como caen los higos verdes de la higuera sacudida por el vendaval. El firmamento desapareció como cuando se enrolla un pergamino, y todas las montañas y las islas fueron removidas de su lugar” (Apocalipsis 6:12-14).

—¿Quieres decir que el mundo será destruido por completo?

—No completamente.

—Y ¿qué sucederá con las personas?

—Ocurrirán varias cosas. La primera de ellas es la resurrección de los justos y la transformación de los que estén aguardando a Jesús en aquel momento. La Biblia es clara: “El Señor mismo descenderá del cielo con voz de mando, con voz de arcángel y con trompeta de Dios, y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego los que estemos vivos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados junto con ellos en las nubes para encontrarnos con el Señor en el aire. Y así estaremos con el Señor para siempre” (1 Tesalonicenses 4:16, 17).

—¿Quieres decir que todos los muertos van a resucitar en esa ocasión?

—No todos. Solo los que murieron “en Cristo”.

—¿Y los otros?

—La Biblia responde: “Esta es la primera resurrección; los demás muertos no volvieron a vivir hasta que se cumplieron los mil años” (Apocalipsis 20:5).

—¿Qué mil años son esos? —preguntó Rino, un tanto sorprendido. La curiosidad había despertado su interés.

—Voy a explicártelo, pero antes, es necesario que entiendas que habrá dos resurrecciones. La Biblia enseña lo siguiente: “No se asombren de esto, porque viene la hora en que todos los que están en los sepulcros oirán su voz, y saldrán de allí. Los que han hecho el bien resucitarán para tener vida, pero los que han practicado el mal resucitarán para ser juzgados” (S. Juan 5:28, 29). Quiere decir que los justos resucitarán en ocasión del regreso de Jesús, para la resurrección de la vida; y los injustos solamente después de los mil años, para la resurrección de muerte.

—Está bien. Pero hálame de los mil años.

—Es un período en el que los justos reinarán con Jesús en el cielo. La Biblia presenta el asunto de la siguiente manera: “Dichosos y santos los que tienen parte en la primera resurrección. La segunda muerte no tiene poder sobre ellos, sino que serán sacerdotes de Dios y de Cristo, y reinarán con él mil años” (Apocalipsis 20:6).

—¿Quiere decir que los justos irán al cielo solamente durante mil años y no para siempre?

—Exactamente. El hogar eterno de los justos será aquí, en la Tierra, que será transformada. Los justos retornarán aquí después de los mil años. San Juan describe esa escena de la siguiente manera: “Después vi un cielo nuevo y una tierra nueva, porque el primer cielo y la primera tierra habían dejado de existir, lo mismo que el mar. Vi además la ciudad santa, la nueva Jerusalén, que bajaba del cielo, procedente de Dios, preparada como una novia hermosamente vestida para su prometido” (Apocalipsis 21:1, 2).

Las cosas que Cristiano decía parecían increíbles para una mente racional como la de Rino. Él miró la Biblia, y observó lo que estaba escrito. Después, preguntó:

—Espera un poco. ¿Cuál será el estado de la Tierra durante esos mil años?

—Será un caos. En primer lugar, nota lo que va a suceder con Satanás: “Vi además a un ángel que bajaba del cielo con la llave del abismo y una gran cadena en la mano. Sujetó al dragón, a aquella serpiente antigua que es el diablo y Satanás, y lo encadenó por mil años. Lo arrojó al abismo, lo encerró y tapó la salida para que no engañara más a las



naciones, hasta que se cumplieran los mil años. Después habrá de ser soltado por algún tiempo” (Apocalipsis 20:1-3).

–¿Quieres decir que Satanás quedará preso?

–Preso por las circunstancias. Esa no es una prisión literal. Es solo un símbolo del cuadro en el que Satanás se va a encontrar. Él no tendrá más a quién tentar. Los justos estarán con Jesús en el cielo, y los injustos estarán muertos en la Tierra. Será una situación de soledad terrible para el enemigo. Jeremías describe el estado de los seres humanos en aquel tiempo de la siguiente manera: “En aquel día, las víctimas del Señor quedarán tendidas de un extremo a otro de la tierra. Nadie las llorará ni las recogerá ni las enterrará; se quedarán sobre la faz de la tierra, como el estiércol” (Jeremías 25:33).

–Estos versículos ¿se refieren al milenio? –indagó Rino.

–En principio, como toda profecía, esos versículos describen la devastación de la Tierra cuando Dios interviene para destruir a los enemigos de su pueblo, pero también tiene una aplicación futura que encaja en la situación de la Tierra durante el milenio. La idea de la Tierra desolada durante el milenio se repite varias veces. “Miren, el Señor arrasa la tierra y la devasta, trastorna su faz y dispersa a sus habitantes” (Isaías 24:1).

–Entonces, la Tierra ¿permanecerá completamente vacía y destruida en aquel tiempo?

–Así es. El profeta Jeremías describe la situación del planeta durante el milenio con palabras dramáticas: “Miré a la tierra, y era un caos total; miré a los cielos, y todo era tinieblas. Miré a las montañas, y estaban temblando; ¡se sacudían todas las colinas! Miré, y no quedaba nadie; habían huido todas las aves del cielo. Miré, y la tierra fértil era un desierto; yacían en ruinas todas las ciudades, por la acción del Señor, por causa de su ardiente ira. Así dice el Señor: Todo el país quedará desolado, pero no lo destruiré por completo” (Jeremías 4:23-27).

–Y los justos ¿qué estarán haciendo en el cielo?

–El libro de Apocalipsis responde. Además de reinar con Cristo, revisarán los libros del juicio de la vida de los seres humanos. “Entonces vi tronos donde se sentaron los que recibieron autoridad para juzgar. Vi también las almas de los que habían sido decapitados por causa del testimonio de Jesús y por la palabra de Dios. No habían adorado a la bestia ni a su imagen, ni se habían dejado poner su marca en la frente

ni en la mano. Volvieron a vivir y reinaron con Cristo mil años” (Apocalipsis 20:4).

—¿En qué sentido ellos “juzgarán”?

—Haciendo como una especie de revisión. No por causa de Dios, sino por causa del ser humano. En aquel día, muchos de los que creíamos que se salvarían estarán perdidos; y viceversa, también. Es necesario, por lo tanto, que todas las dudas sean aclaradas en la mente humana.

—En el versículo que acabas de leer, se habla de las “almas” de los que fueron “decapitados por causa del testimonio de Jesús”. ¿Son los espíritus desencarnados?

—No. Recuerda que, para este momento, los justos ya resucitaron. La Biblia llama “alma” al ser humano vivo: “Y Dios el Señor formó al hombre del polvo de la tierra, y sopló en su nariz hálito de vida, y el hombre se convirtió en un ser viviente” (Génesis 2:7). Otra forma de traducir este versículo es “el hombre se convirtió en un alma viviente”, ya que la palabra en hebreo utilizada aquí se puede traducir como “alma” o “ser”.

Rino era un hombre inquieto, racional e incrédulo. En los últimos tiempos, estaba cambiando bastante, pero la mente inquisitiva no aceptaba las cosas con facilidad. Por eso, corroboraba todo lo que su amigo decía, para ver si concordaba con lo que la Biblia decía. Su interés por el asunto crecía, de modo que preguntó:

—¿Qué sucederá después de los mil años? ¿Cómo será el fin de todo?

Cristiano mojó la garganta con un trago de agua, se acomodó mejor en el sofá y le respondió:

—San Juan relata lo que ocurrirá, de la siguiente manera: “Cuando se cumplan los mil años, Satanás será liberado de su prisión, y saldrá para engañar a las naciones que están en los cuatro ángulos de la tierra —a Gog y a Magog—, a fin de reunir las para la batalla. Su número será como el de las arenas del mar. Marcharán a lo largo y a lo ancho de la tierra, y rodearán el campamento del pueblo de Dios, la ciudad que él ama. Pero caerá fuego del cielo y los consumirá por completo. El diablo, que los había engañado, será arrojado al lago de fuego y azufre, donde también habrán sido arrojados la bestia y el falso profeta. Allí serán atormentados día y noche por los siglos de los siglos” (Apocalipsis 20:7-10).

—¿Cómo? ¿Satanás será soltado de la prisión en la que se encontrará?

—Es que los injustos se levantarán de la muerte. Esa es la segunda resurrección. “Esta es la primera resurrección; los demás muertos no



volvieron a vivir hasta que se cumplieron los mil años” (Apocalipsis 20:5). Entonces, al ver a los injustos resucitados, el diablo los engañará de nuevo, haciéndoles creer que es posible apoderarse de la ciudad que descende del cielo. San Juan describe este momento de la siguiente manera: “Vi además la ciudad santa, la nueva Jerusalén, que bajaba del cielo, procedente de Dios, preparada como una novia hermosamente vestida para su prometido” (Apocalipsis 21:2). En aquel momento, sin embargo, los injustos resucitados avanzarán contra la ciudad de los santos, pero entonces caerá fuego del cielo y serán destruidos.

—¿Todos?

—Absolutamente todos: Satanás y sus seguidores. El apóstol Pablo confirma eso, cuando dice: “Y a ustedes que sufren, les dará descanso, lo mismo que a nosotros. Esto sucederá cuando el Señor Jesús se manifieste desde el cielo entre llamas de fuego, con sus poderosos ángeles, para castigar a los que no conocen a Dios ni obedecen el evangelio de nuestro Señor Jesús” (2 Tesalonicenses 1:7, 8). Ese será el final de la historia del pecado; del mal, no restará ni raíz ni rama. Los pecados y la angustia no se levantarán por segunda vez. La Biblia es enfática: “¿Qué traman contra el Señor? ¡Él desbaratará sus planes! ¡La calamidad no se repetirá!” (Nahúm 1:9).

—¿Y ese será el final de todo?

—No. Ese será, apenas, el comienzo del verdadero nuevo orden mundial. Este mundo será hecho de nuevo. Recuerda que, en ocasión del descenso de la Santa Ciudad, caerá fuego del cielo, y todos serán consumidos. “Marcharán a lo largo y a lo ancho de la tierra, y rodearán el campamento del pueblo de Dios, la ciudad que él ama. Pero caerá fuego del cielo y los consumirá por completo. El diablo, que los había engañado, será arrojado al lago de fuego y azufre” (Apocalipsis 20:9, 10). Ese será el infierno tan temido.

—Pero ¿no es que el infierno dura toda la vida?

—La Biblia habla de “fuego eterno” en el sentido de las consecuencias eternas del fuego. El pecado no existirá más, ni se levantará por segunda vez. Estará acabado eternamente. Alguien que quedara observando a los desobedientes ardiendo en medio de las llamas por siglos y siglos no podría ser el Dios de amor que la Biblia presenta. Un ejemplo claro de lo que afirmo son las ciudades de Sodoma y Gomorra, que fueron consumidas por fuego del cielo. El texto bíblico dice: “Así también So-

doma y Gomorra y las ciudades vecinas son puestas como escarmiento, al sufrir el castigo de un fuego eterno” (S. Judas 7).

—¿Ellas también sufrieron el fuego eterno?

—Es lo que la Biblia declara. Sin embargo, no están ardiendo hasta el día de hoy. Ahora, las consecuencias de todo lo que sucedió con ellas sí son eternas.

El texto bíblico parecía coherente. Rino sentía que toda la conversación con el colega tenía sentido. Al final, Cristiano no basaba sus respuestas en conjeturas humanas, sino que siempre tenía la Biblia abierta y un texto para responder las inquietudes del amigo.

—Y ¿qué ocurrirá con la ciudad que los rebeldes no lograrán tomar? —preguntó.

—Dios establecerá su Reino en esta Tierra. Será un reino de paz y amor, donde él mismo “les enjugará toda lágrima de los ojos. Ya no habrá muerte, ni llanto, ni lamento ni dolor, porque las primeras cosas han dejado de existir” (Apocalipsis 21:4). Pero, como está escrito: “Ningún ojo ha visto, ningún oído ha escuchado, ninguna mente humana ha concebido lo que Dios ha preparado para quienes lo aman” (1 Corintios 2:9).

—Parece irreal, ¿no crees?

—Puede parecerlo, pero es la promesa divina. Nota lo que afirma Isaías: “Presten atención, que estoy por crear un cielo nuevo y una tierra nueva. No volverán a mencionarse las cosas pasadas, ni se traerán a la memoria” (Isaías 65:17). Los recuerdos tristes de esta vida terrenal serán olvidados para siempre. Traumas y complejos que el ser humano arrastra y de los que, a veces, intenta liberarse inútilmente, serán arrancados de la memoria. Será la vida que Dios siempre deseó que sus hijos tuvieran.

Rino se sentía emocionado. No quería demostrarlo, pero el corazón estaba tocado por las promesas divinas. Había acabado de perder a un hijo de diez años en un terrible accidente y ahora estaba lleno de dudas, pues había intentado salvar la vida del hijo amado y no lo había conseguido. Su vida estaba de cabeza para abajo y, de pronto, se confrontó con las Sagradas Escrituras, y la esperanza comenzó a brillar en su corazón.

—¿Existe mucha gente que tiene esa esperanza? —preguntó con aire de reflexión.



—¡Sí, claro! —le respondió Cristiano—. Muchas personas murieron a lo largo de la historia aguardando “la ciudad de cimientos sólidos, de la cual Dios es arquitecto y constructor. [...] Antes bien, anhelaban una patria mejor, es decir, la celestial. Por lo tanto, Dios no se avergonzó de ser llamado su Dios, y les preparó una ciudad” (Hebreos 11:10, 16).

Rino se limpió la garganta y, con voz conmovida, completó.

—Ese debe ser un mundo maravilloso.

—Sin duda. Observa cómo lo describe el profeta Isaías: “Construirán casas y las habitarán; plantarán viñas y comerán de su fruto. Ya no construirán casas para que otros las habiten, ni plantarán viñas para que otros coman. Porque los días de mi pueblo serán como los de un árbol; mis escogidos disfrutarán de las obras de sus manos. No trabajarán en vano, ni tendrán hijos para la desgracia; tanto ellos como su descendencia serán simiente bendecida del Señor. Antes que me llamen, yo les responderé; todavía estarán hablando cuando ya los habré escuchado. El lobo y el cordero pacerán juntos; el león comerá paja como el buey, y la serpiente se alimentará de polvo. En todo mi monte santo no habrá quien haga daño ni destruya, dice el Señor” (Isaías 65:21-25).

—Yo... yo... Disculpa... Yo...

—No digas nada, Rino —lo calmó Cristiano—. Deja que el Espíritu Santo de Dios trabaje en tu corazón y confía en esa promesa. Dentro de muy poco tiempo Jesús regresará, y todo será mejor de lo que tú alguna vez pudieras imaginar.

Los meses pasaron. Rino, con su esposa, continuó estudiando las verdades bíblicas.

Hoy, ambos encontraron la única esperanza.

Esperanza de un nuevo comienzo

Tú puedes tener la esperanza de un nuevo comienzo.

Conoce un poco más sobre lo que Dios está preparando para aquellos que lo aman.

- ① Después de la segunda venida de Cristo, los salvos estarán en el cielo con Jesús. Apocalipsis 20:6
- ② Durante el milenio, la Tierra quedará vacía y desolada. Jeremías 4:23-26; Apocalipsis 20:1-3
- ③ Durante ese período, los incrédulos permanecerán muertos en la Tierra. Apocalipsis 20:5
- ④ Mientras, los fieles participarán del juicio de comprobación. 1 Corintios 6:2, 3
- ⑤ Al final del milenio, la Ciudad Santa descenderá del cielo. Apocalipsis 21:2, 3, 10
- ⑥ Después del milenio, habrá un nuevo cielo y una nueva Tierra. 2 S. Pedro 3:13
- ⑦ En la Tierra Nueva, no habrá más muerte, ni luto, ni llanto, ni dolor. Apocalipsis 21:4
- ⑧ Los puros de corazón verán a Dios. S. Mateo 5:8
- ⑨ Los que siguen la verdad vivirán en la nueva Tierra. Salmo 15:1, 2
- ⑩ Los salvos tendrán paz eterna. Isaías 32:18

Para conocer más sobre estos y otros consejos de Dios
para ti, visita:

www.esperanzaweb.com/estudio

CAMINO DE

ESPERANZA



Hernán era coronel de la policía. Fue formado en los rigores de la disciplina de la corporación. Lucha por sus convicciones con uñas y dientes, y es sincero. Defiende sus ideas con braveza y honra, de la misma manera que defendería los colores de la patria.

Hoy, sin embargo, Hernán está afligido. Hace cuatro meses que estudia la Biblia, y descubre verdades que sacuden su estructura. En los inicios de los estudios, discutía mucho e interrumpía constantemente la exposición del maestro, en el grupo pequeño del que participaba. No logró resistirse a las evidencias, y aceptó la Biblia como Palabra de Dios. A partir de ese día, él está asimilando nuevos conceptos, siempre que estén fundamentados en las Sagradas Escrituras.

Hoy, el grupo de estudio se reúne de nuevo en la casa de un vecino que tiene un negocio en el mercado de frutas de la ciudad. Todos los martes se reúnen allí varias familias: Hernán, su esposa y sus dos hijos mayores; la familia de un sargento; y un médico residente, joven todavía, que va acompañado por su novia, una muchacha rubia. El casamiento será en breve.

El maestro es un hombre de rostro noble y mirada melancólica. Da la impresión de que sufrió mucho en el pasado. Relaciona los conceptos que son estudiados con los dramas de la vida diaria de las personas. Su palabra es confiable. No habla mucho de sus opiniones. Lee constantemente la Biblia y permite que los participantes saquen sus propias conclusiones. La familia anfitriona se siente feliz de recibir al grupo.



El tema de este día es aguardado con mucho interés por todos. La semana anterior, la hija más grande de Hernán preguntó:

—¿Qué nos puede decir de la Iglesia Adventista del Séptimo Día? Existen tantas iglesias en el mundo, y todas fundamentan sus enseñanzas en la Biblia.

—Por lo menos, todas afirman eso —completó el coronel, mirando fijamente al maestro.

Aquel día la hora había avanzado mucho y no hubo tiempo para una respuesta completa. Por eso, en esta ocasión, todos esperan lo que el maestro dirá.

—¿Podrían abrir sus Biblias? Hoy estudiaremos un período profético anunciado más de quinientos años antes del nacimiento de Jesús. Esa profecía previó las fechas del bautismo y de la muerte de Cristo, así como el momento en el que Dios levantaría un pueblo para anunciar el evangelio a todo el mundo. Se la llama “la piedra angular de las profecías”, porque coloca en su debido lugar todas las otras profecías. Sin duda, esa es la mayor profecía en la que aparecen aspectos relacionados con el tema del tiempo. Lamentablemente, muchos cristianos ni siquiera saben de su existencia.

—¿Qué profecía es esa? —pregunta, ansiosa, la novia del médico.

—Está registrada en el libro del profeta Daniel, capítulo 8, versículo 14: “Y aquel santo me dijo: Va a tardar dos mil trescientos días con sus noches. Después de eso, se purificará el santuario”.

Todos se miran, como si no entendiesen nada.

El maestro continúa:

—Para entender esta profecía, necesitamos saber que, en los versículos anteriores, se menciona un poder religioso que persigue a los seguidores de Jesús e intenta desvirtuar las verdades de la Biblia. A partir de la visión de ese poder, surge la pregunta: “¿Cuánto más va a durar esta visión del sacrificio diario, de la rebeldía desoladora, de la entrega del santuario y de la humillación del ejército?” (Daniel 8:13). Y la respuesta aparece en el versículo 14, que acabamos de leer: “Va a tardar dos mil trescientos días con sus noches. Después de eso, se purificará el santuario”.

—Disculpe, maestro, pero yo no logro acompañar su pensamiento. Mi pregunta es con relación a la Iglesia Adventista del Séptimo Día —insiste la hija del coronel.



El maestro no se molesta por la pregunta, y le responde:

—No te preocupes. Ni el propio Daniel entendió en un primer momento la visión. Él, incluso, cayó enfermo a causa de aquello que había visto: “Yo, Daniel, quedé exhausto, y durante varios días guardé cama. Luego me levanté para seguir atendiendo los asuntos del reino. Pero la visión me dejó pasmado, pues no lograba comprenderla” (Daniel 8:27).

—Si él no logró entenderla, ¿cómo la entenderemos nosotros? —pregunta el sargento.

—Tenga un poco de paciencia. El relato dice: “Escuché entonces una voz que desde el río Ulay gritaba: ¡Gabriel, dile a este hombre lo que significa la visión! Cuando Gabriel se acercó al lugar donde yo estaba, me sentí aterrorizado y caí de rodillas. Pero él me dijo: ‘Toma en cuenta, criatura humana, que la visión tiene que ver con la hora final’ ” (Daniel 8:16, 17).

—¿Quiere decir que esa profecía se refiere al tiempo del fin? —desea saber el médico.

—Sí. El fin de la profecía, sin dudas. Pero, para entender correctamente, continuemos leyendo el relato bíblico: “Se acercaba la hora del sacrificio vespertino. Y mientras yo seguía orando, el ángel Gabriel, a quien había visto en mi visión anterior, vino en rauda vuelo a verme y me hizo la siguiente aclaración: ‘Daniel, he venido en este momento para que entiendas todo con claridad. Tan pronto como empezaste a orar, Dios contestó tu oración. He venido a decírtelo porque tú eres muy apreciado. Presta, pues, atención a mis palabras, para que entiendas la visión’ ” (Daniel 9:21-23). ¿Notaron que Daniel estaba orando cuando el ángel Gabriel se presentó otra vez y le dijo que había venido para explicarle la visión?

—¿La visión de las 2.300 tardes y mañanas? —pregunta el grupo, casi al unísono.

—Sí. Era la única visión que no había sido entendida por Daniel. Y Gabriel le explicó: “ ‘Setenta semanas han sido decretadas para que tu pueblo y tu santa ciudad pongan fin a sus transgresiones y pecados, pidan perdón por su maldad, establezcan para siempre la justicia, sellen la visión y la profecía, y consagren el lugar santísimo’ ” (Daniel 9:24). El ángel le dice a Daniel que 70 semanas de aquel período de 2.300 días están destinadas al pueblo de Daniel, es decir, a los judíos. Dios les estaba dando 70 semanas para que se arrepintieran y se transformaran en un pueblo fiel.

—Estoy un poco confundido. Ese período profético consiste en semanas, en días, o en tardes y mañanas? —quiere saber el coronel, enérgico como siempre.

—En el estudio profético, un día simboliza un año. Eso es bíblico. Vea, por ejemplo, lo que dice aquí: “Cuando cumplas ese plazo, volverás a acostarte, pero esta vez sobre tu lado derecho, y cuarenta días cargarás con la culpa del pueblo de Judá, o sea, *un día por cada año*. Luego mirarás el asedio de Jerusalén, y con brazo amenazante profetizarás contra ella” (Ezequiel 4:6, 7, énfasis agregado).

—Interesante. ¿Siempre es así? —pregunta la novia del médico.

—Tratándose de profecías, siempre. Miren este otro texto: “La exploración del país duró cuarenta días, así que ustedes sufrirán un año por cada día. Cuarenta años llevarán a cuentas su maldad, y sabrán lo que es tenerme por enemigo” (Números 14:34). El mismo principio de interpretación se aplica a la profecía de Daniel; al ver el cumplimiento exacto de los acontecimientos anunciados, no quedan dudas. Por lo tanto, los 2.300 días representan 2.300 años; y las 70 semanas son iguales a 490 años. Ambos períodos proféticos tienen el mismo punto de partida, porque las 70 semanas forman parte de los 2.300 años.

—Sí. Hasta aquí es comprensible; pero ¿cuándo comienza ese período profético? —esta pregunta la formula la esposa del coronel, una señora distinguida que, la mayoría de las veces, prefiere quedarse en silencio.

—El ángel Gabriel respondió a esa pregunta: “Sabe, pues, y entiende, que desde la salida de la orden para restaurar y edificar a Jerusalén hasta el Mesías Príncipe, habrá siete semanas, y sesenta y dos semanas; se volverá a edificar la plaza y el muro en tiempos angustiosos” (Daniel 9:25, RVR). Ese período profético tiene su inicio en la misma fecha en la que se emite el decreto para reedificar Jerusalén. El decreto fue emitido por el rey Artajerjes, de Persia, en el año 457 a.C. Es un hecho histórico que está registrado en los capítulos 6 y 7 del libro de Esdras.

Un brillo especial se refleja en las miradas de todos los participantes. Es admirable cómo la Biblia se explica a sí misma. Todo lo que el ser humano necesita hacer es abrirla, y estudiarla con humildad y fe.

Entusiasmado, el joven médico pregunta:

—En el versículo que acaba de leer son mencionadas 7 semanas y 62 semanas. ¿A qué se refiere eso?



—Si sumamos los días que hay en 7 semanas más 62 semanas, tenemos 483 días proféticos, es decir, años. Eso significa que esos 483 años, comenzando en el año 457 a.C., con el decreto de Artajerjes, nos llevan hasta el tiempo de Jesucristo, es decir, al año 27 d.C. Justamente el año en el que él fue bautizado y ungido por el Espíritu Santo para iniciar su ministerio. Lo sorprendente de todo esto es que esa profecía le fue dada a Daniel más de 500 años antes de que se cumpliera. Piensen en la exactitud de los anuncios divinos.

—¡Impresionante! —exclama el coronel.

—Pero, no termina aquí.

—¿En serio? —dicen prácticamente todos, con expectativa.

—Exacto. Continuemos leyendo: “Y por otra semana confirmará el pacto con muchos; a la mitad de la semana hará cesar el sacrificio y la ofrenda. Después con la muchedumbre de las abominaciones vendrá el desolador, hasta que venga la consumación, y lo que está determinado se derrame sobre el desolador” (Daniel 9:27, RVR).

—¿Qué significa que hará cesar el sacrificio? —indaga, nuevamente, la esposa del coronel.

—Los 483 años nos llevan hasta el año 27 d.C., cuando Jesús inicia su ministerio. Pero, el versículo 27, que acabamos de leer, menciona la última semana, es decir, 7 años más. En esos últimos 7 años, muchos judíos tuvieron la oportunidad de arrepentirse y volverse a Dios. Sin embargo, los dirigentes judíos rechazaron a Jesús, que murió 3 ½ años después del año 27 d.C., en el año 31 d.C. Una vez más, la profecía se cumplió con exactitud. Daniel dice que, ese año, Jesús haría cesar el sacrificio. Y lo hizo, al morir como el gran sacrificio por los pecados de la humanidad. A partir de entonces, ya no sería necesario sacrificar animales.

—¡Eso es admirable! —casi grita uno de los hijos del coronel.

—Sí, es admirable. Y San Mateo confirma esto: “Entonces Jesús volvió a gritar con fuerza, y entregó su espíritu. En ese momento la cortina del santuario del templo se rasgó en dos, de arriba abajo. La tierra tembló y se partieron las rocas” (S. Mateo 27:50, 51).

Hernán completa:

—El velo del Templo se rasgó porque ya no era necesario el sacrificio de animales. Jesús era el sacrificio al que apuntaban todos los sacrificios realizados.

Todos miran al coronel con un aire de admiración. Es un hombre duro. En el inicio de los estudios había creado muchas dificultades con sus preguntas, pero con el tiempo se había transformado en un alumno brillante.

—¿Y los otros 3 ½ años? La profecía habla de una semana profética entera; pero, por lo que entiendo de los textos, Jesús fue sacrificado en la mitad de ella. ¿Qué ocurrió al final de aquella semana? —pregunta el médico.

—Esa pregunta es muy oportuna. El ángel Gabriel había dicho que 70 semanas, es decir, 490 años, estaban separadas para el pueblo del profeta Daniel, los judíos. Ese tiempo acabó justamente en el final de aquella semana, en el año 34 d.C.

—Y ¿qué sucedió en aquella fecha?

—Esteban, uno de los apóstoles cristianos, fue apedreado y, con esa actitud, los dirigentes de Israel desperdiciaron tristemente la oportunidad de aceptar al Mesías. En aquel momento terminaron las 70 semanas de oportunidad que ellos tuvieron. A partir de aquella fecha, el gran propósito de salvar al mundo se cumple a través de la iglesia. Hoy, si un judío desea ser salvo, necesita aceptar a Jesús como cualquier otra persona.

Todos los participantes del grupo parecen sorprendidos. Sin embargo, a pesar del interés que todos muestran por el estudio, la noche ya está muy avanzada, y el maestro dice:

—Mañana continuaremos con el estudio. Hasta aquí vimos los 490 años separados para el pueblo de Daniel. Ese período termina en el año 34 d.C. Pero, si continuamos contando los 2.300 años de la profecía, a partir del año 457 a.C., en el que se inició, llegaremos al año 1844. Mañana veremos lo que sucedió en esa fecha.

Aquella noche, mientras vuelven a su casa, la hija de Hernán comenta:

—Papá, todo es muy interesante y admirable, pero ¿tú notaste que el maestro no respondió mi pregunta?

—¿Qué pregunta?

—La que le hice al inicio del estudio. Existen tantas iglesias en el mundo. ¿Qué es lo que él tiene para decirnos sobre la Iglesia Adventista?

—Bueno, tenemos que tener paciencia. El estudio continúa mañana, ¿no es verdad?

A la noche siguiente, llueve con intensidad. Relámpagos rasgan la oscuridad como flechas de fuego. A pesar de las inclemencias del tiempo,



allí están todos reunidos otra vez. El coronel y su familia están acompañados por un vecino que también abriga inquietudes espirituales. El maestro comienza diciendo:

—Ayer estudiamos la profecía de los 2.300 años. “Va a tardar dos mil trescientos días con sus noches. Después de eso, se purificará el santuario” (Daniel 8:14), dice la profecía. Contados los años, a partir del decreto de Artajerjes para reconstruir Jerusalén, esa profecía terminó en 1844.

—¿Cómo podría el Santuario ser purificado en 1844, si en aquel tiempo ya no existía más el Santuario en Israel? —desea saber la novia del médico.

—Para entender esto, necesitamos saber por qué existía el Santuario en los tiempos del pueblo de Israel. La Biblia dice: “De hecho, la ley exige que casi todo sea purificado con sangre, pues sin derramamiento de sangre no hay perdón” (Hebreos 9:22).

—¿Por qué sangre? —indaga el coronel.

—El apóstol Pablo dice: “Porque la paga del pecado es muerte, mientras que la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús, nuestro Señor” (Romanos 6:23).

—¿Y? —preguntan todos.

—Siendo que el salario del pecado es la muerte, solamente puede haber perdón para el ser humano mediante el sacrificio de Cristo. Por eso, Dios estableció el sistema de sacrificios. El pueblo necesitaba entender que no existe remisión de pecados sin derramamiento de sangre.

—La sangre de Cristo —afirma el coronel.

—Sí, la sangre de Cristo. El sacrificio de los animales, en el Antiguo Testamento, era solamente un símbolo del sacrificio de Cristo en la cruz del Calvario.

—Eso ¿está en la Biblia? —la esposa del coronel necesita estar segura de ello.

—Sí. Miren lo que está escrito aquí: “Al día siguiente Juan vio a Jesús que se acercaba a él, y dijo: ‘¡Aquí tienen al Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo!’ ” (S. Juan 1:29). Jesús era el verdadero Cordero, simbolizado por todos los animales que Israel sacrificaba. Dios había dejado instrucciones precisas para el ceremonial de los sacrificios. Cada mañana y cada tarde, el pueblo se presentaba en el Santuario para ofrecer sacrificios por sus pecados. Sin embargo, todos esos animales



simbolizaban a Jesús, el Cordero de Dios, que un día sería sacrificado en la cruz del Calvario.

—El Santuario ¿era el lugar de esos sacrificios diarios que el pueblo ofrecía a Dios para el perdón de sus pecados? —pregunta el médico.

—Sí. Todos los días se ofrecían sacrificios en el Santuario, pero una vez al año ocurría algo diferente.

—¿Cómo “algo diferente”? —otra vez pregunta la esposa del coronel. Sus ojos reflejan el brillo de quien desea aprender.

—Dios le había ordenado al antiguo Israel lo siguiente: “Este será para ustedes un estatuto perpetuo, tanto para el nativo como para el extranjero: El día diez del mes séptimo ayunarán y no realizarán ningún tipo de trabajo. En dicho día se hará propiciación por ustedes para purificarlos, y delante del Señor serán purificados de todos sus pecados” (Levítico 16:29, 30).

—Creo que percibo la idea. Aquí se habla de la purificación del Santuario —señala el coronel.

—Exactamente —responde el maestro—. El Santuario en la Tierra era purificado una vez por año, y ese era un día de juicio y contrición. Observen: “El día diez del mes séptimo es el día del Perdón. Celebrarán una fiesta solemne en honor al Señor, y ayunarán y le presentarán ofrendas por fuego” (Levítico 23:27). En aquel día, se convocaba al pueblo para que afligiera el alma, es decir, para que realizara un autoexamen de conciencia, a fin de saber si alguien tenía pecados escondidos o alguna otra cosa que lo apartara de Dios.

—¿Todos hacían eso? —quiere saber el médico.

—Sí, todos. Pero, ese era también un día de juicio para el pueblo. Por medio de la sangre, la persona recibía el perdón y, simbólicamente, su culpa era transferida al Santuario. Sin embargo, si el pecador no confesaba su pecado, la culpa permanecía con él.

—¿Quiere decir que, en ese día, los pecados confesados eran transferidos al Santuario? —indaga el coronel.

—Sí. El Santuario, simbólicamente, llevaba los pecados del pueblo a partir de ese momento y, en el Día de la Expiación, el Santuario era purificado.

—¿Quiere decir que la profecía de los 2.300 años indica que, al finalizar la profecía, también habrá un juicio y la purificación del Santuario? —pregunta la novia del médico.



—La profecía dice que “el santuario será purificado”, y si el Santuario de la Tierra era purificado en el Día de la Expiación y del juicio de Israel, la misma cosa sucedería con el Santuario celestial.

—¿Existe un Santuario en los cielos?

—Es lo que la Biblia dice. En el final del período de los 2.300 años, Jesús inició su trabajo de juicio e intercesión en el Santuario celestial. “Así que era necesario que las copias de las realidades celestiales fueran purificadas con esos sacrificios, pero que las realidades mismas lo fueran con sacrificios superiores a aquéllos. En efecto, Cristo no entró en un santuario hecho por manos humanas, simple copia del verdadero santuario, sino en el cielo mismo, para presentarse ahora ante Dios en favor nuestro. Ni entró en el cielo para ofrecerse ahora tras vez, como entra el sumo sacerdote en el Lugar Santísimo cada año con sangre ajena. Si así fuera, Cristo habría tenido que sufrir muchas veces desde la creación del mundo. Al contrario, ahora, al final de los tiempos, se ha presentado una sola vez y para siempre a fin de acabar con el pecado mediante el sacrificio de sí mismo” (Hebreos 9:23-26). ¿Qué creen?

—Es impresionante saber que en los cielos existe un Santuario y que Jesús ministra en ese Santuario —responde el médico, mirando la Biblia que está en sus propias manos.

—Más impresionante, todavía, es saber que Jesús entró en ese Santuario para expiar nuestros pecados —completa su novia.

—Y esa expiación ¿comenzó en el año 1844? —pregunta la hija del coronel.

—Sí —responde el maestro—. La profecía explica: “hasta dos mil trescientas tardes y mañanas, y el santuario será purificado”. Esos 2.300 años terminan en 1844, y en ese momento comenzó el juicio de las naciones. El profeta Daniel agrega: “Mientras yo observaba esto, se colocaron unos tronos, y tomó asiento un venerable Anciano. Su ropa era blanca como la nieve, y su cabello, blanco como la lana. Su trono con sus ruedas centelleaban como el fuego. De su presencia brotaba un torrente de fuego. Miles y millares le servían, centenares de miles lo atendían. Al iniciarse el juicio, los libros fueron abiertos” (Daniel 7:9, 10).

—Yo pensaba que el juicio sería el retorno de Jesús al mundo —comenta el coronel.

—En realidad, el día del retorno de Jesús es el día de la recompensa. “¡Miren que vengo pronto! Traigo conmigo mi recompensa, y le pagaré a



cada uno según lo que haya hecho” (Apocalipsis 22:12). Jesús no podría dar la recompensa si primero no se determinara quién la merece. Eso sugiere un juicio antes de su segunda venida.

—Y ese juicio, de acuerdo con la profecía, ¿tuvo su inicio en 1844?

—Exactamente. Ese fue uno de los eventos especiales que sucedieron en esa fecha. En el cielo, Dios comenzó el Juicio Investigador; pero, en la Tierra, ocurrió otro evento significativo.

—¿Qué fue?

—Dios levantó a un pueblo para que anunciara el mensaje del juicio dentro del marco del evangelio eterno. “Luego vi a otro ángel que volaba en medio del cielo, y que llevaba el evangelio eterno para anunciarlo a los que viven en la tierra, a toda nación, raza, lengua y pueblo. Gritaba a gran voz: ‘Teman a Dios y denle gloria, porque ha llegado la hora de su juicio. Adoren al que hizo el cielo, la tierra, el mar y los manantiales’ ” (Apocalipsis 14:6, 7).

—¿Esa es la Iglesia Adventista? —pregunta la esposa del coronel.

—La Iglesia Adventista del Séptimo Día apareció exactamente en esa fecha. Primero en los Estados Unidos; luego, con el tiempo, se fue expandiendo hasta organizarse como iglesia en 1863. Hoy está establecida en 203 países y predica el evangelio en 738 idiomas.

—¿Por qué usted cree que la Iglesia Adventista está descrita en el texto que acabamos de leer?

—Por varias razones. La primera es que el Movimiento Adventista surge en el final del tiempo previsto por la profecía que estudiamos. Segundo, porque aparece para predicar el evangelio eterno. No es un evangelio nuevo. Es el único evangelio eterno, que se encuentra tanto en el Antiguo Testamento como en el Nuevo Testamento. No es el evangelio que enfatiza solamente un aspecto, sino que resalta tanto la causa, que es la gracia, como el resultado, que es la obediencia a los eternos principios de la Ley de Dios.

—¿De qué está hablando, específicamente? —desea saber el coronel.

—Apocalipsis 12 presenta las características de la iglesia de Dios, simbolizada por la mujer vestida de blanco. Allí dice: “Entonces el dragón se enfureció contra la mujer, y se fue a hacer guerra contra el resto de sus descendientes, los cuales obedecen los mandamientos de Dios y se mantienen fieles al testimonio de Jesús” (Apocalipsis 12:17). La Iglesia Adventista del Séptimo Día tiene como el centro de su mensaje



la salvación por la gracia de Jesús, pero al mismo tiempo cree en la obediencia a la Ley de Dios. No como causa de salvación, sino como resultado de ella.

El reloj de pared indica casi la medianoche. Ha sido una larga jornada. Hay un nudo en la garganta de muchos. El silencio casi pesa cuando el coronel habla:

—Maestro, creo que estos dos últimos estudios son materia para pensar seriamente. Este no es simplemente un asunto de iglesia. Es un asunto de vida eterna. Le agradezco mucho a usted por la paciencia que tuvo para responder nuestras preguntas.

El joven médico toma la mano de su novia, emocionado, y antes de salir le dice:

—Gracias, maestro, gracias. Todos sabemos lo que debemos hacer. Todos sentimos al Espíritu Santo trabajando en nuestros corazones.

El tiempo mostrará los resultados. Ellos saben que hoy es el día de las buenas nuevas. Hoy es el día de la decisión.

Camino de esperanza

Tú puedes formar parte del pueblo de la esperanza.

Conoce mejor las características del pueblo de Dios.

- ① El pueblo de Dios aguarda ansiosamente la segunda venida de Cristo. S. Juan 14:1-3
- ② Es esencial conocer y aceptar la voluntad de Dios. S. Juan 7:17
- ③ La iglesia de Dios es portadora de verdades fundamentales. 1 Timoteo 3:15
- ④ Las sanaciones, los milagros y los prodigios no son pruebas de que una iglesia sea verdadera. S. Mateo 7:21-23
- ⑤ El enemigo de Dios popularizó errores doctrinales. Daniel 8:11, 12
- ⑥ Por la fe, podemos guardar los Mandamientos de Dios. Apocalipsis 12:17
- ⑦ El pueblo elegido anuncia verdades olvidadas e impopulares. Apocalipsis 14:6-12
- ⑧ Los fieles son invitados a proclamar las verdades restauradas. Apocalipsis 18:4
- ⑨ Debemos discernir las marcas de la religión corrompida en el tiempo del fin. Apocalipsis 17:1-5
- ⑩ Dios nos invita a aceptar el sello de la esperanza. S. Marcos 16:16

Para conocer más sobre estos y otros consejos de Dios
para ti, visita:

www.esperanzaweb.com/estudio

CONCLUSIÓN



Vivir es avanzar. Avanzar es aprender. Y aprender es entrar en aguas profundas y desconocidas. El ser humano, instintivamente, le teme a lo desconocido. Es más cómodo navegar cerca de la playa. Tal vez por eso el aprendizaje puede ser una experiencia difícil y dolorosa.

El libro que tú acabas de leer no es una exposición completa de relevantes temas bíblicos. Cada capítulo es, apenas, el hilo conductor que necesitas seguir hasta el final. La Biblia es como una mina de diamantes. A medida que avanzas en el estudio, descubres piedras preciosas, una más extraordinaria que la otra.

El propósito de la Biblia no es informar. Es transformar. Nadie lee la Biblia y permanece indiferente. Su lectura provoca reacciones variadas y distintas. A lo largo de la historia, fue amada y rechazada, aprobada y criticada.

La maravilla de la Biblia es que no se pierde en los meandros de las teorías y de los conceptos. Sus enseñanzas salen de la simple filosofía y entran en los detalles de la vida diaria. Ella enseña a vivir, a lidiar con los dramas y los conflictos que presenta la vida cotidiana.

Es lo que sucedió en la vida de las personas cuyas historias fueron presentadas en este libro. Y es también lo que puede ocurrir en tu experiencia si, despojado de preconceptos, continuas investigando los temas apasionantes que la Biblia trata.